

# **HECHOS Y COMENTARIOS**

## **SEGUIDO DE “PÁGINAS ÍNTIMAS” Y ALGUNOS ARTÍCULOS DE VARIOS ESCRITORES**

Eduardo G. Gilimón

### **DEDICATORIA**

Al proletariado argentino, factor de progreso y civilización en América, que con su labor ha levantado muy en alto la potencialidad natural de la región Argentina, contribuyendo a mejorar la situación de los proletariados de Europa que hoy tienen carne y pan en relativa abundancia, y que con sus luchas tenaces en pro de la libertad y solidaridad humanas, ha ennoblecido la civilización, dedico estas páginas que son un retazo de su historia, un esbozo de sus días de combate y sufrimiento.

Eduardo G. Gilimón

### **EXPLICACIÓN PRELIMINAR**

Durante muchos años he visto muy de cerca la vida del proletariado en la Argentina. He sentido sus ansias y mi corazón ha palpitado al unísono del suyo.

Testigo presencial de sus luchas y copartícipe en no pocas de ellas, me he creído en condición especial para llevar al libro mis impresiones personales, trazando un esbozo de la vida activa de los trabajadores argentinos.

No son estas páginas propiamente historia social, porque de ellas faltan muchos sucesos, falta la crónica de las huelgas una por una, con el resultado adverso, favorable o incierto que han tenido, ni contiene estadísticas que revelen cuántos obreros tomaron parte en los movimientos del proletariado, qué jornales y horarios tenían y cuántos días, semanas o meses duró cada huelga.

Esta labor de estadística, interesante sin duda alguna, no ha estado en mi mano hacerla ni la he creído oportuna porque al fin y al cabo es labor fría de estudioso y para estudioso, poco apropiada para la generalidad del público y carente además de fuerza expresiva que dé una sensación exacta del proletariado y sus luchas, de su modo de ser y sentir, de esa su parte íntima que no se trasluce fácilmente en los números.

He procurado dar una sensación de ambiente, presentar al proletariado en los momentos álgidos de sus contiendas, hacer ver cómo se han ido desarrollando en él las ideas sociales y de qué manera, conflicto tras conflicto, ha llegado la situación a quebrarse violentamente

---

\* Digitalización: KCL.

mediante la adopción de medidas represivas que han colocado a la Argentina entre las naciones de legislación más atrasadas del mundo.

No es tampoco ésta una página más o menos completa del movimiento obrero solamente. Lo es también de sus luchas partidistas, de su división en socialistas, sindicalistas y anarquistas y aun de las mismas luchas intestinas que entre estos últimos, se han producido. Y además desfilan también en esta obra burgueses, gobernantes y policías, con sus resistencias y represiones, con toda la acción a que la agitación del proletariado los ha incitado y en la que han procedido de acuerdo con su criterio, tan menguado como erróneo, respecto a la existencia de la cuestión social, que confunden con el pauperismo, sin duda porque los que en todo el mundo se agitan y bregan son proletarios.

Y es claro; en América el pauperismo no existe o por lo menos su importancia no llega a asumir el carácter de problema, a que pueda ser considerado como una cuestión que es imprescindible solucionar.

De esa confusión, de ese creer que cuestión social y pauperismo son una misma cosa, emanan las aposturas bélicas de los gobernantes, las violencias policiales y las leyes represivas. Convencidos de que la miseria no es extrema, atribuyen la agitación del proletariado a la influencia de unos cuantos hombres, para los cuales no encuentran calificativo que los denigre suficientemente, ni medida que sea bastante dura como castigo.

Son los perturbadores, son la hez de la sociedad, son vulgares delincuentes parapetados bajo una bandera social -dicen-.

Sacando el asunto de este libro fuera de las ciudades y llevándolo a los campos americanos, a las provincias del interior de la Argentina, se podría sin embargo demostrar que hay también en América pauperismo, aunque todavía no haya una cuestión social que tenga sus fundamentos en él, porque precisamente en esas provincias se convive tan familiarmente con la pobreza y la miseria que nadie clama ni protesta, y la cuestión del pauperismo no llega a exteriorizarse, a ser cuestión.

Quien conozca el modo de vivir de los paisanos argentinos, principalmente en las provincias del norte, sabrá si hay o no pobreza y miseria en América.

Quien vea el género de vida de los que se dedican a la recolección de cereales en la región agrícola de la Argentina, sabrá si en alguna parte es posible hallar algo semejante, ni aun cuando sea, en verdad pésima vida, tenga contrapeso el poder los peones reunir en los tres o cuatro meses de verano unos cuatrocientos o quinientos pesos.

No he querido tratar la cuestión social bajo ese aspecto mísero de la vida del paisano, ni bajo el de la tarea abrumadora y la existencia de bestias de los peones que realizan la cosecha.

Tampoco he tratado de poner en evidencia la bárbara explotación, el régimen de tiranía, sin ejemplo en parte alguna de Europa, de los obreros que en los yerbales argentinos y los quebrachales del Chaco viven muriendo. Nada más atroz, ni aun la vida en los ingenios tucumanos, que sin embargo se le asemeja mucho.

He estudiado la existencia de los que luchan para variar de condición y no me he ocupado de los que aguantan silenciosamente el látigo del capataz y el robo descarado de las grandes empresas.

Por interesante que sea el estudio de esa parte de la vida argentina, me parece más merecedora de la pluma la historia de los que se levantan para redimirse por sí mismos.

Los otros necesitan más que el relato de sus miserias, la propaganda que los conmueva, que les haga ver lo muy poco de seres humanos que tienen, lo cerca que se hallan de la bestia, a la que aun se trata mejor porque se le deja comer lo que necesita y se cuida de que no muera, ya que su existencia representa un capital.

Paisanos, peones e indígenas, necesitan la palabra del apóstol más que la pluma del historiador.

Por eso aquí se ha prescindido de ellos, para reseñar la acción de los que aun sin estar en situación tan penosa, tan desgraciada, tan denigrante, luchan por elevar su condición de asalariados a la de hombres.

Tal vez este relato, que no me atrevo a denominar historia, haya resultado algo sombrío, algo brutal.

La culpa no es mía.

Los hechos se han producido así, de esa manera y así tenían que figurar en estas crónicas.

No sin pena han sido trazadas algunas de estas páginas.

Al escribirlas, un montón de penosos recuerdos, de las angustias de ciertos momentos, me ha conturbado.

Y aunque he procurado referir sin apasionamientos y enconos, haciendo el comentario con imparcialidad, e investigando tranquilamente el por qué y el cómo de muchos sucesos, es posible que la pluma se haya dejado arrastrar por la pena y el dolor de lo sufrido. Que no es posible haber presenciado ciertos hechos sin conmoverse al recordarlos.

La veracidad ha sido mi norma al trazar estos renglones.

Y creo haber cumplido con ella, a pesar de mis mismas ideas sociales y de lo que en mí haya podido influir el haber sido actor o testigo en la mayor parte de los sucesos que relato.

El narrador ha desaparecido en todo lo posible, de la narración.

Únicamente el último capítulo es enteramente personal.

Y ello era necesario hasta cierto punto.

Es una página complementaria, que acaba de poner en evidencia el modo de ser de la autoridad argentina.

Y la he incluido, utilizándola de paso para dar una ligera idea de Barcelona, de la ciudad de mundial fama anárquica, y con la cual va compartiendo Buenos Aires un triste renombre, más por sus autoridades que por sus mismos elementos avanzados, ya que, si éstos se parecen mucho a los de Cataluña, más se parecen las policías de las dos grandes ciudades citadas.

El autor

## HECHOS Y COMENTARIOS

### DEL AMBIENTE

– Vean, vean lo que traigo.

– ¿Qué es?

– ¿No lo ven? Un periódico.

– ¿Con algún verso tuyo?

– ¿Te han publicado algo?

– ¿Es tu nombramiento de ministerio?

– Un periódico anarquista. Algo originalísimo y que seguramente no sabía si existiera en Buenos Aires. Salía de casa y un hombre con cara de pobre diablo sacó recelosamente del interior del saco este papel y me lo dio alejándose presuroso.

«*El Perseguido*, periódico anarquista. Aparece cuando puede. Se publica por suscripción voluntaria». Leí esto, miré hacia atrás, y ya el repartidor había desaparecido. ¿Qué curioso, no?

– A ver; a ver.

– Vean. Trae un artículo negando la existencia de Dios. Dice que si el hombre existe, no puede existir Dios, porque lo uno es la negación de lo otro y que lo absoluto deja de serlo cuando hay algo que no es ello mismo. No concibiéndose un Dios que no es absoluto y no siéndolo Dios desde que el hombre existe, no puede Dios existir.

– ¡Qué cosa rica!

– En otro artículo dice que hay que exterminar a los patrones, volar las iglesias, destruir las cárceles y ajusticiar a todos los reyes, presidentes de república, ministros, gobernadores y policías. Lo más original es la lista de los donantes que costean el periódico. Hay pocos hombres. La mayoría de los donativos van precedidos de frases que quieren ser terribles y resultan cómicas. «Uno que quiere despanzurrar al Papa, diez centavos. Para dinamita, cinco centavos. Mueran los burgueses, quince centavos. Producto de su café no pagado, diez centavos». Y así por el estilo todos.

– Yo no sé cómo permite la policía ese papelucho.

– ¿Y qué? Media docena de locos, poco peligrosos ciertamente y más divertidos que otros muchos de los que a diario tropezamos en todas partes.

– No tan locos. Yo he leído ya varios números de *El Perseguido* y en el fondo de ese lenguaje grosero y al través de una sintaxis de analfabetos he podido vislumbrar una doctrina grandiosa. Se expresan mal o mejor no aciertan a dar forma a sus ideas esos pobres diablos, pero yo creo que tienen mucha razón.

- ¡Cómo! ¿Eres dinamitero? ¡Vida la nitroglicerina!
  - ¡Hurra por el futuro *compañero* director de *El Perseguido*!
  - ¡Mueran los ricos! ¡Vivan los descamisados!
  - ¡Viva la igualdad! ¡Todos iguales! ¡Todos rengos, todos tuertos, todos jorobados!
  - No digan tonterías.
  - A repartir la plata.
  - Y las mujeres.
  - Qué punto de locos son.
  - ¿Pero hablas en serio?
  - Y tan en serio.
  - Señores: Julián habla en serio. Escúchenlo. Oigan al oráculo.
  - Sigán, sigán no más. Yo ya he concluido.
  - Se dice «he dicho», como los oradores de mitin.
  - No. Vamos. Hablando formalmente. ¿Eres anarquista?
  - Dejen de embromar.
  - No creas. No tengo la más mínima idea de *farrear*. Me gustaría que explicaras. Quisiera saber qué es eso de la ANARQUÍA.
  - ¿No van a interrumpir?
  - No; no; habla.
  - Bien. He pensado muchas veces por qué siempre los pueblos están descontentos de sus gobiernos y por qué ante una crítica serena y concienzuda no hay, ni ha habido en la Historia gobierno alguno bueno. Por lo común se achaca todo esto a los hombres. Tal gobierno fue perjudicial al país porque los ministros eran ladrones. Tal otro porque los gobernantes eran ineptos. Tal otro porque eran malvados. Y siempre así.
- Pensando en esto se me ha ocurrido si no residirá el mal en la institución, más que en los hombres. Reflexionando sobre el particular he llegado a la conclusión de que posiblemente están en lo cierto los anarquistas y de que los pueblos van inconscientemente a la ANARQUÍA, haciendo imposible la existencia y el buen funcionamiento de todos los gobiernos, con su descontento sistemático, ese descontento que es la causa de la transformación constante del gobierno, cuya forma varía sin cesar, no habiendo llegado aun a una definitiva que satisfaga a todos, como nos lo indican las turbulencias de nuestras democracias, estas serie de motines y revueltas que sólo sirven para poner unos hombres en lugar de otros, sin que con ello se logren la tranquilidad y el bienestar.
- ¿Me permites?

– ¡Cómo no!

– La culpa es de los pueblos. Se ha dicho que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Y esto es verdad, principalmente en las repúblicas, en donde el pueblo es soberano y elige sus mandatarios. ¿Por qué no elige hombres sanos, inteligentes, patriotas?

– ¿Y cómo saber cuáles lo son? Además: ¿Se puede estar seguro de que el elegido obre en el gobierno como prometió en el comicio? No me negarás que muchos de los gobernantes en quienes se tuvo plena fe, de quienes se esperó un gobierno ejemplar, fueron después tiranos, malvados... Acordémonos de Rosas.

– Créeme; es cuestión de civismos y educación popular. El día en que el pueblo tenga conciencia de sí mismo, de su rol de soberano, ni serán posibles los Rosas ni los Juárez Celman. ¿El partido radical no haría en nuestro país un gobierno ejemplar, modelo?

– Entre los radicales hay sin duda hombres honestos, íntegros y de gran valor intelectual. Pero no lo son todos. Yo conozco, y ustedes también, radicales que son meros caudillos, plagados de defectos y en cuyas manos no depositaría ni un peso.

¿Y quién nos garantiza que Alem, el gran prohombre del radicalismo, el intransigente por excelencia, no sería un nuevo tirano desde la presidencia de la república? Esa su misma férrea voluntad, su formidable fuerza de carácter, podría muy bien desde el gobierno convertirse en poder aplastador. No es infalible, como no lo es nadie en este mundo -dicho sea con licencia del Padre Santo- y cualquier disposición suya, por buena intención que le guíara, podría ser pernicioso, y al ser resistida por el pueblo, empeñarse en aplicarla, en imponerla a todo trance creyendo que los descontentos estaban manejados por sus adversarios políticos. Yo creo que Alem sería implacable. No se sulfuren. Estos hombres indomables, suelen ser, cuando mandan, terribles.

– Ahora me explico porque no tomaste parte en el movimiento del 26 de julio.

– Alem es para mí preferible a Juárez. Pero no creo que esas revueltas, esa serie de escándalos que se repiten como las horas del reloj en nuestros países de América, son peores que la peor calamidad. En Europa tienen razón al decir ¡*South América!*

– ¡Pavadas! Eso no rige con la Argentina, en donde, desde el 80 no hemos tenido más revolución que la del 90. Y ésta la justifican en todo el mundo; era necesaria; imprescindible; de vida o de muerte para el país.

– Miren; yo he andado por Europa y allí nadie sabe nada de América, ni se preocupan de las cosas nuestras. Eso de *South América* lo dice algún gacetillero que otro de la *City* y lo repiten los accionistas que llevan toda la plata del país. Los demás saben tanto de la América del Sud como nosotros de los hotentotes. Menos aún. Lo que hay es que acá nos preocupamos demasiado de lo que en Europa pueden pensar de nosotros y hemos llegado a sugestionarnos, convenciéndonos de que efectivamente piensan en nosotros. Y no hay tal.

De todos modos, entre las revoluciones nuestras y los atentados de los anarquistas en Europa, de esos anarquistas que a ti te están encantando, me quedo con las revueltas. Son más nobles. Y de resultados más saludables.

– ¿Por qué muere más gente?

– Porque los hombres se baten frente a frente y no se asesina a nadie como hacen los anarquistas, esos tigres que asaltan al descuido a su víctima.

- Y pagan con su cabeza el acto que realizan.
- No; ¡si les deberían levantar estatuas!
- ¡Quién sabe!
- Mira. Lo mejor que podemos hacer es cambiar de conversación. Si yo fuera jefe de policía, esos gringos y gallegos que en vez de venir a trabajar aprovechando la riqueza inagotable de nuestra tierra y la libertad sin límites de nuestras leyes, se dedican a escribir papeluchos como ese, los embarcaría en el primer vapor y los enviaría a su tierra. Que se metan allá en lo que quieran y se dejen de jrobar aquí. Si no les gusta esto, ¿para qué han venido? Que se marchen.
- Muy bien. Para trabajar como bestias, para hacer producir a los campos abandonados, para poblar el desierto y hacer del país una nación, son buenos. Para pensar, para influir en la civilización como influyen en el progreso material, no los queremos; nos bastamos nosotros con nuestros partidos sin ideales; con nuestras revoluciones; con nuestras *montoneras*, y aunque ellos sufran las consecuencias de las torpezas de unos, los despilfarros y latrocinios de los agiotistas sin entrañas y los trastornos que dificultan la vida, detienen el progreso material y empobrecen al trabajador, deben callarse.
- ¡Muy bien; muy bien!

## LOS PRIMEROS ANARQUISTAS

- ¿Repartiste muchos ejemplares?
- Yo todos, ¿y tú?
- También. Le di uno a un *cajetilla*, leyó el título y volvió la cabeza para mirarme. Vieras qué cara de espantado... Lo menos se le figuró que era una bomba lo que tenía en las manos.
- Yo tengo un marchante burgués. Un día le di un número y al poco tiempo me encontró en la calle y me preguntó si no tenía más. Al pronto creí sería un *perro* y me hice como que no sabía de qué me hablaba, pero al fin me di cuenta de que al hombre le había gustado la cosa y prometí enviarle el periódico siempre que saliera. Me dio las señas de su casa y se lo remito por correo dentro de *La Prensa*. Últimamente lo vi y me dio cinco pesos para la suscripción. Me preguntó si no había libros que trataran del anarquismo y le he dado una lista de folletos de los que hay en francés. Me ha prometido traducir algunos.
- Eso, eso es lo que hace falta. Folletos, muchos folletos en castellano para repartirlos gratis. ¡Qué propaganda se podría hacer!
- Sí, algo más se haría que con *El Perseguido*, pero no mucho, no creas. En este país no lograremos nada. Están todos fanatizados por el Dr. Alem. Esperan otra revolución, la revolución salvadora, el Mesías que ha de darles maná llovido del cielo.
- Tienes razón. Entre tanta gente bruta como todos los días llega, ansiosos todos de enriquecerse, hablando cada uno distinta lengua, y los de aquí que creen que Alem es mejor que Pellegrini, y Mitre que Roca y Juárez, y que en subiendo los radicales todos vamos a ser millonarios y la policía no se va a meter con nadie, estamos aviados.

- Hay que desanimar a todos esos burros.
  - Si todos los anarquistas tuviéramos el alma de Bakunin, a estas horas esta podrida sociedad estaría hecha pedazos.
  - ¿Y cómo, si cada día vienen mil nuevos, más burros que los del día anterior?
  - Yo no me desanimo por eso.
  - Ni yo tampoco. Hay que propagar en todas partes sin cansancio.
  - La propaganda más eficaz es la propaganda por el hecho.
  - ¡Ah, si yo tuviera el coraje que me falta! Pero no puedo. Mis deseos más grandes serían hacer algo, pero no me acompaña el corazón. Qué quieres, soy así; no lo puedo remediar.
  - Y yo, atado con tanta familia... Tenía razón Bakunin. El revolucionario debe ser solo.
  - No estoy muy conforme con eso. El mismo Bakunin era bien revolucionario a pesar de tener familia. Creo por el contrario que la familia lo hace a uno más rebelde. Ver a los hijos sin pan, a la mujer enferma, careciendo uno de todo lo necesario, subleva al más cobarde.
  - A mí, no; no es la familia quien me ata. Lo poco que hago, lo hago más por ella que por mí mismo. Lo que me falta es valor.
  - Y luego esos *adormideras* del socialismo con su propaganda legalitaria, pacífica, que todo lo vienen a entorpecer.
  - No son sólo ellos. También entre nosotros habría que expurgar; y mucho.
- Ahí están los organizadores perdiendo el tiempo en formar rebaños, en organizar sociedades de resistencia. Eso es un socialismo disfrazado.
- Que los digas. No sé a dónde va a ir con los gremios. A ninguna parte.
  - Son gentes que se sienten pastores.
  - Es propaganda lo que se debe hacer. y a ser posible la propaganda por el hecho que es la más eficaz.
  - Cierto. Dime, ¿cuándo se podrá sacar otro número de *El Perseguido*?
  - No sé. No hay plata. Luego Antonio se *comió* el importe de una lista. Eran tres o cuatro pesos. Me dijo que estaba sin trabajo y con uno de los chicos enfermo. Qué quieres, ¡cosas de la vida!
  - Antonio no es mal compañero, pero bien podía haber expropiado a un burgués y no disponer de la plata del periódico.
  - ¿Cultivas ahora la moral?
  - Ya sabes que no soy moralista. Eso no quita para que yo crea que siempre es mejor expropiar a un burgués que no comerse la plata de la propaganda.



– Uno echa mano donde puede. Eso que tú dices no deja de ser una moral. Lo que a mí me daña es malo, lo que me beneficia es bueno. Esa es la moral. Y un burgués diría lo mismo que tú, es decir que antes que lo expropiaran a él, bien podían expropiar a otro, comerse el dinero de la propaganda por ejemplo.

– No es lo mismo.

– Sí, que lo es. La verdadera moral o sea lo amoral, que es lo que los anarquistas sustentamos, consiste en hacer siempre lo que nos beneficie. Y a Antonio lo beneficiaba más quedarse con la plata de la lista, que expropiar a un burgués, pues esto último podría haberle llevado a la cárcel y por lo tanto en vez de mejorar la situación de su hijo y la suya propia, la habría empeorado.

– Bueno; yo no las voy con eso. Y de Antonio no me volveré a fiar más.

– Estás bien. Toma las precauciones que quieras, como las toman los burgueses colocando vigilantes en las puertas de sus casas, pero no niegues que eres moralista.

– No lo soy. Lo que es que hoy vivimos en una sociedad de cuyos engranajes no podemos escapar sin romperlos, y hasta tanto que no lo logremos, tenemos que fastidiarnos y atenernos a su modo de ser. En la sociedad futura, Antonio no tendría necesidad ni de expropiar burgueses, no de quedarse con dinero alguno, ni correría el riesgo de ir a la cárcel o de que yo le rompa una costilla. Entonces se podrá ser todo lo amoral que se quiera, pero hoy por hoy la propaganda es antes que Antonio y está por encima de él y de su hijo.

Si todos hiciéramos lo que él, no sé cuándo íbamos a concluir con toda esta podredumbre.

– Pero...

– No hay pero que valga.

– No, sí no digo eso. Digo que a pesar de todo eres un moralista y nada me puede asegurar que en la sociedad futura no lo serías también, sino en las cuestiones de dinero porque no lo habría, en otras.

– Puedes creer lo que quieras. Lo que te aseguro es que Antonio no se comerá más plata de la propaganda, al menos con mi consentimiento.

Y cuanto le veo voy a hacer que se le indigesten los tres o cuatro pesos.

Ya estoy cansado de ver que los esfuerzos y sacrificios de unos se malogran por las pillerías de otros.

– ¡Cómo te enojas! Pareces un patrón al que sus obreros se le han declarado en huelga.

– ¿Y tú? ¡Vaya un amor que tienes a la Idea que ves que la propaganda se estanca por falta de medios y aun disculpas a los causantes de ello!

– Mira, yo creo que la propaganda no se hace sólo con dinero. Sin un peso yo estoy haciendo propaganda en todas partes y a todas horas y no creo que sea menos eficaz que la que hace el periódico. Creo que es mejor aun la propaganda individual, de palabra, porque si le objetan a uno, se rebate y de la controversia sale la luz. ¿Estás?

Y no merece ese *pucho* de centavos tanto alboroto. ¿Estás?

– Se acabó el *bochinche*. No hablemos más de esto. Tú sigue con las tuyas y yo con las mías. Esta es la verdadera libertad.

– Ahora sí que has hablado como un anarquista.

Nada de imposición. Que cada uno obre como crea que debe obrar.

– ¿Vas a ir a la conferencia de los socialistas? Si vas, allí nos veremos.

– Sí, que iré.

– Bueno; hasta luego.

– Salud. Y no te olvides que debemos estar una hora antes de la anunciada para coparles la banca a los socialeros.

## LA CONMEMORACIÓN DE LA COMUNE

El centro socialista se hallaba instalado en una pequeña casa, ocupando dos habitaciones contiguas cuyo tabique medianero había sido volteado.

Unos cuantos bancos de madera y una mesa que servía para las reuniones del comité, presidir asambleas, doblar el periódico órgano del centro y de tribuna en días de conferencia, completaban el mobiliario.

Como único decorado, un retrato de Carlos Marx.

Se conmemoraba el aniversario de la Comune de París.

Dos líneas en los grandes diarios bonaerenses, perdidas en las inmensas columnas de prosa amazotada de aquellos tiempos, anunciaban el en verdad extraordinario hecho histórico.

Extraordinario por su mismo valer y extraordinario porque tal conmemoración en Buenos Aires indicaba que también en la Argentina empezaba a bullir el proletariado, con una orientación internacional bien marcada.

A las siete ya el local estaba casi lleno.

En conserje, un alemán silencioso y taciturno, que balbucía con dificultad el castellano y a quien el pequeño núcleo socialista respetaba, tal vez por ese mismo mutismo y porque se sabía que conocía a Bebel -según declaración propia-, y había leído la obra monumental de Carlos Marx -*El Capital*- que aun no había sido vertida ni al francés siquiera, estaba admirado al ver tan temprano lleno el local de concurrencia.

– Qué éxito -decía cuando algún socialista entraba.

– Son anarquistas -susurró receloso uno.

– Hay que echarlos -rugió más bien que dijo el alemán.

– ¿Por qué? -intervino un jovencito, estudiante de medicina, vivaracho y travieso que traía con sus agudezas y desplantes revuelto al Centro y desconcertado al conserje.

Para celebrar el acto en familia -continuó- más valía no verificarlo. ¿No son socialistas? Pues mejor. Eso es lo que necesitamos para hacer propaganda.

– Sí, pero estos son anarquistas y en Alemania a los anarquistas no se les permite entrar en las reuniones del partido, ni en acto alguno.

– Bueno; échelos usted.

El alemán consideró la cosa asaz difícil y refunfuñando se internó en su habitación.

Los anarquistas se habían apercebido del secreteo de los socialistas y unos a otros se pasaban la voz de no salir de allí de ninguna manera.

En esto, una voz clara y fuerte empezó a entonar la primera estrofa del *Hijo del Pueblo*, himno anarquista de vibrantes notas y de versos violentos, demoledores. Todo un himno de batalla.

Contagiados los demás, acompañaron al iniciador y un coro de doscientos hombres enardecidos, hizo retumbar la casa atrayendo a los transeúntes y vecinos no acostumbrados ciertamente a serenatas de aquella especie.

Cuando la última nota vibró en la estancia, una formidable salva de aplausos aprobó el canto. Eran los mismos cantantes, quienes desbordando de entusiasmo aplaudían.

Y como si el programa hubiera sido trazado de antemano con escrupulosidad, millares de hojitas sueltas volaron por el aire, cayendo sobre los concurrentes que se apresuraban a leerlas. Eran pequeños manifiestos en que se reivindicaba para los anarquistas el derecho a conmemorar el aniversario de la Comune, hecho violento y por lo tanto anti-socialista, anárquico.

Los socialistas protestaban.

El salón ofrecía pintoresco aspecto.

La concurrencia se había dividido en pequeños grupos y en cada grupo discutían a la vez acaloradamente, sin entenderse ni casi oírse, uno o dos socialistas con cuatro o cinco anarquistas.

Se oían insultos, imprecaciones, amenazas.

Se discutía en castellano, en italiano, en francés. Aquello era una Babel.

Un socialista, pintor de oficio, guapetón y que entre los del centro era el que en todas las ocasiones mostraba más audacia, pretendió acallar el griterío, declarando empezaba la conferencia.

Los grupos se deshicieron y una avalancha de hombres se precipitó sobre la mesa.

Todos querían hablar primero.

Los socialistas pretendían que los anarquistas no hablaran.

El local de ellos, para eso lo pagaban.

Los anarquistas no reconocían derecho alguno de propiedad.

El escándalo fue aumentando cada vez más.

En lo más agudo, sonó un tiro y la concurrencia se precipitó hacia la calle, dejando el salón casi vacío.

Cuando los agentes de policía llegaron, apenas si pudieron detener a una docena de personas.

Los bancos habían sido vocablos, la mesa tenía una pata rota y el suelo estaba cubierto materialmente de manifiestos pisoteados.

Un socialista, el estudiante de medicina, había resultado ligeramente herido en un brazo por la rozadura de la bala.

Al día siguiente la prensa se ocupó en la sección policial del incidente y millares de personas, los asiduos lectores de la crónica sensacional, pudieron enterarse de que en Buenos Aires había socialistas y anarquistas, y de que se querían unos a otros como los gatos y los perros.

## **EL AGIO, LA POLÍTICA Y LOS OBREROS**

Allá por la época a que hacen referencia los capítulos anteriores, la república atravesaba un agudo período de crisis económica.

La presidencia de Juárez Celman había comprometido por largo número de años las fuerzas productivas del país.

El agio desmesurado había concluido en un krac espantoso.

La revolución del 90 creó un estado de cosas incierto, dejando subsistente la agitación revolucionaria, consecuencia de la derrota de los sublevados, derrota por otra parte incompleta ya que el presidente se vio obligado a abandonar el mando, sustituyéndole un gobierno provisorio sin mayor arraigo en la opinión y sin fuerza suficiente para imponerse a los vencidos, que veían en el nuevo ministro una continuación del anterior.

Un gobierno en fin, que a pesar del talento del doctor Pellegrini, vicepresidente en ejercicio del P. E., era la menor cantidad de gobierno posible.

Las finanzas desquiciadas, el crédito del país en plena bancarrota, la inmigración casi interrumpida, la moneda nacional despreciada y la intranquilidad en todas las esferas sociales, eran la característica de la época.

El malestar era más hondo, más intenso en los hogares obreros, que son siempre los que carentes de reservas económicas, quienes primero y en mayor grado sufren las consecuencias de todo trastorno económico.

El oro que en la última decena de julio había llegado a cotizarse al 500 per 100 seguía fluctuando alrededor del 400 por ciento con diarias oscilaciones de una brusquedad de 50 puntos en más o en menos.

Días hubo que pasó del 485 por ciento.

En la Bolsa se jugaba desenfrenadamente.

El agio que antes de la revolución había tenido como base las especulaciones sobre tierras, se había trasladado al campo monetario, alterando los valores de todas las cosas de una manera brutal y desconcertante.

Los jornales de los trabajadores sin alteración alguna en su valor numérico, habían sufrido la depreciación inherente a la desvalorización de la moneda nacional, del billete-papel.

Los productos necesarios al consumo valían cuatro veces más, en tanto que los salarios continuaban lo mismo, sin variación alguna.

El anhelo de enriquecerse que a la América fabulosa había atraído millares y millares de hombres aprovechando los pasajes subsidiarios facilitados por el gobierno argentino, se esfumaba.

La miseria en cambio, esa miseria que parecía patrimonio exclusivo de los países europeos sobrecargados de población, se enseñoreaba de los hogares proletarios.

Y las molestias, todas las molestias de la mala vida porteña, vida sin alegrías, vida sin animación, vida reducida a las mezquinas habitaciones de una ciudad improvisada a escape, se acentuaban con las dificultades que para atender a la propia subsistencia se presentaban y crecían de día en día.

Las añoranzas por la tierra natal se despertaban violentas en las multitudes, que al ver defraudadas sus ansias de riqueza se consideraban estafadas.

Empezó a germinar el odio al país, juntamente con el odio al gobierno.

Y la riqueza de los ricos despertó una feroz antipatía de clase.

Así resultó suficientemente predisposta la tierra argentina para la siembra de las teorías socialistas y anarquistas en boga en Europa y de las que algunos espíritus idealistas se habían enamorado aun sin conocerlas a fondo.

La primera sociedad de resistencia fundada algunos años antes mediante el concurso del revolucionario Malatesta, se vio pronto acompañada en su tarea asociacionista por incalculable número de pequeños núcleos de obreros que echaban las bases de sus respectivas sociedades de oficio.

Y después, cuando la revolución radical de 1893 puso fin a la agitación política de ese partido, que virtualmente quedó muerto con la derrota completa que sufrió, la masa trabajadora, sin esperanzas ya de conseguir que un gobierno salvador lograra colocar la república en las condiciones favorables que para su bienestar económico deseaba, se incorporó casi por completo a las sociedades de resistencia y se afilió a las ideas socialistas y anarquistas.

La desorganización del partido radical y la impotencia a que había quedado reducido, con más la actitud condescendiente que adoptaron los políticos de los demás partidos para con el gobierno, uniformó la acción política de tal modo, que bien podía decirse que en la Argentina no había más que un solo partido.

Por otra parte esa condescendencia no era algo insólito, algo que pudiera extrañar ni sorprender.

Los partidos políticos del país, en esencia no eran y no son aun, distintos entre sí.

El mismo partido radical ha carecido siempre de líneas generales que lo diferenciaron de los demás.

El respecto a la ley, el cumplimiento de la Constitución, el no falseamiento del sufragio, la honradez administrativa, son tópicos de conducta y no característica ideológica de ningún partido.

Además, no hay agrupación política que proclame lo contrario.

El federalismo parece ser para los políticos argentinos la última palabra de la ciencia, o arte, de gobernar.

Y aunque en la práctica tal federalismo no es más que una burda mistificación, en la teoría todos están contestes y los ataques de unos a otros no se basan más que en el incumplimiento de las leyes, en el falseamiento sistemático de la fórmula federal.

Una preocupación, la de no pasar ante Europa como un país ingobernable, como un pedazo de esa *South América* que los capitalistas ingleses invocan cual fatídico anatema para que la tranquilidad se imponga y puedan así las acciones de sus ferrocarriles y empresas industriales dar altos dividendos, unió casi por entero a todos los profesionales de la política, matando con ello toda la vida pública activa de la nación.

El caudillo, el agitador, el jefe del radicalismo, el doctor Alem, no volvió ya a conmover las masas populares con sus arengas.

No había una voz que se alzara contra los gobernantes, fueran o no desacertados sus actos, favoreciendo o perjudicaran al país.

En tan favorables circunstancias, socialistas y anarquistas aparecieron en el escenario de la vida pública.

Los locales obreros reemplazaron a los clubs políticos. Los propagandistas tomaron posesión de la calle.

Se propagaron las teorías sociológicas, se iniciaron reivindicaciones económicas, se realizaron manifestaciones públicas, se criticó en las plazas el proceder de los gobernantes, cada acto, cada medida, cada iniciativa del poder.

Y el manifiesto ocasional se multiplicó de día en día y los periódicos anarquistas y socialistas aumentaron en número y tiraje considerablemente, apareciendo entre los propagandistas jóvenes intelectuales de cultura bien desarrollada, que dieron a las ideas la forma de que antes carecían y un fondo más profundo.

El pueblo, abandonado por los políticos profesionales, tomó parte activa en la vida pública, siguiendo a los propagandistas y empapándose de más en más en las teorías de los sociólogos europeos.

## LAS DIVISIONES

En uno de los capítulos anteriores hemos bosquejado ligeramente las diversas tendencias de los anarquistas.

En embrión se dibujaban ya en los primeros libertarios sus divisiones futuras.

Si en principio la doctrina tiene un mismo origen, una idéntica base fundamental, la bifurcación se nota enseguida, debiéndose no sólo a los temperamentos individuales, tan varios, sino a detalles de importancia, a apreciaciones doctrinarias nacidas en los cerebros de los propagandistas más geniales o de los estudios y adquisiciones de otros hombres que aun sin militar en el anarquismo ni denominarse anarquistas han hecho labor anárquica.

La primera disensión sería fue una cuestión de táctica.

En Europa los anarquistas se habían dividido en colectivistas y comunistas.

El idealismo de los pueblos europeos hizo aparecer en quienes eran una minoría exigua, esa divergencia de pleno carácter futurista.

El ambiente practicista de América, de estos países constituidos por hombres de acción, hizo que entre nosotros la divergencia primera fuese de un carácter práctico.

Así vemos a los anarquistas dividirse en dos grandes núcleos: organizadores y antiorganizadores.

Los primeros prestigiaban la asociación obrera.

Las sociedades de resistencia eran su campo de actuación y las huelgas su principal medio de propaganda y lucha.

La polémica entre unos y otros fue formidable y duradera.

Durante largo tiempo, más que a propagar sus ideales comunes, se dedicaron a destrozarse mutuamente, a combatirse, a controvertir y denigrarse.

Periódicos de una y otra tendencia aparecieron, publicándose no solamente en español sino en italiano, idioma este último en el que en todo tiempo se ha hecho gran propaganda, debido a la cantidad considerable de proletarios que en Italia han llegado constantemente a la Argentina.

Esta división no era la única. Aparecieron también los individualistas, amorales, y tan enemigos de los organizadores como de los antiorganizadores, por lo que éstos tenían de comunistas.

Los individualistas publicaron también periódicos, aunque de vida fugaz, sin lograr nunca llegar a ser una fuerza apreciable.

Poco a poco los organizadores fueron imponiéndose, llegando a constituir casi por entero el anarquismo propiamente dicho.

A su éxito contribuyeron la valía intelectual de varios de ellos, superior en mucho a la de los que actuaban en los otros grupos, y la predisposición general a la asociación que existía en el país, especie de compensación al individualismo supremamente egoístico del inmigrante y que las condiciones políticas y económicas de la república había hecho fracasar.

Como factor importante en el triunfo decisivo de los organizadores, cumple mencionar a los socialistas, cuya activa labor organizadora fue un estimulante poderoso para los anarquistas que veían ir al pueblo a engrosar las sociedades obreras fundadas por sus adversarios, lo cual podía hacer que llegara un momento en que la propaganda del anarquismo no se pudiera efectuar con probabilidades de éxito por estar sugestionados y catequizados los trabajadores por los propagandistas socialistas.

La acción de los antiorganizadores e individualistas, no fue sin embargo nula. No consiguieron, es cierto, imponer su modo de ver, pero obligaron con su tenaz campaña a los organizadores a conservar dentro de los gremios obreros, fuertemente marcada su filiación y tendencia anárquica.

Porque era ese precisamente el principal argumento de los antiorganizadores: que dentro de las sociedades de resistencia los anarquistas se anulaban, perdían su carácter de tales y concluían por desentenderse de todo lo que tuviera atinencia con el ideal, para preocuparse tan sólo de las luchas gremiales, de las cuestiones relacionadas con los horarios y jornales de los trabajadores.

Posiblemente sin el acicate de los anarquistas antiorganizadores, hubiera sucedido esto por completo.

Pero la crítica pertinaz, la censura constante impidió que los organizadores cayeran dentro de las sociedades de resistencia en el gremialismo más estrecho, y conservaron su carácter de anarquistas dando a las sociedades en que actuaban un marcado carácter anárquico.

Ocurrió lo que ocurre en toda lucha; que tanto el vencedor como el vencido se modifican, toman algo del contrario y le imponen parte de su característica principal.

Entre los obreros asociados sin otro objetivo que mejorar las condiciones de su vida, los anarquistas, organizadores y los que de la antiorganización y el individualismo hacían bandera, resultó en la Argentina esa fuerza obrera, esa organización gremial que sin dejar de preocuparse por las cuestiones económicas de cada gremio, ha hecho vida pública de intenso carácter político-social y mantenido un ideal netamente anarquista.

## **LAS HUELGAS**

La organización obrera, aun siendo muy embrionaria, dio margen bien pronto a las huelgas.

Las pequeñas sociedades de resistencia, más bien agrupaciones o núcleos, encontraron en los trabajadores una disposición favorable a los paros.

El malestar económico de los obreros favorecía la acción de los rudimentarios organismos gremiales, y si se agrega a esto que los capitalistas no acostumbrados aun a las reclamaciones colectivas se sobrecogieron ante la avalancha obrera, se comprenderá fácilmente que los gremios obtuvieran sin grandes esfuerzos apreciables ventajas.

El capital redituaba abundantemente.

El trabajo, a pesar de todo, no escaseaba.

Todo pues era favorable a los trabajadores.



El éxito de las huelgas robustecía las sociedades de resistencia haciendo que se incorporaran a ellas cada vez mayor número de obreros.

Y cuanto más fuertes se iban haciendo las asociaciones gremiales, más arreciaban las reclamaciones colectivas, más huelgas se producían y mayor era el influjo de los propagandistas anárquicos y socialistas.

De la huelga parcial de un gremio, se pasó a la total de todos los obreros de un mismo oficio.

Y de aquí empezó a germinar la idea de la huelga general de todos los obreros de Buenos Aires, y aun del país entero.

El concepto de solidaridad fue arraigándose en la conciencia colectiva y poco a poco las huelgas empezaron a complicarse, prestándose solidaridad unos a otros gremios para conseguir así más fácilmente el triunfo.

Se pensó en unir con un lazo efectivo a todas las sociedades de resistencia y se constituyó finalmente la Federación Gremial Argentina.

En el nuevo organismo entraron por igual las sociedades en que los socialistas eran el elemento predominante y aquellas en que los anarquistas imprimían con mayor eficacia su carácter.

La unión no se hizo sin sacrificios de una y otra parte.

Las concepciones sociales de unos y otros quedaron relegadas a segundo término y el nuevo organismo era, por así decir, exclusivamente gremial, corporativista, mejor dicho.

Poco duró sin embargo.

Las disensiones, los choques entre anarquistas y socialistas fueron en progresión creciente, de tal modo que la unión se hizo ilusoria.

Se celebró un congreso y la escisión se produjo, ruidosa y completa.

Los socialistas se retiraron constituyendo un «comité de propaganda gremial» que poco después había de transformarse en la «Unión General de Trabajadores», en tanto que los anarquistas siguieron manteniendo la Federación, para la cual se adoptó finalmente el nombre de «Federación Obrera Regional Argentina», nombre que por sí ya entrañaba un principio internacionalista, un desconocimiento del concepto de patria, ya que la palabra *regional* indicaba que se consideraba al país solamente como una región del mundo y no como una nación, como una entidad.

Y es entonces, cuando constituida la Federación y separados definitivamente socialistas y anarquistas, cuando la agitación obrera llega a su período más culminante y cuando en todas partes se notan síntomas de temor y recelo.

Los gobernantes, mientras tanto, vieron producirse las huelgas sin preocuparse mayormente del fenómeno y concretando su acción a facilitar policía y soldados a los capitalistas para que les salvaguardaran sus intereses.

De cuando en cuando, los grandes diarios dedicaban unos sueltos a la cuestión social, para concluir afirmando que ni existía en la Argentina ni tenía razón de existir.

Sin embargo las huelgas se han ido produciendo constantemente, con regularidad matemática, acusando la existencia de esa cuestión social negada, alarmando a los capitalistas que ante la repetición del fenómeno se desesperan, y demostrando que en el país como en todas partes se está elaborando un derecho nuevo, un régimen social y político distinto al vigente.

El respeto a la idea de propiedad ha ido desapareciendo de la mentalidad de los trabajadores, dando en su lugar preeminente puesto a la idea del trabajo como única y legítima propiedad, como primer derecho, como base de todo cuanto existe.

Llegar a concebir que una cosa es ilegítima, es predisponerse a destruirla.

Y esto es lo que ocurre con el derecho de propiedad.

Un gran número de personas le niegan legitimidad.

Y otro número semejante, el mismo al fin, niega también que sea legítimo el derecho a gobernar, el derecho de unos hombres a mandar sobre otros, aunque éste se encubra con el título de democracia y se fundamente en un sufragio universal, cada día más puesto en tela de juicio y a cada momento más desacreditado.

Estos fundamentos trascendentalísimos de la cuestión social, olvidados siempre por los que en la prensa argentina han tratado de ella, son los que dan la clave de su existencia, aquí y en todas partes, e independientemente de la mayor o menor riqueza del país, y de la abundancia o escasez de trabajo, que es lo único que los articulistas suelen tener en cuenta.

Y aun atendiéndose a estos dos puntos, sus consideraciones están equivocadas.

La miseria, la escasez de trabajo, engendra, es, un problema de pauperismo.

Y en donde éste exista no hay lugar a huelgas, ni caben más que manifestaciones de desocupados y mítines de hambrientos.

No es fácil que un país en que exista un gran sobrante de brazos se declaren en huelga los obreros solicitando mejoras.

Iría eso contra los propios intereses de los trabajadores ocupados, contra su egoísmo, y violaría la ley de la oferta y la demanda.

Una huelga en esas condiciones, equivaldría a dar ocupación inmediata a los desocupados con grave perjuicio de los huelguistas.

Solamente un elevadísimo concepto de solidaridad, superior a las mismas necesidades ineludibles de alimentarse, podría impedir que los obreros en huelga fueran reemplazados en masa por los sin trabajo, en el caso a que hacemos referencia.

Precisamente el abandono sistemático de las huelgas parciales -huelgas de un solo taller o fábrica- que han hecho los trabajadores en todas partes, se debe a la facilidad con que un corto número de obreros puede ser reemplazado por desocupados.

De manera es que, aun ateniéndonos a las mismas declaraciones de los que desde hace años y años sostienen tesonadamente que en el país ni existe ni tiene razón de existir la cuestión social, la deducción que surge es una verdadera contra-prueba.

En esa abundancia relativa de trabajo la que facilita las huelgas, la que las hace posibles y la que da a los trabajadores probabilidades de mejoramiento.

Necesario sería para que el fenómeno no se produjera, que las facilidades de mejorar individualmente fueran mucho mayores que lo que son, y que el sueño de enriquecerse que sirve de prólogo a todo inmigrante en su viaje, se realizara, se pudiera realizar.

Esto no es posible.

No todos, ni una mayoría siquiera, pueden hacerse ricos.

Pensar o suponer lo contrario sería no sólo negar la realidad, sino caer en el absurdo.

Y las huelgas son entonces, y por así decir, fatales.

Negar el problema, cerrar los ojos a la evidencia, llevar veinte años considerando las agitaciones obreras como el resultado exclusivo de la propaganda de unos cuantos hombres, no llega siquiera ni a engañar a quienes lo afirman.

Están ahí los hechos por encima de todo, demostrando la existencia de esa cuestión social, y a poco que se observe y analice, se pueden hallar sus causas y bases, entre las cuales la propaganda oral y escrita no es más que una de ellas y tal vez la menos importante.

Hemos ido poco a poco señalando la marcha de los acontecimientos en estas páginas y quien haya seguido esta reseña habrá visto cómo se han ido gestando y cuales han sido sus causas y motivos.

## LOS PROPAGANDISTAS

Si determinadas condiciones del país han influido eficazmente en el florecimiento de las ideas anarquistas, también a ello han contribuido los propagandistas en no pequeña parte.

Mejor aun; más exactamente, podemos decir que las condiciones políticas y económicas de la República Argentina y el estar probándose con gentes venidas de todo el mundo con propósito de enriquecerse, ha facilitado a los propagandistas del anarquismo su tarea haciendo que alcanzaran un éxito superior al obtenido en otros países.

Porque la verdad es que en la Argentina -tanto en Buenos Aires como en Rosario, La Plata, Bahía Blanca y en muchas pequeñas poblaciones del país- el número de anarquistas supera en mucho al que hay en las naciones europeas, hasta prescindiendo de la proporción de habitantes que tiene el país comparado con los demás.

Y es que la propaganda ideológica ha tenido también a su favor la escasez de diversiones públicas que el extranjero echa pronto de menos en el país, la ausencia de esa alegría colectiva que caracteriza a los pueblos europeos y que es el resultado de la homogeneidad del lenguaje, -tomado en su sentido fonético- de la raza y de las costumbres, todo lo que ha ido elaborando una serie de tradiciones que se traducen en fiestas y expansiones, en cantos populares que hablan al alma y alegran la vida.

El cosmopolitismo argentino es un obstáculo a la vida colectiva, así como las habitaciones reducidas e incómodas, no dan lugar tampoco a las gratas expansiones del hogar.

Se diría que todo se ha puesto de acuerdo para que en el país todo el mundo vida descontento, y principalmente aquellos que carecen de fortuna y no pueden darse los goces y distracciones que por su fastuosidad y costo elevado sólo son patrimonio de los muy ricos, cuyo lujo estrepitoso es también un incentivo poderoso para fomentar más el descontento.

El espíritu humano es un tanto inquieto y no se aviene fácilmente a la vida material de comer, dormir y trabajar.

Necesita algo más y no encontrando ese algo más en la Argentina, por carecer el país de distracciones, lo ha buscado en el estudio.

En pocas partes en efecto se lee tanto como en dicha nación. Un cierto desahogo económico y la diferencia existente entre la moneda del país y las europeas, facilita en sumo grado la adquisición de libros.

Para un obrero europeo que tenga un salario de cinco francos, la adquisición de un libro de un franco representa un gasto de la quinta parte del jornal.

El obrero argentino, con un salario de cuatro pesos adquiere ese mismo libro por cuarenta centavos, lo que solamente le representa un dispendio de la décima parte de su salario.

Todo pues influye para que la lectura tenga más cultores en la Argentina que en Europa y para que por lo tanto la difusión de las teorías anarquistas haya sido rápida y extensa.

Se lee más y se asiste en proporciones mayores a las conferencias públicas que en Europa, ya que la asistencia a esos actos representa en primer término una distracción, tanto más apreciable cuanto que el país carece de diversiones populares, y satisfacen una necesidad espiritual ineludible para aquellos cuya vida se reduce a trabajar, comer y dormir.

El que ha visto la enorme cantidad de trabajadores que asisten en Buenos Aires a las conferencias públicas -sean o no dadas por anarquistas- y se encuentra en París en un acto semejante, no sale de su asombro. Una treintena de individuos tomando cerveza mientras un orador de verdadera valía intelectual perora, es suceso harto común en la capital francesa.

En Barcelona -la ciudad anarquista por excelencia- ocurre, si no lo mismo, algo parecido.

En vez de treinta, son cien o ciento cincuenta los oyentes y rara es la vez en que se consigue se llene un teatro para escuchar a un conferenciante, a no ser que se trate de algún orador político de nota.

En Buenos Aires cualquier charlatán con pretensiones de conferenciante congrega varios centenares de personas y nada raro es que dos o tres mil individuos escuchen a un orador que siquiera tenga una voz grata al oído.

Los propagandistas del anarquismo, tanto escritores como oradores, han tenido así en la Argentina gran facilidad para su propaganda.

Y cuando entre ellos ha habido alguno como Pedro Gori, de figura atrayente, de gestos elegantísimos y de una elocuencia florida y encantadora, deleitosa en la forma y profunda en el concepto, el éxito ha sido clamoroso y triunfal.

En no pequeña parte se debe al incremento del anarquismo a ese poeta, sociólogo, jurisconsulto, orador sin rival y hombre cariñoso, bueno, sin pose, que se llamó Pedro Gori.

Su verbo atrajo a la juventud estudiosa e hizo sobreponer la tendencia anarquista a la socialista.

Sin él, es posible que el partido socialista hubiera crecido a la par de las falanges anarquistas, a pesar de contar el socialismo en su contra varios factores de importancia.

Gori dio un impulso extraordinario al anarquismo en la Argentina, cuyo territorio recorrió en todas direcciones, dando conferencias y captándose simpatías por su carácter, tanto como por su talento.

## LA PRIMERA VÍCTIMA

La intensidad y extensión del movimiento obrero hacía presagiar que muy pronto las autoridades habían de iniciar la era de las represiones. No se podía concebir que en un país en que se negaba obstinadamente y a pies juntillos la cuestión social, sin que la repetición de los hechos sociales hiciera dudar siquiera a gobernantes y escritores, continuaran tranquilamente desenvolviéndose los sucesos.

En todas partes ha ocurrido lo mismo.

Ya el descontento del proletariado obedezca a la miseria, sea manifestación de pauperismo, ya tenga como causa el deseo de mejorar de posición, ese deseo propio de la época y que lo mismo se manifiesta en los capitalistas que en los políticos, en los intelectuales que en los obreros, ya sea una consecuencia inevitable del progreso, de la ley de evolución que va transformando los valores éticos y los conceptos sociales y políticos, en todos los casos los gobernantes han recurrido a la represión violenta.

La historia de la humanidad es un fiel trasunto de esto.

En todas las épocas, los de arriba se han opuesto con la fuerza a las pretensiones de los de abajo.

En las esferas gubernativas el ideal consiste en el *statu quo*; es un ideal de reposo.

Nada de innovaciones.

Nada de progresos.

Y es que cada aspiración popular representa un privilegio atacado.

Así el rey absoluto se opone al constitucionalismo, que al menos teóricamente significa un derecho real cercenado; el rey constitucional resiste con todas sus fuerzas al republicanism; el republicanism unitario al federal; éste al socialismo, y todos finalmente al anarquismo, que es la negación de todo privilegio.

Pasando del campo político al económico, las cosas ocurren del mismo modo, y aun se agravan.

El *señor*, se pone a la libertad de los esclavos porque su autoridad queda quebrantada, deja de ser amo en la más amplia acepción de la palabra y su capital disminuye por la pérdida que del vapor que le costaron los esclavos representa la manumisión de éstos.

Y no importa que después, prácticamente su capital aumente porque el asalariado resulte más económico que el esclavo.

El señor, no ve esto; no ve más que la pérdida de un capital y se opone a la liberación del esclavo hasta con las armas, tal cual ocurrió en Norte América, originando la ley libertadora de esclavos, la guerra de secesión.

Igualmente el patrono se resiste a las reivindicaciones del proletariado, porque el hecho de que éste las haga es ya un desconocimiento de la autoridad patronal, la negación del derecho del amo a pagar al operario lo que él cree justo o le parece oportuno.

Y es además un atentado -según su concepto- a sus intereses, ya que entiende que el mayor salario o la más corta jornada de trabajo, significan una merma en sus ganancias.

Importa poco que esto sea o no cierto en la práctica -es el mismo caso de la esclavitud- puesto que lo primero que ve es un mayor desembolso en jornales, sin que la compensación que dando el producto al consumidor más caro, le sea posible tenerla en cuenta, ya que a veces puede muy bien no obtener esa compensación obligado por la competencia, por tener contratos que cumplir o por otras causas.

Las reclamaciones obreras, tenían finalmente que traducirse en violencias y represiones.

Ya las primeras huelgas habían movido al gobierno a poner a disposición de los capitalistas, soldados y policías, y no sólo para que salvaguardaran sus intereses y custodiaran a los rompehuelgas, sino hasta para que reemplazaran a los huelguistas.

En 1901, la intervención gubernativa llegó más lejos. La manifestación obrera conmemorativa del 1º de Mayo, fue disuelta en Buenos Aires por la policía a sablazos, produciéndose el tumulto consiguiente.

La represión se había iniciado.

Pocos meses después, en octubre, los obreros de la Refinería Argentina ubicada en Rosario, se declararon en huelga.

La policía intervino brutalmente, y el obrero Budislavich fue muerto de un balazo, en momentos en que huía de la carga policial y se encontró detenido en su fuga por un alambrado.

La primera víctima del movimiento obrero había caído.

La sangre de un trabajador regó el suelo argentino, ese suelo que los productores fecundan con su sudor enriqueciéndolo de día en día, más y más.

La emoción que este hecho produjo en todo el proletariado argentino, es indescriptible.

Cuatro días después, los trabajadores rosarinos en masa realizaron una grandiosa manifestación de protesta.

La policía tomó precauciones extraordinarias, armando con fusil y bayoneta no sólo a los vigilantes, sino al cuerpo de bomberos y al batallón de guardias de cárceles.

Por un momento se creyó que la fuerza armada iba a fusilar a los manifestantes. Hubo un instante de pánico, pero por fin el acto se realizó sin mayores consecuencias.

## 1902

En el año 1902, raro sería el gremio que no había conseguido alguna modificación favorable en las condiciones del trabajo.

La organización obrera era poderosa en toda la república y a su frente había hombres -como Ros- que tenía verdaderas cualidades de directores.

Principalmente los obreros del puerto de Buenos Aires, estaban organizados férreamente, manteniéndose en un estado de resistencia a la clase patronal, permanente.

Los conflictos se sucedían y reproducían sin cesar, lo que finalmente determinó a los consignatarios, barraqueros y demás capitalistas interesados en las operaciones portuarias, a dar una batalla decisiva a la sociedad de resistencia de estibadores, para concluir con ella.

Se produjo una huelga y los patrones resistieron con empeño, dispuestos a no ceder hasta conseguir que se aniquilaran en la contienda los obreros.

Esto no era fácil de alcanzar, puesto que los trabajadores del puerto, además de un gran espíritu de solidaridad y de una gran fuerza de resistencia, procedían revolucionariamente, causando con sus actos de violencia todos los perjuicios que podían a los patrones.

El gobierno intervino directamente en la lucha.

Parlamentó con obreros y patrones y llegó al convencimiento de que era materialmente imposible que los capitalistas resultaran vencedores si no entraban en la liza otros factores más eficaces que los que hasta entonces se habían empleado.

Ya las luchas de los gremios y la activa propaganda anarquista habían inducido a los gobernantes a tomar una participación activa y directa, participación de puro carácter policial y represiva.

Una nueva sección de policía se había organizado.

A su frente estaba un individuo que pasaba por anarquista y que probablemente fue el organizador de la nueva sección y el inspector del gobierno, tanto para constituirlo como en cuanto a las medidas represivas que había que adoptar.

Y fue el conflicto portuario el que dio pie a la adopción de las medidas de represión que indudablemente hacia tiempo se premeditaban.

El congreso argentino, en una sola sesión, votó la ley de residencia contra los extranjeros y proclamó el estado de sitio.

Después de media noche terminaron las cámaras de diputados y senadores la sesión en que tales resoluciones tomaron y media hora después el presidente de la república firmaba la nueva ley y ponía el cúmplase a la declaratoria de estado de sitio.

Antes de amanecer, la policía había detenido ya a centenares de trabajadores, utilizando las facultades extraordinarias que la suspensión de las garantías constitucionales le concedían.

El día 22 de noviembre quedó iniciada la era de represiones, e incorporada a la legislación nacional una ley contra los extranjeros, en virtud de la cual la policía puede expulsar a todo

habitante del país, que no haya nacido en él, sin formación de causa, sin someterlo a juez alguno, sin conceder derecho de defensa y sin tener en cuenta si el extranjero está radicado en el país desde hace un día o cuarenta años, si tiene o no mujer e hijos argentinos, si cuenta con propiedades muebles o inmuebles en el país o carece de todo bien de fortuna.

Y la policía ha procedido rigurosamente, ha aplicado la nueva ley sin vacilaciones, expulsando hasta a los prófugos y desertores de los ejércitos extranjeros que en todo el mundo son respetados, llegando a enviarlos directamente a sus países de origen y dando así lugar a que sean castigados en sus patrias por los delitos de desertión y erudición del servicio de las armas con las penas y recargos que los códigos militares señalan al caso.

La Argentina cuenta con millares de prófugos entre sus habitantes.

País formado por inmigrantes, muchos de estos han venido de jóvenes para eludir el servicio militar y otros muchos han sido traídos por sus padres en muy temprana edad.

La policía, no ha reparado en nada para las expulsiones, extrañando a *extranjeros* que se hallaban en el país desde la edad de uno y dos años, así como ha expulsado a ancianos que hacía *cuarentas años* que residían en la república.

La ley de residencia respira ese odio al extranjero, al bárbaro, peculiar de la antigua Roma.

Y es éste un achaque propio de todas las naciones.

El malo, el perturbador, es siempre el extranjero.

Tales o cuales hechos, se clama con énfasis, no han podido ser realizados sino por turbas de extranjeros.

Los hijos del país se deshonrarían si hicieran algo semejante y su cultura nos garantiza de que no han hecho nada de eso -se suele decir-.

Y en la Argentina, es cierto que extranjeros son los agitadores y los huelguistas, por la sencilla razón de que extranjeros son en su mayor parte los obreros industriales, esos obreros que han pretendido mejorar su situación de asalariados, y siquiera muchos de esos extranjeros sean espiritualmente argentinos por el número de años que llevan residiendo en el país, por haberse instruido en las escuelas nacionales y por tener las costumbres y el modo de ser de los nacidos en la república.

También son extranjeros los capitalistas; y sin embargo...

Porque buen podría decirse que esos capitalistas por el hecho de ser extranjeros, les importa muy poco del bienestar de los trabajadores y antes que ver mermadas esas sus ganancias extraídas del sudor del proletariado, colocan a éste ante el dilema del hambre o el motín.

Y de provocadores del desorden podrían ser tildados, y de no amar a un país que no es el de su nacimiento y al que llegaron en general sin recursos y al cual deben su riqueza, una riqueza producto de la explotación de los trabajadores y quién sabe de cuántos negocios inconfesables.

El gobierno argentino, así como el parlamento, no pensaron ni por un instante en nada de esto.

Vieron que los propagandistas del anarquismo y los secretarios de las sociedades obreras eran casi en su totalidad extranjeros -¡raro fenómeno por cierto en un país en que los extranjeros son casi una mayoría!- y dictaron la ley de residencia, a pesar de que con ella violaban abiertamente



la Constitución Nacional, y a pesar de que en los demás países que tienen leyes semejantes no llegan a tener alcance sobre el extranjero radicado en el país, ni mucho menos sobre los que tienen familia nacida en la nación en que residen, ya que la expulsión en este último caso alcanza a los hijos del país, sin culpa alguna porque su padre, o el esposo, sea extranjero y profese tales o cuales ideas o haya tomado parte en cualquier huelga -lo que no es tampoco delito, dicho sea entre paréntesis- o bien la expulsión del uno, trae como consecuencia la desorganización de la familia y un estado de miseria dolorosa para la mujer y los hijos que se quedaran en su patria natal.

Apenas promulgada la ley de referencia y decretado el estado de sitio, se expulsó a cuanto elemento activo en el movimiento obrero y la propaganda ideológica pudo echar mano la policía, lo que por el momento no produjo el fracaso de la huelga en el puerto de Buenos Aires, sino que por el contrario fue un acicate para ella, convirtiéndose en paro general, puesto que se extendió a todos los gremios de la capital y repercutió en Rosario y otras poblaciones del interior, provocándose numerosos hechos violentos y choques entre la policía y los trabajadores.

Durante los días que duró la huelga general, la revista literaria y sociológica *El Sol*, se transformó en hoja diaria de combate y propaganda.

Florencio Sanchez, el que años después había de llenar el teatro nacional con sus obras dramáticas, de vida intensísima, y en las que se debaten las grandes luchas psicológicas y los conflictos sociológicos de esta época, el formidable dramaturgo que ha llevado al teatro sus sentimientos de anarquista, llenó *El Sol* de artículos vibrantes, de frases que eran anatemas, continuando en aquellos tres o cuatro días la obra que cuando la muerte de Budislavich realizara en Rosario desde las columnas del diario burgués *La República*, en el cual había entrado para ejecutar pequeñas tareas administrativas, llegando en poco tiempo a ocupar la dirección y dándole un carácter tan avanzado que más era ya imposible dentro de una publicación burguesa.

Terminó la huelga y concluyó el año sin más incidencias, quedando para el siguiente la ardua tarea de reorganización todo lo que había desquiciado la represión autoritaria.

## “LA PROTESTA HUMANA...”

Entre los periódicos que hacían propaganda anarquista, había alcanzado singular aceptación *La Protesta Humana*.

Fundado el 13 de junio de 1897, tuvo la suerte, puede decirse así, de que a poco de aparecer llegara a Buenos Aires José Prat, cuya pluma razonadora, cultísima, de estilo tan sencillo como armonioso, introdujo en el periodismo anárquico una nueva modalidad, superior en mucho a la que en la Argentina era corriente.

Pronto *La Protesta Humana* atrajo nuevas inteligencias y en sus páginas dejaron su fecunda huella Altair, pensador profundo, de un casticismo en el lenguaje difícilmente alcanzable; Basterra, escritor ingenioso; Guaglianone, orador elocuentísimo y escritor de valía; Pellicer, sociólogo de grandes conocimientos, y otros muchos.

*La Protesta Humana*, defendía la organización obrera y la propaganda con tesón, sin dejar por eso de ser una publicación anarquista, divulgadora de la filosofía anárquica.

La ley de residencia y el estado de sitio de 1902, redujo considerablemente el número de propagandistas.

Unos fueron deportados; otros dejaron de tomar participación activa en la propaganda.

Entonces empezó para el periodismo anarquista un período de verdadera crisis.

*Ciencia Social*, una hermosa revista, desapareció con la expulsión de Serantoni que la editaba y a quien la policía destruyó la librería con que atendía a su sustento.

*El Rebelde*, periódico antiorganizador que chocaba constantemente con *La Protesta Humana*, también dejó de aparecer por la expulsión de sus dos redactores principales, Reguera y Locascio.

*L'Avvenire*, organizador, escrito en idioma italiano, publicó algunos números, muy pocos, después del estado de sitio, muriendo definitivamente por falta principalmente de redactores, ocurriéndoles casi lo mismo a *Nuova Civiltá*, antiorganizador, escrito en italiano y a *Solidaridad*, semanario anarquista que se publicaba en Rosario de Santa Fe.

En 1903 la vida de las publicaciones anarquistas era difícil.

Sin embargo, aparecieron algunas, adoptando el aspecto y las modalidades propias de las revistas, en vez del de periódicos de combate que caracterizó a casi todos los periódicos de los años antecedentes.

Aparte de los obstáculos materiales, falta de escritores, escasez de recursos por el pánico que la represión había originado, era factor importante para la no publicación de periódicos la actitud de la policía, que no se concretaba a deportar a los propagandistas y a quienes en una forma u otra ayudaban a la propaganda, sino que presionaba a los dueños de locales e imprentas, para que no pudieran aparecer los periódicos anarquistas.

Esta actitud policial se extremaba sobre todo con *La Protesta Humana*, cuya influencia en el proletariado era conocida.

La colección de aquella época es de una originalidad estupenda.

Cada número se imprimía en distinto establecimiento y se comprende que las imprentas que se prestaban a editar el periódico, no eran de las que tenían mejor material.

Desde el título hasta la última línea, se veía la más desconcertante variedad de tipos de letra.

Lo único que conservaba el genuino portavoz del anarquismo argentino, era buena redacción.

Altair, seguía colaborando y con él escribían Alfredo C. López (Jean Valjean) cuya pluma brillante y agresiva daba carácter de combate al periódico, y Florencio Sanchez, que durante mucho tiempo escribió casi solo y por entero el periódico con toda la fuerza de su temperamento de escritor de fibra.

No todos los números llegaron a poder circular.

La policía secuestró la edición en no pocas ocasiones, teniéndose finalmente que recurrir a actos de verdadera audacia para contrarrestar la acción policial.

Una vez, el doctor Juan Creaghe, anciano médico y hombre en quien el ideal anárquico constituía una especie de segunda naturaleza, tomó un carruaje, cargó en él gran cantidad de ejemplares de *La Protesta Humana*, y salió a venderlos por las calles centrales de Buenos Aires, voceando el título del periódico, en tanto que con el revólver empuñado mantenía a raya a los empleados de la sección orden social de policía que no se determinaron a secuestrar la edición como lo habían hecho otras veces, intimidados posiblemente por la actitud del doctor que indicaba bien a las claras su disposición de terminar en drama el abuso policíaco.

El doctor Creaghe era el alma y el nervio de *La Protesta Humana*.

Sostenía el periódico con su peculio y afrontaba resueltamente la situación.

Cansado de aquel mudar de imprentas, resolvió instalar una parte por su cuenta y así lo hizo, dotando al anarquismo de un medio definitivo y eficaz de propaganda.

Y es de ese taller nacido por presión policial y el recelo de los dueños de imprentas, de donde surgió la posibilidad de convertir el periódico de vida incierta de 1897, en diario, el día 1º de abril de 1904, suprimiendo de su título la palabra *Humana*, para hacer más fácil su pregón a los vendedores de diarios.

## 1º DE MAYO

Hace un mes que *La Protesta* aparece diariamente.

La organización obrera es más potente aun que en 1902.

El número de sociedades de resistencia que constituye la F. O. R. A. es mayor, y todas cuentan con una cantidad de asociados superiores al que tenían cuando se promulgó la ley de residencia.

Nuevos elementos han entrado en acción reemplazando a los expulsados, y a los que por temor permanecen inactivos.

Ha llegado el 1º de Mayo.

La célebre fecha se conmemora en toda la república entusiastamente.

La manifestación obrera en Buenos Aires asume proporciones inusitadas.

Jamás la capital había presenciado un acto tan grandioso ni aun en los tiempos en que los partidos políticos -inexistentes en la actualidad- habían hecho vida democrática.

La enorme columna se dirige hacia la plaza Mazzini.

Al pasar por el edificio en que *La Protesta* tiene instalados sus talleres y oficinas, la multitud prorrumpe en aplausos y vítores, que la redacción contesta agitando una bandera.

Es la consagración del diario anarquista, como órgano del proletariado.

En el trayecto se han producido algunos incidentes con los conductores de tranvías, único gremio que aquel día labora en Buenos Aires.

Constituido por elementos sin oficio, inhábiles para todo trabajo que demande alguna competencia, permanecen sumisos a las empresas temiendo que el menor gesto de rebeldía les acarree la destitución y con ella días de hambre y miseria, días de vagabundo penoso por las calles de la metrópoli.

Se saben inaptos y fácilmente reemplazables en su rutinaria labor por esa multitud de fracasados que pulula en todas las grandes ciudades.

Y siguen en su tarea, aguantando impertérritos el insulto de los manifestantes, la amenaza y hasta el garrotazo.

Desemboca la cabeza de la manifestación en la plaza Mazzini, atronando el espacio con sus cánticos revolucionarios y los vivas a la ANARQUÍA.

Son cuarenta o cincuenta mil hombres enardecidos, autosugestionados por el propio entusiasmo y el éxito de la manifestación.

De repente un tranvía obstaculiza la marcha de la columna.

Se produce un tumulto y suena un disparo de revólver.

Instantáneamente la detonación es seguida de otras muchas y en pocos momentos la plaza se convierte en campo de batalla.

La gente se refugia en la recova del Paseo de Julio, en tanto que los agentes del escuadrón de seguridad machetean y hacen disparos continuados con los Colt.

El fuego termina al fin, y se puede observar que tanto la policía como los obreros han sufrido numerosas bajas.

Un grupo de trabajadores coloca en una escalera un cadáver y se lo lleva, pasando la Avenida de Mayo, al local de *La Protesta* primero y al de la Federación después.

Los trabajadores custodian aquel cuerpo, revólver en mano, y tras ellos, a paso lento, va un piquete de agentes de policía a caballo, sin intentar despojarles del lúgubre trofeo.

El muerto es un obrero oscuro, apellidado Ocampo, de raza indígena, nacido en el selvático y misterioso Chaco.

Ha muerto haciendo fuego contra la policía.

Ha muerto matando.

No es sólo él quien ha caído.

Varios vigilantes han muerto en la refriega y los hospitales se llenan de heridos pertenecientes a los dos bandos, amén de los muchos obreros que en sus casas se asisten de las heridas recibidas en la contienda.

A la Federación es enviado el cuerpo de bomberos para rescatar el cadáver de Ocampo, y aunque los obreros se resisten a entregarlo, por fin ceden, evitándose una nueva hecatombe.

Los hechos ocurridos el 1º de Mayo de 1904 en Buenos Aires, conmueven al pueblo entero de la república.

En todas las poblaciones de alguna importancia se verifican mítines de protesta contra la policía bonaerense, en tanto que la prensa burguesa discute los sucesos, y clama, ora contra la policía, ora contra los manifestantes, según le conviene aparentar que los causantes de lo ocurrido son unos u otros.

Cuestión de lectores y de anhelo de popularidad.

## UNA EMBOSCADA

En Buenos Aires se han declarado en huelga los dependientes de comercio.

El paro se extiende a otras ciudades y en Rosario se complica con una huelga de panaderos.

Un grupo de estos últimos se dirige al local de los dependientes, impidiéndoles el acceso un oficial de policía.

Los huelguistas desacatan la orden y el oficial hace fuego matando a un joven panadero.

Los compañeros de éste hieren al matador de varios puñaladas.

La Federación local rosarina declara la huelga general y resuelve ir al día siguiente al cementerio a conducir el cadáver del panadero muerto.

La policía, de mañana bien temprano arranca a los deudos de Pereyra el cadáver y lo entierra silenciosamente.

Cuando los obreros se enteran de ello, se exasperan, y resuelven de todos modos ir al cementerio.

Son las dos de la tarde de un día caliginoso del mes de noviembre de 1904. Del local de la Federación parten silenciosamente unos trescientos trabajadores, dirigiéndose al centro socialista, en donde se les une otro núcleo de obreros y continúan su marcha hacia los locales de los pintores, carpinteros y dependientes para que los miembros de estos gremios se incorporen a la manifestación de duelo.

Ni un agente de policía encuentran por el camino.

Y la marcha se realiza silenciosa, solemne, de duelo y un si es no de zozobra.

Hay un ambiente algo lúgubre que los nervios anuncian y que es indefinible.

Se ha llegado al local de los pintores.

Se detiene un momento la columna, y cuando va a reanudar la marcha, aparecen por las dos calles que convergen al local, dos líneas de bomberos y vigilantes armados a mauser y bayoneta calada, escoltados por otras dos filas de agentes del escuadrón, que en tanto con una mano tienen las riendas de los caballos que montan, con la otra apuntan con los mortíferos Colt a los manifestantes.

En la cola de la columna se inicia el desconcierto.

Algunos obreros huyen.

– ¡Calmarse, no correr! -gritan varios; y la calma renace.

La fuerza armada viene a paso de carga.

No se oye ni un grito.

De la fila de los bomberos sale una voz que dice ¡fuego! y empieza una serie de descargas de mauser y colt que sobrecogen a los manifestantes y disuelve en pocos instantes la columna.

Después se recogen cuatro cadáveres de obreros y cerca de un centenar de heridos, casi todos en las piernas.

Los bomberos estaban borrachos.

A la hora de ocurrir los sucesos le era entregado al jefe de policía un documento de felicitación por haber reprimido tan enérgica como certeramente a los anarquistas.

El documento estaba suscrito por los principales comerciantes de Rosario.

La Federación mantuvo la huelga general durante tres días, y en Buenos Aires se llevó a cabo un paro de todos los gremios por cuarenta y ocho horas.

## EL 4 DE FEBRERO

Después de la revolución de 1893, el partido radical había quedado virtualmente muerto. Su jefe, el doctor Alem, decepcionado tal vez, desconfiado del triunfo que obstinadamente había perseguido, abandonado por muchos de sus principales amigos y partidarios, se suicidó en plena vía pública, en la calle que fue siempre el escenario de su labor activísima de agitador de las multitudes, de arengador entusiasta del pueblo y de revolucionario de acción.

El partido radical que estaba ya agónico, quedó para todo el mundo muerto con la desaparición de su jefe.

Y he aquí que en 1905 se realiza un movimiento revolucionario en la capital y en varias provincias, organizado por el partido radical.

El hecho causa general sorpresa, por cuanto que el radicalismo hace una docena de años que no denotaba su existencia.

El nuevo jefe era un hombre de naturaleza antípoda al doctor Alem.

Reservado en extremo, ni siquiera su rostro era conocido por sus partidarios y mucho menos por el público.

Ni peroraba, ni siquiera escribía.

Su labor era de conspirador misterioso. Fue conquistándose la adhesión de los militares, sin buscar para nada al pueblo.

Y la revolución que había organizado fue más que nada una revolución militar, un motín de cuartel.

La delación de un comprometido hizo fracasar en Buenos Aires el movimiento revolucionario, triunfante sin obstáculos, en las provincias.

Por un momento se creyó en la posibilidad de que la revolución se convirtiera en guerra civil, pero el jefe de los radicales, en vista del fracaso del alzamiento en la capital, ordenó la suspensión del movimiento, evitando días de dolor, sangre y miseria al país.

En Buenos Aires se ignoraba el resultado de la revolución en las provincias y sólo se conocía el fracaso que el movimiento había sufrido en la misma ciudad.

El gobierno nacional decretó el estado de sitio y prohibió la publicación de detalles relativos al movimiento revolucionario. La prensa acató la orden y únicamente *La Protesta* apareció transformada en proclama bélica anunciando el triunfo de los sublevados en las provincias...

El gobierno clausuró el diario anarquista y ordenó la prisión de sus redactores y de cuanto anarquista conocido había en la capital.

Los presos radicales fueron conducidos a un buque de guerra y los anarquistas a otro, sometiéndose a éstos sin embargo, a un régimen distinto; peor.

Terminado el estado de sitio, *La Protesta* reaparece y reanuda la labor anárquica olvidando la veleidad radical de un momento, veleidad que para unos anarquistas fue un bello gesto de desobediencia al gobierno, y para otros un desacierto y señal de que la redacción del diario tenía ciertas concomitancias con el partido radical.

Y es posible que sin la estadía de gran número de trabajadores en las bodegas de un buque de guerra, lo que llevó la acción de todos los anarquistas a auxiliar a los castigados, se habrían producido entre los anarquistas disensiones de importancia.

El radicalismo apoyándose en el ejército, sin programa alguno que señale un paso adelante en la vida nacional, contando entre sus principales hombres con caracterizados católicos, no podía ser visto con simpatía por quienes del anarquismo tenían un concepto amplio y claro.

Solamente algunos obsesionados por la idea de violencia -venga de donde venga- podían acoger con agrado al partido radical, llamado a entronizar el militarismo y a robustecer la Iglesia católica, consecuencias ambas directas de buscar para la obra revolucionaria a los militares y de ser los conspicuos del partido católicos fervientes.

Pasó el 4 de febrero con sus prisiones, y vuelto el país a la normalidad, se continuó la propaganda sin mayores incidencias.

Algo sin embargo quedó latente en el anarquismo argentino.

Cierto síntoma de descontento y desconfianza empezó a surgir, sin exteriorizarse, pero cuya labor había de manifestarse más adelante, a poco que cualquier otro hecho provocara su aparición.

## OTRO ESTADO DE SITIO

El año 1905 transcurrió sin sucesos de importancia.

Salvo la extraña coincidencia de haberse producido en Rosario en la misma noche del 30 de Abril al 1º de Mayo, nueve conatos de incendio en aserraderos y grandes depósitos comerciales, todos ellos intencionales, y que la opinión pública consideró como un acto de represalia contra el alto comercio que suscribió la felicitación al jefe político de la ciudad por la masacre que la fuerza armada ejecutó en la manifestación obrera de noviembre del año anterior, la propaganda anarquista y la acción obrera siguieron su marcha normal.

A fines de año no obstante se produjo una gran huelga que terminó con la declaración de otro estado de sitio por el gobierno nacional.

Los estibadores de Rosario iniciaron el movimiento reclamando la disminución del peso habitual de bolsas, canastos y fardos.

Los obreros de los demás puertos fluviales del país secundaron el paro, extendiéndose éste al puerto de Buenos Aires.

El gobierno no encontró mejor salida que suspender nuevamente las garantías constitucionales.

Fueron clausurados los centros obreros, se volvió a conducir a un buque de guerra a los militantes más activos y se deportó a los que por su nacimiento eran tenidos como más *peligrosos*.

*La Protesta* no fue clausurada.

Se le comunicó como a los demás diarios que no podía ocuparse de las huelgas, y en vista de esto la redacción resolvió suspender la publicación del diario.

Nada más.

## VIOLENCIAS Y VIOLENCIAS

En este relato no mencionamos una por una las huelgas que en la Argentina se han producido, porque la tarea sería inacabable, así como tampoco hemos de referir los sucesos sangrientos ocurridos y que son numerosos.

No ha habido huelga que no haya tenido sus víctimas; no ha habido casi acto público alguno que no haya originado choques entre la policía y los manifestantes.

Si en algún país la historia del proletariado está escrita con sangre, es en la Argentina.

Las mismas libertades públicas, esa amplitud de derechos que la constitución Nacional concede a los habitantes de la república, ha hecho que las autoridades, ante el fenómeno anarquista, hayan recurrido al único medio coercitivo que tenían a mano: la violencia.

Después, cuando la legislación ha sido remendada, cuando las leyes represivas han desvirtuado el espíritu de la ley fundamental, anulándola y haciendo que la nación pierda por



entero su característica liberal para caer en el extremo opuesto, más propio de los países cuya evolución política se halla estancada en formas antiguas, en los que no se ha iniciado aún esa evolución, ha sido ya tarde para que la policía abandonara la característica brutal que en su lucha con el proletariado había adquirido.

Así se vio que en la manifestación obrera del 1º de Mayo de 1905 -realizada el 21 por haber durado el estado de sitio promulgado a raíz de la revolución cuartelera del 4 de Febrero hasta el 4 de Mayo- so pretexto de que los manifestantes pretendieron enarbolar una bandera roja, insignia prohibida por una ley dictada en aquellos mismos días, la policía cargó a balazos sobre la manifestación hiriendo a varios trabajadores y matando a un fotógrafo que, ajeno al acto, presenciaba el desfile.

Había penalidad para los que infringieran la flamante ley, pero en vez de aplicar el castigo señalado, se atropelló revolver en mano a todo el mundo, aunque el autor de la pequeña falta había sido uno solo. Es más; se había dispuesto por el gobierno que antes de atacar al pueblo se harían tres toques de corneta, para que así los curiosos y los que no quisieran entenderse con el machete policial se retirara, y se prescindió de los toques, empezándose por los tiros.

La brutalidad triunfante, podría titularse la acción policial de todos los días en las cuestiones e incidentes de la vida proletaria.

Y este proceder no es exclusivo de la policía; es común a todos los cuerpos armados del país.

En cierta ocasión la marinería de guerra, atacó en Bahía Blanca a unos huelguistas en el interior del local obrero en que estaban reunidos, matando a uno e hiriendo a varios.

Y al día siguiente, cuando el huelguista fallecido era llevado al cementerio, la misma marinería cargó sobre el fúnebre cortejo, viniendo las balas a perforar el ataúd y a destrozar el rostro del cadáver.

Otro caso: en un teatro del Tandil, un empleado policial pretendió, sin que ni siquiera para ello existiera ley alguna que lo facultara, impedir que la oradora Virginia Bolten continuara hablando en la forma que lo hacía.

Como la oradora no le entendiera y en el público se levantaran voces de protesta contra la intromisión de aquel empleado, que era un simple escribiente de la comisaría local, entró en juego el revólver, resultando varios concurrentes heridos, que ni aun eran anarquistas y ni siquiera obreros.

¿Para qué citar más casos?

La justicia en cambio ha observado un procedimiento más recto.

Con frecuencia ha absuelto a los obreros a quienes la policía acusaba como autores de delitos.

Y no ha sido por falta de empeños policiales, que han fracasado las tentativas de la policía para que algunos elementos fueran fusilados o condenados a presidio por largo número de años.

Uno de los procesos más importantes fue el conocido con el nombre de «panadería de la Princesa».

Durante una huelga de panaderos, fueron muertos en la fonda en que estaban comiendo, cuatro trabajadores de la panadería de la Princesa, reemplazantes de los huelguistas. Los autores del hecho iban enmascarados y ni fueron conocidos por nadie ni lograron ser detenidos.

En su fuga dejaron caída una barba postiza, que es por lo que se vino a comprender que habían realizado tal acto disfrazados.

La policía bonaerense prendió a varios trabajadores de los más significativos en el gremio por sus condiciones de propagandistas, y los sindicó de autores de esas muertes.

A tal punto llegaron las cosas, que se creyó serían condenados los detenidos, lo que originó una gran efervescencia en el proletariado de toda la república, resolviéndose declarar la huelga general si para un día señalado de antemano no habían sido puestos en libertad los acusados.

La justicia sobreseyó la causa la víspera del día fijado para el paro, con lo cual fracasó el complot policial.

Algo parecido ocurrió con el llamado «crimen de la calle Especial» en el que fueron envueltos varios obreros estibadores de Buenos Aires por la policía, que los sindicaba como autores de la muerte de un rompe-huelgas.

Después de unos meses de angustiosa prisión, el proceso fue sobreseído por falta absoluta de pruebas.

Estas prácticas policiales de resolver todo incidente callejero por la fuerza, y de querer fueran condenados los que la policía señalaba como autores de los hechos sangrientos ocurridos en las huelgas entre los huelguistas y los reemplazantes de éstos, ha sido la causa originaria de los escasos atentados anarquistas que en la Argentina se han producido.

El primero de ellos lo realizó el obrero tipógrafo Salvador Planas.

Una tarde, cuando se dirigía al palacio presidencial desde su domicilio, el doctor Manuel Quintana, presidente de la república, Planas le disparó su revólver, fallándole el tiro por la mala calidad de las balas.

El autor del atentado fue detenido y condenado a trece años de penitenciaría, condena que no cumplió por haberse fugado de la penitenciaría a los cinco años del hecho.

El presidente Quintana había promulgado los dos estados de sitio a que en otro capítulo hemos hecho referencia y durante su gobierno ocurrieron la masacre de obreros rosarinos que se relata en el capítulo titulado «Una emboscada», así como la carga policial que con motivos de haber pretendido izar una bandera un manifestante el 21 de Mayo en la plaza Lavalle de Buenos Aires, se realizó y de la cual resultó muerto un fotógrafo.

El presidente quedó ileso, pero su vida fue ya muy breve. Desde el atentado de Planas no tomó parte en ningún acto oficial, y poco después fallecía sin dejar de su gobierno huella alguna remarcable, a no ser la de que gobernó casi permanentemente bajo el estado de sitio.

## “LA PROTESTA...”

Poco más de dos años han transcurrido desde que *La Protesta* aparece diariamente.

De ese tiempo, más de medio año ha permanecido sin publicarse a causa de los dos estados de sitio que se han producido.

Y en tan relativamente corta vida han desfilado por ella un sinnúmero de redactores.

La primera redacción, aquella que inició la publicación diaria del periódico, duró muy poco.

Le siguió otra de no más durable vida.

Y luego, hubo una tercera, que si bien es cierto permaneció al frente del diario más tiempo, tuvo los dos descansos de los estados de sitio, a la terminación de cada uno de los cuales se reanimaba el entusiasmo por el diario y se hacía más posible su existencia.

*La Protesta* ha tenido como defecto capital su administración.

Y es que en las filas anarquistas, constituidas por obreros e intelectuales, no es fácil encontrar hombres que reúnan las condiciones de método y orden que la administración de un diario requiere.

Por otra parte los redactores de una publicación anarquista están colocados en una situación poco grata, por cuanto que los lectores son apasionados, toman una ingerencia en el diario que resulta molesto, y dados los matices tan varios que entre los anarquistas existen, siempre hay un número considerable de descontentos con la redacción.

Otras publicaciones no tienen nada que temer del público lector. El que lee un diario, si en él encuentra algo que no le gusta, lo pasa por alto y sigue leyendo lo demás.

En el campo anarquista las cosas pasan de otro modo.

Lo que no agrada se comenta, se critica y llega hasta promover actos de desagrado.

Por esto *La Protesta*, cuando los atropellos policiales no desviaban la atención obrera de los lectores hacia la policía o cuando la agitación obrera era tan poco activa que no distraía a los anarquistas, sufría las consecuencias de la crítica, del espíritu inquieto de los habituales lectores.

La tercera redacción del diario consiguió durar gracias a los paréntesis de los estados de sitio y a la importancia de los sucesos que durante su actuación habían ocurrido.

Mas llegó el año 1906, año en general tranquilo y en el cual las hostilidades policiales se concretaron a detener propagandistas y mantenerlos en prisión durante una veintena de días pretextando que llevaban armas, y esto concluyó por no interesar finalmente a diario; se acostumbraron a ello los lectores de *La Protesta* y dejaron de hacer caso a la consiguiente noticia y comentarios del *cuchillito misterioso*.

Es probable que la redacción estuviera también cansada de la propaganda diaria, asaz pesada, y que descuidara un tanto la confección del diario, en verdad algo deficiente.

Sea como sea, el hecho es que *La Protesta* iba decayendo visiblemente.

Se sostenía a fuerza de préstamos y donativos que las sociedades de resistencia le hacían, pero su circulación era cada vez menor y el disgusto entre los anarquistas iba en aumento.

Un cúmulo de factores contribuía a esta situación y a ella vino a agregarse el haber sido encargado de redactar la crónica de las huelgas y reuniones obreras, un miembro del partido socialista que precisamente acababa de ser candidato a diputado nacional.

Un diario anarquista que tenía como redactor a un candidato a diputado, a un miembro del partido socialista, era algo paradójico.

Y es entonces cuando se dio el extraño caso de que junto a *La Protesta* que no podía sostenerse, pudiera vivir un período anarquista -*Fulgor*- mal redactado y presentado con dudoso gusto.

En Agosto de 1906, un núcleo de anarquistas indicó a la redacción la conveniencia que había para la continuidad del diario, de que cediera su lugar a otros elementos.

La redacción tomó en cuenta lo indicado y resolvió entregar *La Protesta* a la Federación Obrera.

Aunque la Federación había en todo tiempo marchado de acuerdo con *La Protesta* y para todos el diario era un órgano oficioso de ella, la resolución de los redactores -o mejor dicho del director- fue acogida con general desagrado y protesta.

La Federación tenía un matiz anárquico, pero en su esencia era un organismo obrero, dentro del cual había trabajadores sin ideales sociológicos y había socialistas.

*La Protesta*, como diario perteneciente a la Federación corría el riesgo de dejar de ser una publicación anarquista, a nada que predominaran en ella otros elementos que no tuvieran el ideal anárquico.

Entre los mismos anarquistas de la Federación se tuvo esto presente, y en una reunión a la que asistieron delegados de las sociedades de resistencia y de los grupos anarquistas, se resolvió que el diario continuara siendo independiente de la Federación, se nombraron los nuevos redactores, se suprimió el cargo de director por considerarlo un tanto autoritario en un organismo tan característicamente anárquico como debía ser el diario destinado a propagar los ideales anarquistas y se nombró un comité administrativo que regulara la marcha de la administración, hasta entonces sin control de ninguna especie.

Se inauguró entonces una nueva vida para *La Protesta*, sin que sin embargo se lograra regularizar debidamente su administración, pues el comité administrativo, a pesar de su buena voluntad, se encontraba en las mismas inadecuadas condiciones que habían en general caracterizado a los diversos administradores que había tenido el diario; carecían de competencia.

*La Protesta*, con un tiraje de cerca de dos mil ejemplares, arrastraba una vida lánguida, mísera, y todavía durante un tiempo continuó lo mismo; pero poco a poco fue mejorando su estado económico y logró tener un tiraje de cinco mil ejemplares, lo que si bien no le aseguraba por completo la vida, permitía que se desarrollara mejor.

Y con esa cifra permaneció mucho tiempo, casi todo el año 1907, recibiendo después un nuevo impulso que la llevó a tirar nueve mil ejemplares, alcanzando en 1910 a quince y diez y seis mil diariamente, hasta que los sucesos del centenario impidieron su publicación.

En 1907, *La Protesta* inauguró una máquina rotativa elemento de progreso, que fue de incalculable valor para su desarrollo.

La nueva máquina, que reemplazó al pequeño artefacto en que se imprimía el diario desde su fundación, fue adquirida por suscripción entre los anarquistas, suscripción iniciada a consecuencia de un notable artículo del redactor Lorenzo Mario (Ernesto J. Ortir) cuya pluma brillante sabía conmover hondamente.

En ese artículo explicaba porque muchos días *La Protesta* llegaba tarde a los suscriptores y contaba cómo se quejaba, cómo gemía la vieja máquina que también, como los obreros, ancianos, necesitaba reposo.

El éxito del artículo del malogrado camarada, no es para referido. En pocos días se reunió gran cantidad de dinero y *La Protesta* pudo adquirir una rotativa, con la cual no había que tener tropiezos ni atrasos, por mucho que su tirada diaria aumentara.

## LOS SINDICATOS

En el Partido Socialista se había producido una escisión. Un grupo de jóvenes, instruidos y entusiastas, quedaron fuera del Partido al cual habían intentado modificar su marcha.

Estos, daban mayor importancia a la acción gremial que a la política y consideraban que en el parlamento los socialistas debían ante todo hacer labor obstruccionista.

El Partido no lo entendía así. Tenía un diputado en el congreso, el doctor Palacios, elevado al cargo, por una condescendencia del gobierno que permitió se presentaran tres candidatos gubernistas por la misma circunscripción, lo que naturalmente fraccionó mucho sus fuerzas; y gracias a los votos de otras agrupaciones partidistas de oposición que se plegaron a la candidatura socialista, convencidos de que únicamente con un mismo candidato, podrían vencer al gobierno, a pesar de tener éste tres candidatos.

La minúscula minoría socialista, había ido sosteniendo el programa del partido en el congreso, frente a la enorme mayoría gubernativa, lo mejor que a su representante le había sido posible.

Los disidentes socialistas entendían que el doctor Palacios debería haber procedido de otro modo y afirmaban que en lo sucesivo era necesario que el partido se cuidara preferentemente de la organización obrera, despreocupándose de la política, que había llegado a ser casi por entero la exclusiva preocupación de los socialistas.

Separados del Partido, constituyeron una agrupación que denominaron sindicalista, adoptando el nombre que en Francia e Italia habían tomado los partidarios de la organización gremial.

Los sindicalistas argentinos dirigieron su vista hacia la Federación.

Vieron en ella un organismo sindical que respondía en gran manera a sus concepciones de lucha e intentaron realizar una fusión con los escasos gremios que constituían la Unión General de Trabajadores, y que aun siendo un organismo de origen socialista se manifestaba en general más afín a los sindicalistas que a sus antiguos organizadores.

En la Federación había causado entusiasmo la idea de refundir en un solo cuerpo las dos grandes asociaciones obreras del país. Se vio así la posibilidad de incorporar al mismo una gran cantidad de sociedades obreras que permanecían independientes, sin incorporarse ni a una ni a otra entidad, pretextando el hecho de ser dos y no querer elegir ninguna en menoscabo de la otra, y en realidad porque los anarquistas y socialistas que en esas sociedades había, preferían siguieran autónomas, antes que el empeño en adherirlas a uno u otro organismo federativo hiciera se desmembraran.

Empero había un obstáculo, o mejor dicho varios, para que tal fusión se realizara.

Por un lado los sindicalistas eran para la Federación sospechosos de socialismo, por haber pertenecido al partido socialista hasta hacia muy poco y por mantener en las bases de la agrupación que habían constituido, la acción parlamentaria.

Por otro lado los sindicalistas atacaban frecuentemente los ideales anarquistas y declararon que los organismos obreros no debían tener ideologías.

Como es natural, con estos antecedentes no era posible esperar se realizara una fusión en la que había de entrar en primer término un fuerte núcleo de anarquistas.

Entre los sindicalistas y anarquistas se trató una lucha feroz.

Se discutió y controvirtió cuanto de humano había discutible.

La lucha de clases, el materialismo histórico, la importancia de los hechos, la influencia de las ideas, todo en fin lo que constituye el fondo del marxismo y las teorías anárquicas fue desmenuzado con pasión y encono, llegándose de una y otra para a toda clase de exageraciones y a emplear el insulto y la injuria cuando el argumento no bastaba o no llegaba a tiempo a la pluma o la palabra.

La agitación de aquellos días era extraordinaria.

Por todas partes no se oían más que discusiones y apóstrofes.

Vida intensísima, aquella en que se debatían dos doctrinas con la pujanza que dan la pasión y el amor propio.

Las sociedades obreras, los centros, los cafés, las redacciones de los periódicos, los salones en que se deban veladas, funciones y conferencias, se habían convertido en verdaderos campos y Agramante.

Por fin los sindicalistas llegaron a comprender que no era el mejor modo de realizar la fusión que prestigiaban, aquel constante batallar, injuriar y atacar a los anarquistas en sus ideales y se avinieron a transigir, a modificar sus pretensiones primeras, a admitir que en las sociedades obreras se pudiera hacer propaganda ideológica, libertad ésta que querían negar a los anarquistas.

Colocamos en este terreno fue ya más fácil llegar a celebrar el congreso de fusión y éste tuvo por fin lugar.

En los anarquistas había quedado subsistente el recelo.

Se sospechó que el grupo sindicalista pretendía introducirse en la Federación para finalmente conseguir la anulación de la propaganda anarquista hecha en los gremios desde hacía casi veinte años y se procuró que las bases del futuro organismo federal constituido por la Federación, la Unión General de Trabajadores y las sociedades autónomas, fueran en un todo las mismas que tenía la Federación Obrera Regional Argentina.

Se contaba para esto con la superioridad numérica de las sociedades que constituían la Federación y se tenía por descontado el éxito.

Las sesiones del congreso de fusión atrajeron un público enorme.

La misma prensa burguesa prestó gran atención a aquel acto alrededor del cual hacía tiempo se había producido gran agitación y por cuyo desarrollo y fin existía intensa expectativa.

En el congreso tomaron parte en calidad de delegados, socialistas, sindicalistas y anarquistas.

Las sesiones fueron tumultuosas.

Varias veces estuvo a punto de fracasar el acto ruidosamente.

Los delegados socialistas cuando vieron que la acción política era por completo rechazada, se retiraron.

Quedaron solos sindicalistas y anarquistas, y ya estaban aprobadas casi del todo las bases del nuevo organismo, cuando una moción de un delegado anarquista vino a servir de punto de ruptura entre unos y otros.

La moción consistía en la incorporación a las bases federativas de una cláusula por la cual en las sociedades obreras se recomendaba hacer propaganda antipolítico y divulgar en cambio los principios del comunismo anárquico.

Un congreso de la Federación había ya en otro tiempo incorporado a sus acuerdos una moción semejante y su repetición en éste no tendía más que a dar a la nueva asociación, idéntico carácter que el que tenía la F. O. R. A. tal como entre los anarquistas se había convenido.

Los sindicalistas no quisieron continuar más tiempo en el Congreso y se retiraron en medio de grandes protestas, provocándose un enorme tumulto.

El congreso quedó así terminado, sin que se realizara la fusión cuyos preliminares habían durado más de un año.

## **EL AÑO DE LAS HUELGAS**

Las discusiones teóricas, las polémicas, las controversias y en una palabra la batalla tratada entre sindicalistas y anarquistas, no fue un obstáculo para las luchas gremiales.

El año 1907 fue el más fecundo en huelgas, desde que el movimiento obrero había tomado carta de naturaleza en la vida argentina.

Dos grandes paros generales se llevaron a cabo en el país, de solidaridad el uno con los cocheros de Rosario, que se habían declarado en huelga protestando contra una ordenanza municipal, y de protesta el otro contra la marinería de la armada por sus atropellos contra los huelguistas de Bahía Blanca, a que en otro lugar nos hemos referido.

La importancia de esos dos grandes actos colectivos no fue sin embargo lo más característico del año.

Por primera vez en la república se verificó un paro de ferrocarriles completo, por haberse solidarizado los maquinistas y fogoneros de todas las líneas férreas, con sus compañeros de la provincia de Mendoza que se declararon en huelga protestando contra ciertas disposiciones de la empresa ferrocarrilera del Gran Oeste Argentino.

El paro de los ferrocarriles sorprendió a todo el mundo, porque, aun estando organizados, aun teniendo constituida una asociación gremial, era ésta de un carácter tan marcadamente conservador, basada como estaba en el socorro mutuo, y tan alejada se hallaba de las demás sociedades obreras, que nadie esperaba se produjera una huelga ferrocarrilera.

Además los maquinistas estaban remunerados lo suficiente para que la vida les fuera cómodo y en su mayoría eran pequeños propietarios, dueños por lo menos, de las casitas independientes en que habitaban.

Los que han reducido la cuestión social a un problema de pauperismo, creyendo que únicamente razones de hambrientos pueden mover a los hombres en sus actos, fueron sin duda los más sorprendidos por esta huelga de ferrocarrileros, de esos maquinistas a quienes impulsó al paro un alto espíritu de solidaridad y que no vacilaron ni ante el riesgo que para su relativamente buena posición representaba la huelga.

Todavía se produjo otro acto social de mayor trascendencia aún.

Nos referimos a la llamada huelga de inquilinos.

Buenos Aires es una ciudad que crece desmesuradamente.

El aumento de su población es extraordinario por preferir la mayor parte de los inmigrantes quedarse en ella a ir a vivir al interior del país, cuya fama es desastrosa.

Las pésimas policías de la campaña; la verdadera inseguridad que existe en el campo argentino, del que son señores absolutos los caciques electorales, influyen en el ánimo de los europeos, aun sabiendo que hay posibilidad de alcanzar una posición económica desahogada con mucha mayor facilidad que en la capital, a quedarse en ésta, en la que de todas maneras hay más seguridad, mayor tranquilidad para el espíritu.

La edificación no progresa lo suficiente para cubrir las necesidades de la avalancha inmigratoria y esto hace que los alquileres sean cada día más elevados y que para alquilar la más mísera vivienda, sean necesarios una infinidad de requisitos.

Si a un matrimonio solo le es difícil hallar habitación, al que además tiene hijos le es poco menos que imposible, y más imposible cuantos más hijos tiene.

De ahí que las más inmundas covachas, encuentren con facilidad inquilinos, ya que Buenos Aires no es una población en la que sea dado andar eligiendo.

Esa misma carestía, consecuencia de la escasez de habitaciones, ha hecho que las familias se habitúen a vivir en una sola habitación de cuatro metros por otros cuatro o de cinco, en la que hay que comer y dormir, revueltos padres e hijos, y en la que las mujeres tienen que estar metidas el día entero respirando una atmósfera mefítica de la que nunca desaparecen los olores de los alimentos y el vaho de la respiración.

Y es imposible aspirar, al menos los trabajadores, a tener dos o tres piezas, pues el alquiler de una les insume la tercera parte del jornal mensual.

Desde muchos años atrás, esta formidable y casi insolucionable cuestión de las viviendas, había sido tema de batalla para los oradores del mitin.



Socialistas, anarquistas y hasta algunos políticos sin contingente electoral, habían en todo tiempo clamado contra la suba constante de los alquileres, excitando al pueblo, ora a la acción directa, ora a la electoral, según que el orador era un anarquista o tenía tendencias políticas.

Parecía que la población bonaerense se hubiera acostumbrado a mal vivir y que toda la prédica había caído en el vacío, pero así como los anarquistas no escaparon al contagio huelguístico, demostrando con el paro que realizaron que la idea de solidaridad había arraigado en sus cerebros, así los inquilinos de Buenos Aires, probaron con los hechos, que la propaganda en contra de los alquileres y en pro de la huelga de inquilinos, no había sido perdida.

Un buen día se supo que los vecinos de un conventillo habían resuelto no pagar el alquiler de sus viviendas, en tanto que el propietario no les hiciera una rebaja.

La resolución de esos inquilinos fue tomada a risa y chacota por media población.

Pronto cesaron las bromas.

De conventillo a conventillo se extendió rápidamente la idea de no pagar, y en pocos días la población proletaria en masa se adhirió a la huelga.

Las grandes casas de inquilinato se convirtieron en clubs.

Los oradores populares surgían por todas partes arengando y a los inquilinos y excitándolos a no pagar los alquileres y resistirse a los desalojos tenazmente.

Se verificaban manifestaciones callejeras en todos los barrios, sin que la policía pudiera impedir las, y pronto, con un espíritu de organización admirable, se constituyeron comités y subcomités en todas las secciones de la capital.

En los juzgados de paz, las demandas por desalojo se aglomeraban de un modo que hacía imposible su despacho.

Empezaron los propietarios a realizar algunas rebajas, festejadas ruidosamente por los inquilinos y sirviendo de incentivo en la lucha a los demás.

En algunas casas de departamentos, habitadas por personas que no podían considerarse como proletarias, se inició también la resistencia al pago de los alquileres, amenazando convertirse la llamada huelga de inquilinos en algo formidable, en una especie de revolución, en un atentado serio contra el derecho de propiedad, ese derecho que hace de un propietario un señor feudal, un dueño absoluto sobre el que nada puede, ni aun la necesidad de vivir, el derecho a la vida inherente a todos los humanos, que el primero de todos los derechos, porque en él reposa la vida, es la vida misma.

Las autoridades, como siempre, contemplaron los sucesos, sin tomar otras disposiciones que la de mandar refuerzos policiales a las calles en que tenían conocimiento se había organizado una manifestación.

Mas el problema se agravaba; se iba convirtiendo en conflicto, y entonces resolvieron intervenir de la única manera que les es dada, del único modo que está en su mano, porque es para lo que únicamente tienen condiciones: reprimiendo violentamente.

Un gran grupo anarquista, entre los que figuraban dos redactores de *La Protesta* -Roberto D'Angió y Mariano Forcat- fue encarcelado y deportado a Europa, en virtud de la famosa ley de residencia.

El jefe de policía empezó a visitar los grandes conventillos, utilizándose para llevar a cabo los desalojos, al cuerpo de bomberos, originándose en uno de los inquilinatos un choque con la fuerza armada del que resultó muerto un transeúnte llamado Miguel Pepe, que tuvo la desgracia de encontrarse en el lugar del conflicto.

El entierro de Miguel Pepe, colosal, extraordinario, convertido en grandiosa manifestación de protesta, fue, puede decirse, el último acto de la huelga de inquilinos, que duró casi tres meses.

Las deportaciones de anarquistas y la muerte de Miguel Pepe, hicieron entender a los habitantes de Buenos Aires que la policía estaba dispuesta a todo para concluir con la huelga, y ésta se terminó, realizando numerosos desalojos el cuerpo de bomberos, provisto de las mangueras para inundar las habitaciones en que se encastillaban algunos, y con los mausers prontos a hacer fuego al menor conato de resistencia violenta.

Durante varias semanas la población presentó un aspecto extraño.

Por todas partes se veían piquetes de bomberos y agentes del escuadrón corriendo de aquí para allá, realizando atropellos.

La multitud no está en vano constituida por individuos autónomos, en los que la conciencia social, el espíritu colectivo, está en embrión.

Cada uno mira por sí; teme ser la víctima entre todos y cobardemente cede.

Es el instinto de conservación predominante sobre todo razonamiento.

La huelga de inquilinos vencida, más bien empeoró la situación de los vecinos de la capital argentina, puesto que los propietarios reforzados las cláusulas de los arrendamientos para que no fuera posible perdieran alquileres, en el supuesto de que el movimiento volviera a reproducirse, ya que por lo menos los meses que duró la huelga, no los cobraron.

## UN BAÚL CON EXPLOSIVOS

La Federación permaneció impasible ante las deportaciones efectuadas con motivo de la huelga de inquilinos y los atropellos realizados con los huelguistas.

Pocas veces hubo un ambiente más propicio para realizar un acto de solidaridad con los inquilinos, ni tan oportuna ocasión había para realizarlo.

Empero el consejo federal se dejó influenciar por los sindicalistas que sostenían la conveniencia de aplazar la huelga general en señal de protesta por los actos policiales para más adelante, dando así tiempo para poder hacer una activa propaganda en pro del paro.

Demasiada propaganda había en los hechos que se estaban produciendo, sin que necesaria fuera la oral, que si en algunas ocasiones es efficacísima, pierde su influencia cuando las circunstancias determinantes pasan, calurándose los espíritus.

Los sindicalistas, consejeros del consejo federal de entonces, fueron en aquella ocasión inconsecuentes con sus mismas teorías, ya que para ellos la propaganda ideológica carece de virtualidad y el móvil de todas las acciones son los hechos mismos.

Un hecho engendra otro u otros hechos. Esta es su tesis, cierta en muchos casos y que no es óbice para que las ideas sean engendradoras a su vez de hechos, pudiéndose decir con entera exactitud, que un hecho lo que engendra es la idea de realizar otros hechos, sirviendo así la idea de intermediarios entre unos hechos y otros, siendo efecto y causa a la vez.

Dejando estas digresiones aparte, que por el momento carecen de objeto, el caso es que la Federación declaró la huelga general para dos meses después -para el 13 de Enero de 1908- plazo que sirvió para que los ánimos decayeran, para que contra la misma declaración de huelga se pronunciaran algunos anarquistas relacionados íntimamente con los sindicalistas, y para que finalmente el paro llegara a ser el más mediocre de los realizados en la Argentina.

Contribuyó sin duda a este resultado también la acción policial, más eficaz de lo que a primera vista parece en el movimiento obrero de la república.

La policía tiene organizado un servicio completo de confidentes en todas las sociedades obreras y en cuantas agrupaciones a sobornar a algún miembro de ellas.

Esos confidentes están encargados de informar a la policía de cuanto oyen en los organismos obreros, y al mismo tiempo de lanzar iniciativas, verter especies calumniosas e insinuar insidiosamente desconfianzas respecto a los hombres más activos en la organización y la propaganda.

En el proletariado es tarea fácil conseguir esto.

Hay en unos poca perspicacia.

Tienen otros un carácter envidioso que los lleva a ver con desagrado la influencia que algunos logran alcanzar.

En suma; entre los obreros hay quienes tienen las mismas pasiones y bajos sentimientos que se observan en los hombres de las demás clases sociales, agravados con una mayor incultura y una menor agudeza.

La policía consigue con esos agentes saber, no sólo lo que se proyecta, lo que por lo común entre los trabajadores es el secreto a voces, cosa harto natural, ya que rara es la vez que tienen algún propósito que requiera extrema reserva, sino quiénes entre los propagandistas están enemistados, cuáles son los defectos y cualidades personales de cada uno de ellos y qué chismes circulan con mayores o menores visos de verosimilitud.

Nada más fácil entonces que atizar las pasiones y hacer creer la chismografía, obteniendo así a lo mejor, la retirada del campo de la lucha de algún buen elemento o la anulación de otro por desconfiar de él los demás.

Ese servicio de confidentes facilitó a la policía el conocimiento de la existencia de un baúl conteniendo ingredientes químicos apropiados para fabricar explosivos.

Que la policía sabía esto hacia mucho tiempo es indudable.

Lo calló y dejó que tales elementos continuaran en poder ya de unos ya de otros, sin procurar secuestrarlos.

Esperó un momento propicio para dar al secuestro toda la resonancia toda la resonancia teatral a que la vanidad de la policía es tan apegada.

Y contó al mismo tiempo con que realizando el descubrimiento en momentos propicios, podría influir en el fracaso de cualquier acto colectivo.

De este modo, en la noche del 12 de Enero de 1908, víspera de la huelga general declarada por la F. O. R. A. como acto de protesta contra la actitud policial en la huelga de inquilinos, secuestró en el local de la sociedad de resistencia de obreros caldereros los ingredientes químicos aludidos, deteniendo al secretario del consejo federal y a otros dos obreros que con él allí estaban.

La detención se realizó con acompañamiento de periodistas y fotógrafos, con lo cual al amanecer del día 13, los diarios publicaron el descubrimiento sensacional de la policía, agregando al relato fotografiados espeluznantes de frascos, embudos de cristal, paquetes, recortaduras de hierro, etc., etc.

A la misma hora, en Rosario hacia explosión un petardo de pólvora, elevado a la categoría de bomba de dinamita por la información policial y que apenas si destruyó una pequeña partícula de revoque en el edificio de un colegio regentado por monjas.

El autor de esta explosión no fue descubierto jamás.

Con tales noticiones en los diarios, y los antecedentes que hemos mencionado, nada de extraño es que la huelga general fuera un simple conato.

Los trabajadores se asustaron, vieron la posibilidad de que se considerara la huelga algo así como un acto de complicidad con la labor de los terroristas, y los pequeños grupos que en la mañana del 13 no fueron a sus tareas habituales, lo hicieron por la tarde.

El día 14, puede asegurarse que la huelga general no era ya ni huelga individual.

## LA GUERRA

Un enorme descontento se nota en la clase obrera.

Hay desaliento, desgano, desorganización.

El año se ha iniciado de mala manera. La huelga general fracasada; el descubrimiento de explosivos en poder del secretario de la F. O. R. A. en forma tal que para muchos se trata de un complot policial, las disensiones entre anarquistas y sindicalistas reproducidas nuevamente con tanta o más crudeza que antes, hacen del momento un engendro de hastío y cansancio.

En los talleres del F. C. del Sud, están los obreros en huelga.

La lucha contra la poderosa empresa, es difícil.

Menudean los conflictos entre los huelguistas y sus reemplazantes.

Una tarde, en un tren de obreros, bajo uno de los asientos de un coche, una mano anónima coloca una canasta conteniendo una bomba de las llamadas de reloj.

Cuando el convoy está en marcha, el artefacto hace su obra, destruyendo la vida de un obrero e hiriendo a otros varios.

La bomba se ha incorporado a los conflictos entre obreros y patrones, a las luchas gremiales de la Argentina.

Anteriormente se usaba el palo, que lastima; después se apeló al cuchillo como en el caso de la panadería de la Princesa; luego, reunidos los rompe-huelgas del puerto con revólveres, las contiendas entre unos y otros se resuelven a tiros.

Ahora le llegó su turno a la bomba.

Sigue el progreso en la matanza.

Las exhaustas venas del proletariado, derraman el líquido vital en una lucha sin fin contra la policía y en esas internas cuestiones entre los que quieren mejorar su condición y los que hambrientos e ignorantes, aprovechan los claros que la huelga deja en los lugares de trabajo para satisfacer sus más imperiosas necesidades.

¡Cuántas muertes! ¡cuántos hogares doloridos!

Y principalmente, es ese puerto de Buenos Aires, el que mayor número de víctimas tiene a su cargo.

La sociedad de resistencia de estibadores, casi destruida, es impotente ya para luchar contra los grandes capitalistas.

El puerto ha pasado de hecho a manos de la sociedad patronal, organizada con elementos traídos del interior del país y con los que huyendo de la guerra civil, enfermedad endémica de la república Oriental del Uruguay, se ven en la dura necesidad de acogerse a cualquier trabajo para mitigar su miseria.

El hambre y la más completa inconsciencia, luchando contra el espíritu reivindicador de los obreros asociados, y vencéndolos.

Y las bombas siguen.

En Enero se sorprende los preparativos de Lourido, secretario de la F. O. R. A., Cotti y Serrano.

En el mismo mes estalla la bomba del Ferrocarril del Sud.

En Febrero, Solano Regis, atenta contra la vida del presidente de la república Figueroa Alcorta, arrojándole una bomba que por su defectuosa construcción no estalló.

Y demás en el mismo año disuelve en el Tandil una función teatral de la policía, asaltando a tiros al público, en tanto que en Rosario un patrón mata a golpes a un obrero, secundado en su obra por la policía y logrando que cuando la justicia intervino desapareciera el cadáver del cementerio, imposibilitando el reconocimiento médico.

Hay publicistas que creen necesaria, de una imprescindible necesidad de guerra.

Dan a ésta como un factor de primer orden para la formación del carácter, para la misma persistencia del hombre sobre la tierra.

No hay quienes la consideran tan natural, quienes ven en la Naturaleza misma la raigambre de la guerra, de tal modo que consideran que ir contra la guerra es tanto como ir contra la Naturaleza misma.

Entendemos que los respetables panegiristas de la guerra, se referirán a estos violentos cuerpo a cuerpo, a estos entreveros espontáneos de hombres, en que cada uno pone toda su furia para vencer.

Ahí sí que se ve obrar a la Naturaleza; ahí sí que se forman caracteres, caracteres medrosos de los que huyen, caracteres ruines de los que para herir se esconden en lo más oscuro, caracteres violentos e impetuosos de los que arrollan de frente sin mirar cuántos son los que se les oponen.

Y suponiendo que este luchar directo no modifique el carácter prístino, es probable que sus sucesores tengan más acentuadas las cualidades de fugitivos, de tenebrosos o de impulsivos de sus progenitores.

Porque no cabe admitir que los proclamadores a voz en cuello de la guerra, supongan que es la guerra de las naciones armados hasta los dientes, en las que los enemigos no se ven y en la que el acto matar se reduce a mover automáticamente un cerrojo sin saber siquiera si de enterró el proyectil en el suelo o destrozó media docena de hombres, la guerra que forma caracteres, la guerra necesaria.

Esa guerra creará autómatas, disciplinará hombres, convertirá a éstos en seres inconscientes, sin iniciativas, prontos a moverse al silbido del oficial.

Trabajo mecánico como el de una fábrica, no puede formar caracteres, ni mucho menos.

No teman, no, los panegiristas de la guerra, los que creen que la influencia de ésta es necesaria para el fortalecimiento de la especie, para el desarrollo de las cualidades humanas de lucha y supervivencia.

La guerra existe.

Todos los días son de guerra.

Y de guerra de verdad, con todas sus crueldades, con todas sus violencias, con todas sus mañas.

Es la guerra del cuerpo a cuerpo, la que estimula condiciones y cualidades, la que se produce a diario a despecho de la paz armada oficial de las naciones.

En esas contiendas entre obreros y obreros, entre proletarios y policías, hay víctimas, hay emboscadas, hay choques que forman caracteres y destruyen hogares y vidas.

¿Acaso alguna guerra puede igualar a ésta de todos los días, de todos los momentos, que dura años y años y cuyo fin no se vislumbra?

Porque si en la Argentina ocurre lo que dejamos relatado, siquiera sea sucintamente, pasando por alto detalles y aun sin mencionar los choques diarios, esos choques que ya pasan desapercibidos a fuerza de ser el pan nuestro de cada día, lo mismo sucede en los demás países, porque en todas partes hay huelgas y obreros y policías, rompe-huelgas.

Vivimos en huelga permanente, continua.

Es difícil decir de un país, que durante una semana siquiera no haya habido en él ni una huelga.

Y la huelga es la guerra.

Es un verdadero estado de guerra.

Y de guerra natural, sin todos esos disfraces de la guerra oficial, que la desfiguran y la hacen perder sus características humanas, para transformarla en una función de mecánica.

Estamos en guerra; en plena guerra social.

## POR LA PAZ SOCIAL

El jefe de policía de Buenos Aires, coronel Falcón, entendió que era necesario pacificar la república.

Había presenciado la huelga de inquilinos y tomó en ella activa participación.

Una gran cantidad de hechos violentos se produjeron durante su mando, y considerándose por su puesto el llamado a mantener el orden público, ya que se había convencido de que para ello no bastaba la acción de los bomberos, vigilantes y agentes del escuadrón, creyó del caso pedir al gobierno dictara una ley que llevara la deseada calma a toda la república.

Esa ley no tocaba para nada la cuestión de los alquileres, ni se refería a la jornada de trabajo, ni a los salarios, ni a nada en fin que tuviera atinencia con las huelgas.

Esa ley reclamada por el coronel Falcón, era una ley de imprenta.

Creó ver en la publicación de artículos periodísticos, la causa de los movimientos obreros y la razón de ser de los actos violentos.

No pensó, no se detuvo a pensar, de dónde procedían los actos violentos de las fuerzas policiales y del mismo ejército, a quienes sin duda no era posible achacar obraran a influjo de la prensa avanzada ni de ningún impreso periodístico, ya que nadie les excitaba a la violencia en contra de los trabajadores.

No vio las causas inmediatas de todos los actos colectivos, esas causas que residen en el malestar económico de los unos y el lujo de rascacielos de los otros, y en una infinidad de factores de orden económico, independientes en absoluto de la prédica de los propagandistas.

No vio más que al periodismo que criticaba sus proceder y los de sus subordinados, y contra él fue en un célebre proyecto de ley que propuso al gobierno prohiere.

La opinión pública se pronunció abiertamente contra ese proyecto.

Los mítines se multiplicaron.

Toda la prensa protestó contra la tentativa liberticida, y el gobierno abandonó el famoso proyecto.

Por una vez siquiera se tuvo en cuenta el precepto constitucional de la Argentina, que al consagrarse la libertad de imprenta, prohíbe expresamente hasta *reglamentarla*.

Los diarios todos vieron la posibilidad de que aun yendo la ley de un modo manifiesto contra la propaganda anarquista, podía llegar un día en que se aplicara indistintamente a toda clase de publicaciones.

En las provincias existe un infinito número de partidos políticos locales. Son núcleos capitaneados por caciques, y el que alcanza la gobernación, vapulea sin duelo a los que quedan abajo. Una serie de pequeñas revoluciones es la historia de las provincias argentinas, serie de violencias vergonzosas, tanto de parte de los que triunfan como de los vencidos.

Dar a los gobernadores provincianos una ley de imprenta, equivalía a proporcionarles un nuevo medio de hostilizar a los núcleos opositores.

Hasta sin ley, los empastelamientos de imprentas y el asesinato de periodistas ha sido en el interior del país, y es, vulgar práctica.

No hay comisario de campaña que no considere invulnerable su personalidad, y que deje pasar sin correlativo la menor crítica a sus proceder de funcionario.

Y merecen los tales por lo común, tantas críticas...

El periodismo argentino tuvo por un momento la clarividencia del porvenir, presintió las consecuencias que la ley de imprenta podía acarrear en un país en que los gobernantes son propensos en demasía a alzarse con toda la suma del poder público.

Los constitucionalistas que redactaron la Constitución Nacional, habían sufrido la tiranía de Rosas, habían pasado por aquel período de opresión política en que a las plumas no les era dado escribir nada que no fuera halagos al dictador, y rodearon la libertad de imprenta de toda suerte de defensas para que no se pudiera, sin pasar por encima de la misma Constitución - pobre valla al fin para los gobernantes que cuentan con las bayonetas y los cañones- coartarla.

Y triunfo el buen sentido, pasando el proyecto de ley de imprenta del jefe de policía de Buenos Aires, a la reserva, al depósito en donde se guardan los trastos inservibles, hasta que una oportunidad los hace realizables.

Desgraciadamente, la ocasión llegó.

## LA ODISEA DE SERRANO

El juez ordenó su libertad.

– ¿Cómo? ¿En libertad? No puede ser. Alguna equivocación -dijeron en la policía.

Y antes de largar al preso, fue enviado al mismo despacho del juez, un empleado para que averiguara si en verdad había decretado la libertad de Serrano.

Serrano era un muchacho que estaba durmiendo en el local de la sociedad de caldereros, cuando lo allanó la policía para secuestrar los explosivos que allí había destinados a... hacer fracasar la huelga general de Enero de 1908.

El juez no logró comprobar la complicidad de Serrano.



Lourido declaró que los tres -él, Cotti y Serrano- tenían el propósito de hacer volar el depósito de las aguas corrientes y unos cuantos edificios públicos más.

Serrano lo desmintió; afirmó que él no sabía nada; que cuando la policía invadió el local, dormía, y en un careo hizo que Lourido le descartara del complot, de aquel complot terrorista para cuya realización contaban con materiales químicos -según el análisis oficial- inservibles.

Y el juez ordenó la libertad de Serrano.

La policía tuvo que rendirse a la evidencia, y lo libertó.

Pero no completamente.

A los pocos metros de la puerta de la prisión, lo hizo detener de nuevo.

Serrano se resistió.

Se lió a golpes con los empleados de la policía de investigaciones.

Se arrojó al suelo, y promovió un escándalo que hizo intervenir a la policía uniformada, a los agentes de servicio.

– Llévenme a la comisaría -dijo a los guardias.

Pensaba con esto salir de la jurisdicción de la policía de investigadores, cumplir la pequeña condena que se aplica a los detenidos por escándalo y lograr así finalmente una libertad, que veía problemática.

Los pesquisas insistieron en llevarlo a investigaciones, y los agentes obedecieron.

Fue encerrado en un calabozo subterráneo, sin dejarle ropa alguna que hiciera las veces de cama.

Pasó un día, dos, tres, y siguió así en la incomunicación más absoluta, sin que ni la policía ni los jueces, ni nadie le interrogara.

Cansado, resolvió no comer.

Rechazó la comida una y otra vez, hasta que apoderó de él una fiebre altísima.

Fue sacado de allí en un estado de postración alarmante y conducido a un hospital, con la consigna especial de «incomunicado».

La madre de Serrano andaba como loca buscando a su hijo.

En la prisión contestaban que había salido en libertad.

En el juzgado le afirmaban lo mismo.

La policía sostenía que no sabía de él.

El hospital no es un calabozo subterráneo.

La incomunicación en donde hay varias personas, no es no puede ser absoluta.

La madre del preso llegó a tener noticias de su hijo.

Y Serrano fue trasladado otra vez a la oficina de investigaciones y remitido a otro hospital; al de enfermedades infecto-contagiosas.

Se le encerró en la sala de tuberculosos.

Escandalizó, quiso maltratar con sus débiles fuerzas a los enfermeros y logró lo trasladaran a la sala de enfermedades de la piel, junto con los sífilíticos.

Permaneció allí varios días.

La comunicación con la calle era en aquel local de aislamiento más débil.

El director del hospital constato que no tenía enfermedad alguna, y mucho menos de carácter infeccioso, y que la extrema debilidad que la «huelga de hambre» le había causado, iba desapareciendo con la alimentación del establecimiento.

Ordenó lo remitieran a investigaciones de nuevo, y allí retornó el preso sin causa ni proceso.

Pasó la noche en un calabozo de las azoteas del departamento y al día siguiente fue definitivamente puesto en libertad.

La prisión no le había vuelto loco, ni le había hecho contraer una enfermedad aguda, ni siquiera adquirir la tuberculosis o la sífilis.

En Montjuich se torturaba bestialmente a los presos inculpados de terrorismo.

En Buenos Aires, un auto de juez declarando la inocencia de un detenido, su inculpabilidad, servía a la policía de base para, sin brutalidad, muy refinadamente, enviar un muchacho, casi un niño, a calabozos insalubres y a hospitales que son antesalas de la muerte.

## LA MASACRE

Un extraño sino se dijera presidía los actos oficiales del país. Cuando los conflictos no tenían su origen en el eterno alegato de obreros y patrones por diferencia en las condiciones del trabajo, partía de las alturas alguna disposición inconsulta, alguna medida inoportuna y no de gran necesidad que soliviantaban los ánimos de los trabajadores y era causa de protestas y trastornos.

La policía bonaerense había pretendido identificar a todos los habitantes del país por medio del sistema dactiloscópico. Fue esta pretensión, uno de los tantos proyectos de Falcón, como el de suprimir el derecho de manifestación pública, el de hacer que los transeúntes conservaran la derecha en las aceras de las vías públicas y tantos otros por el estilo que terminaron en el mayor fracaso.

El plan de identificación era precisamente con el que más encariñado estaba la policía. Y ya que no pudo hacer adoptar la cédula de identidad para todo el mundo, pretendió que a lo menos los conductores de vehículos no pudieran ejercer su profesión sin previa identificación dactiloscópica.

El argumento de fuerza aducido por la policía consistía en la necesidad de impedir que la gente de «mal vivir» pudiera desempeñar puestos de cocheros y conductores de carros, con lo que decía se evitarían o dificultarían muchos robos.

En el fondo, esto equivalía a declarar la inutilidad de la policía, y muy principalmente de la de investigaciones, ya que ni los cocheros ni los carreros van tan escondidos que les sea posible a los pesquisas reconocerlos.

Por lo visto no servían para nada la galería fotográfica y el reconocimiento a que todo detenido por hurto, robo, estafa, etc., es sometido en las oficinas de la policía secreta, de cuya admirable organización se hacían a menudo lenguas, los cronistas policiales de los grandes diarios bonaerenses.

Los gremios de conductores de carros y cocheros protestaron y resolvieron ir a la huelga para hacer imposible la aplicación de la nueva ordenanza municipal, en que el jefe de policía había logrado intercalar la identificación dactiloscópica.

Para mayor desacierto se fijó como fecha para la vigencia de la nueva disposición el día 1º de Mayo...

La F. O. R. A. había, como de costumbre, organizado una manifestación pública para el día, legendario ya, de los trabajadores.

El acto prometía ser de grandes proporciones.

Los cocheros y carreros, en huelga completa, se habían adherido a la conmemoración del 1º de Mayo, en la que iban a tomar parte casi todos los gremios de la capital.

Se organizaron diversas columnas en diferentes plazas, designándose como punto de concentración para después continuar todos en columna hasta el lugar designado para el mitin, la plaza Lorea.

Una de esas pequeñas columnas seccionales, vino chocando durante todo el camino con los tranvías, que también, como siempre, seguían circulando, desentendidos sus conductores del todo, con los demás gremios obreros.

Sin duda la escasez de fuerzas no permitió a la policía proceder con los manifestantes en el trayecto, pero apenas éstos lograron a la plaza de Lorea, en donde dos piquetes de agentes del escuadrón vigilaban la organización de la columna, unos empleados de la policía de investigaciones que habían acompañado al núcleo obrero de referencia, y presenciado los incidentes ocurridos con los conductores de tranvías, intentaron detener a uno de los obreros.

Se produjo un pequeño tumulto y sonó un disparo -el disparo anónimo preliminar de todos los conflictos- tras del cual los dos piquetes del escuadrón empezaron a hacer fuego en todas direcciones.

Ocho, nueve, diez muertos y un número extraordinario de heridos, fue el resumen de la jornada.

Y aquella misma noche la huelga general era proclamada en todas partes, una huelga en la que el sentimiento herido del proletariado había de manifestarse en toda su fuerza.

Fue una semana entera de lucha.

Se sentían las detonaciones de las armas de fuego a cada instante, en todos los barrios, hasta en las calles más centrales.

Una bomba estalló en el momento en que el *motorman* del tranvía en que había sido depositada, bajaba la canasta que la contenía a la acera, receloso por el tic-tac de reloj que dentro de ella se percibía. La explosión mató a un niño e hirió a varias personas.

Las prisiones estaban llenas de detenidos y sin embargo la huelga continuaba.

Por fin, para concluir con aquella situación anormal que llevaba camino de producir una gran revuelta, el gobierno pactó con los huelguistas, quedó derogada la ordenanza municipal protestaba por carreros y cocheros y fueron puestos en libertad todos los detenidos durante el período huelguístico, hasta aquellos a quienes la policía había prendido por hacer disparos de armas de fuego.

Se esperaba la renuncia del jefe de policía, ya que su destitución no se había resuelto el gobierno a decretarla, pero no se produjo.

El coronel Falcón continuó impertérrito en su puesto, sin pensar ni por un instante, que con ello comprometía su vida.

Pocos meses después Radowsky arrojaba una bomba al carruaje en que iba el jefe de policía juntamente con su secretario, resultando ambos muertos.

La tragedia del 1º de Mayo de 1909, tuvo el 14 de Noviembre del mismo año su sangriento epílogo.

## LA FURIA REACCIONARIA

Conocerse la muerte del coronel Falcón en las esferas policiales y proceder inmediatamente a dar caza a los anarquistas, todo fue uno.

Se decretó el estado de sitio por dos meses, se clausuraron los locales obreros, se asaltó la imprenta de *La Protesta*, empastelándose todo y rompiendo cuantas máquinas y enseres estuvo en la fuerza de los empleados de policía romper, y se dio una batida en las calles del barrio en que los rusos más abundan.

Radowsky, el autor del atentado era de nacionalidad rusa, y esto llevó la policía a atropellar a cuantos rusos halló en su gira vengativa, a pesar de que casi en su totalidad los rusos radicados en Buenos Aires son hebreos que huyeron de Rusia para librarse de las matanzas tan frecuentes en el país del czar y no tienen de revolucionarios ni el más pequeño asomo.

En las comisarías se golpeaba a todos los detenidos sin excepción, procedimiento que luego era continuado en la prisión aneja a la oficina de la policía de investigaciones.

Después los detenidos eran conducidos a bordo de un buque de guerra, en donde eran recibidos por la marinería a culatazos, resultando algunos presos heridos.

La vida a bordo era intolerable.

El golpe estaba siempre en el aire.

Se clasificó a los detenidos.

Los extranjeros fueron embarcados por tanda para sus países natales, después de cortarles el pelo a punta de tijera y de obsequiarles con otra serie de culatazos por las dos filas de marineros que se extendían desde la bodega a la escala de salida del buque de la armada argentina.

Los hijos del país, los nacidos en el territorio de la nación, continuaron en la bodega del buque hasta la terminación del estado de sitio, sometidos a dura disciplina, obligados a hacer el ejercicio y golpeados a cada descuido, a cada torpeza en los movimientos militares, a la menor infracción a la disciplina de a bordo.

Dos días antes de terminarse el estado de sitio, fueron rapados, para que conservaran en tierra el recuerdo de la prepotencia militar.

Y el 16 de Enero de 1910, *La Protesta* salía de nuevo a la calle, alcanzando un éxito extraordinario, aumentando su tiraje en varios millares y reemplazando el tipo de imprenta, con máquinas linotipos.

## UN MITIN GRANDIOSO

En la cárcel de encausados se pegaba a los presos.

En todas las cárceles se maltrata.

Como se maltrata en los cuarteles, en las escuelas, en donde quiera que hay una colectividad y unos hombres con mando sobre ella.

Es una fatalidad.

No se puede gobernar, no se puede dirigir, no se puede manejar una multitud, si no es con el palo.

Y lo mismo en la calle que en los locales cerrados.

Por eso los gobiernos siempre pegan a los pueblos en cuanto éstos se congregan, forman un conjunto, una multitud, una colectividad.

El gobierno, la autoridad, es siempre, y en todo tiempo, imposición.

Y las imposiciones no tienen virtualidad sin el garrote.

Se dice que los hombres son ingobernables; y por eso hace falta el palo.

No se ve muy clara la necesidad de una institución, su utilidad y ventajas, que para existir necesita imponerse por la fuerza, a palos.

Si son ingobernables ¿por qué gobernarlos?

No es fácil explicarse esto.

¿Y en virtud de qué, los ingobernables, pueden ser gobernantes?

Más difícil es aun concebir esta transformación.

El hecho es que en la cárcel de encausados se pegaba y que los presos se quejaban de ello.

*La Protesta* inició una campaña activa contra las autoridades de la prisión, logrando conmover a la ciudad entera.

Buenos Aires se interesó vivamente por los presos de tal modo, que cuando se convocó a un mitin de protesta contra las autoridades carcelarias, la convocatoria alcanzó un éxito superior a las que con motivo del fusilamiento de Ferrer se habían hecho meses antes.

Se realizó la manifestación y mitin, tomando parte en el acto millares de personas, y como la policía dejó en relativa libertad a los manifestantes, haciendo que con la columna sólo fueran dos agentes del escuadrón, el acto se realizó sin incidentes.

El estado de ánimo del público se exteriorizó de una manera elocuente.

Durante el trayecto se daban, mezclados a los gritos de protesta contra el alcaide de la cárcel de encausados, vivas a Radowisky y a la futura huelga del centenario.

Las represalias policiales del último estado de sitio, habían hecho germinar un espíritu de venganza en las filas populares.

La Argentina se aprestaba a conmemorar fastuosamente el centenario de la revolución de Mayo, primer acto de su rebelión contra la autoridad española, y ya gran parte del pueblo intuía una ocasión propicia en aquellos festejos para vengarse de los atropellos policiales de Noviembre.

El gobierno tuvo en cuenta ¡por una vez siquiera! los anhelos populares y destituyó al alcaide de la cárcel de encausados.

## “LA BATALLA...”

La proximidad del centenario origina una actividad extremada en los preparativos de las fiestas.

El trabajo abunda y los brazos escasean.

Es la característica oficial del país; todo se deja para última hora.

Y el apremio se hace angustioso.

Las huelgas se suceden sin interrupción, unas a otras, consecuencia natural de ese exceso de trabajo y de esos apuros oficiales de último momento.

Las huelgas tan continuadas, sirven magníficamente para intensificar más y más la propaganda anarquista.

*La Protesta* es el diario obligado de los trabajadores.

En su crónica del movimiento obrero, siguen todos la marcha de las huelgas y los que únicamente interesados en éstas adquieren el diario, leen después sin casi quererlo el editorial ideológico y los demás sueltos de propaganda.

El tiraje sigue aumentando y se hace normal en quince y diez y seis mil ejemplares.

*La Protesta* cubre sus gastos con holgura y aun tiene un remanente.

¿Qué hacer? ¿Aumentar las páginas de lectura?

Una idea surge entonces en la redacción: publicar otro nuevo diario anarquista, que complemente por la tarde la obra que *La Protesta* realiza por la mañana.

Hay una razón poderosa para atender esta iniciativa en vez de la de aumentar el formato del diario.

No se sabe, no es posible saber, si después de centenario conservará *La Protesta* el número de lectores adquiridos.

Es probable que no, y su vida se habrá angustiado con ese aumento que casi ha de duplicar los gastos.

Reducir luego otra vez el diario a su formato primitivo sería darle un verdadero golpe de muerte.

Indicaría un retroceso, una decadencia peligrosa.

Es mejor, pues, sacar otro diario más.

Las circunstancias, por otra parte, aconsejan como más eficaz este procedimiento.

Se está en víspera de algo sensacional, que probablemente hará época en la vida del proletariado argentino.

Existe un gran ambiente huelguístico.

La huelga del centenario es cosa hecha.

Se palpa su existencia por todas partes.

Y en la redacción se ve el movimiento obrero que se cierne sobre las fiestas conmemorativas de la independencia argentina como algo trascendental.

No hay, sin embargo, una confianza plena en el poder del proletariado, en su consistencia, solidaridad, decisión y espíritu de rebeldía, para poder admitir como posible un triunfo sobre el gobierno.

Se supone que éste, por poca energía que tenga, por débiles y apocados que sean sus hombres, reaccionará violentamente y asestará un golpe mortal a la organización obrera y a la propaganda de ideas.

No cabe ir contra el propósito de huelga que hay en la multitud, que ha surgido, puede decirse, en ella misma.

Se procura por lo menos encauzar la aspiración del proletariado a un mínimo que haga posible un triunfo sin lucha, y se proyecta reclamar para el centenario la libertad de Planas, Regis y de los demás presos existentes por cuestiones sociales, así como una amplia amnistía para los prófugos y desertores del ejército, que en la Argentina son innumerables, puesto que cada año solamente responden al llamado a filas un cincuenta por ciento de los que les corresponde según la ley militar.

Empero, la revista literaria y sociológica *Ideas y Figuras* ha prestigiado la derogación de la Ley de residencia, y aunque esa ley hace poco daño ya y es eludida con facilidad, es tan antigua la campaña realizada contra ella, se ha arraigado tanto en los anarquistas, y en gran parte de los obreros el odio a ella en los ocho años transcurridos desde que se dictó y en los cuales se le ha combatido tenazmente con artículos y discursos, que en todas partes es acogida con entusiasmo la idea de fundamentar la huelga en el pedido de derogar dicha ley.

Quedan así de hecho tres motivos para el paro del centenario y se hace más difícil conseguir el triunfo sin lucha, existiendo en cambio grandes probabilidades de que termine ésta con una derrota desastrosa de los trabajadores.

En *La Protesta* se resuelve definitivamente la aparición del nuevo diario anarquista, confiando en que tal vez el gobierno al ver que son dos los diarios que apoyan a los trabajadores en su acción, vacile y opte por acceder a los deseos de éstos, evitando los trastornos consiguientes a toda lucha.

Puede ser que así suceda, se dice en la redacción de *La Protesta*.

Puede ser que antes de malograr los festejos con mediadas de fuerza y de dar lugar al estallido de una gran huelga general, se acceda en las alturas al deseo de los de abajo.

Y *La Batalla* surgió, nuevo vocero del anarquismo, escrito con una impetuosidad que se llevaba todo por delante.

En sus páginas se dio albergue a los escritos del argentino de más talento, de Alberdi, figura odiada en el país, por lo mismo que era superior a todos, por ser el único filósofo de Sud América.

Y se argumentaba con él, como con una maza.

*La Batalla* vivió.

Vivió porque vivir es ser tenido en cuenta, y el nuevo diario fue considerado como un elemento de potencia, más aún fuera del campo anárquico, que entre los anarquistas mismos.

Su agresividad sólo era comparable a la de las primeras publicaciones anárquicas del país, con la ventaja inmensa del estilo que en *La Batalla* lucía como un florete; tenía brillo; era de una fuerza original sin ejemplo.

Y así se fue preparando la gran derrota del Centenario, mayor aun de lo que en la redacción de *La Protesta* se presentía.



## EL MIEDO

Si en *La Protesta* había recelo, un recelo que no impedía llevar adelante campaña en sus columnas con tesón, en las esferas del gobierno había miedo.

Se parlamentaba con los miembros del consejo federal de la F. O. R. A. directa e indirectamente. Se ofrecía llegar a un arreglo y se regateaban las bases de éste como la mercadería que se despacha en las tiendas de los turcos.

Y en realidad se quería ganar tiempo y concluir probablemente con un engaño, cuando la fuera imposible realizar la huelga, cuando iniciado el período de las fiestas no hubiera cómo ir a un paro, ni que paralizar.

La principal base de arreglo era la de no hacer declaración alguna de huelga, la de no amenazar con el paro general, la de dejar al gobierno que obrara de modo que pareciera lo hacía por impulso propio y no obedeciendo a la presión callejera.

Y del arreglo se descartaba la derogación de la ley de residencia, para lo cual se argüía que no había tiempo hábil, por no corresponder al gobierno sino al congreso la derogación y estar éste muy atareado con otros asuntos. Empero se prometía reformarla después.

Los miembros del Consejo federal, parecían predispuestos a transigir con el propósito del gobierno, aunque tal vez sospecharan que podían ser engañados.

Ello es, que no hacían manifestación alguna que diera a conocer su pensamiento.

Los sindicalistas por su parte se apercibieron de la actitud silenciosa y un tanto equívoca de los hombres que estaban al frente de la Federación, y dieron un golpe de efecto declarando la huelga general para el 18 de Mayo, si para ese día el gobierno nacional no derogaba la ley de residencia, decretaba la libertad de los presos por cuestiones sociales y daba amplia amnistía a los prófugos y desertores del ejército.

Esa declaración de huelga general, comprometía muy poco a los elementos de la Unión General de Trabajadores, que eran muy poca cosa para un paro de ese genero; pero el efecto moral que causo entre los anarquistas fue grande, ya que con ella se presentaban los sindicalistas como más revolucionarios que la F. O. R. A., a pesar del abolengo revolucionario de esta institución.

Los miembros del Consejo Federal, continuaron no obstante callados.

Y para contestar a los anarquistas que personal o publicando les censuraban, mostraban reservadamente una serie de manifiestos que tenían ya impresos, declarando la huelga general, y daban cuenta de los trabajos hechos con ciertos gremios -los de la empresa de la usina eléctrica entre ellos- para que en plena fiesta se declararan en huelga, reclamando mejoras.

El hecho es que el Cementerio se temía abajo y arriba, en todas partes, y que faltaba resolución para encarar la situación de un modo franco en todos lados.

## EL 8 DE MAYO

Se organizó una manifestación pública para el domingo 8 de Mayo.

Y el acto resultó extraordinario, colosal, como jamás en Buenos Aires se había efectuado otro.

Setenta mil personas asistieron a él.

En ocho o diez tribunas a la vez, dirigían la palabra al pueblo los oradores anarquistas, que a voz en grito proclamaban la huelga del Centenario.

Y no hubo siquiera uno a quien se le ocurriera declararla para aquel mismo momento, a contar desde aquel día.

Fue un desacierto.

Se señaló el día 18 para iniciar el paro, y hasta el secretario de la Federación hizo lo mismo subyugado por el entusiasmo de aquella muchedumbre inmensa.

El gobierno no pudo ya dudar de que la tormenta se le venía encima, y convencido de que no podía evitarla sin acceder a las reclamaciones hechas en el mitin, lo que parece le resultaba desprestigioso para su carácter de autoridad -¡oh estupenda democracia y grandiosa soberanía popular, que haces que los representantes tuyos se consideren humillados por acceder al deseo del pueblo!- tomó calladamente las medidas represivas necesarias para hacer abortar la huelga general proyectada.

Y no reparó en que la fecha a conmemorarse era una fecha revolucionaria, una fecha de libertad. Prescindió, hasta de lo insólito que era celebrar bajo el estado de sitio, bajo la ley marcial, la gran fiesta nacional de la independencia.

La autocracia, el autoritarismo, la cesación de las leyes constitucionales, la vuelta a un régimen parecido al existente en 1810, cuando el absolutismo real era la forma de gobierno en el país, es lo que los republicanos federales de la Argentina, pusieron en vigencia para celebrar el centenario de la revolución de Mayo, de aquella revolución que proclamó la libertad, los derechos del hombre, la soberanía popular...

El fracaso de la democracia, significaba aquella declaración de estado de sitio, hecha a los seis días de la gran manifestación obrera del 8 de Mayo de 1910.

Y un reconocimiento explícito del poderío de los anarquistas, sin los cuales no era posible gobernar, más que autoritariamente, bajo el imperio de la fuerza.

El centenario de la independencia, se convertía así en fiesta de la autocracia, del absolutismo. Se daba toda razón de ser al régimen español caído hacía cien años.

Y el 8 de Mayo fue el último día que los anarquistas cantaron libremente su himno de guerra y victorearon la sociedad futura de amor y armonía que es su más caro ensueño.

## PATRIOTISMO POLICIAL

El 13 de Mayo la policía empezó a detener obreros, sin que aun se hubiera decretado el estado de sitio.

Los redactores de *La Protesta* y *La Batalla*, los miembros del consejo federal de la F. O. R. A. y los del comité central de la Unión general de Trabajadores (que poco antes había cambiado su nombre por el de Confederación Obrera Regional Argentina) fueron los primeros en ser detenidos.

Se había alquilado un inmenso local para encerrar a los presos, precaución necesaria sin duda alguna, ya que las numerosas cárceles que tiene Buenos Aires están siempre recargadas de detenidos, síntoma éste harto revelador de la belleza del presente régimen social, al cual no le son suficientes nunca las prisiones para albergar a tanto y tanto trasgresor de la ley.

Por la tarde la cámara de diputados voto la ley de estado de sitio, pero la senadores tuvo a bien no reunirse a pesar de la, para el gobierno, urgencia del caso y hasta la tarde del día siguiente la suspensión de las garantías constitucionales no fue efectiva.

Mientras tanto la nueva cárcel se iba llenando de detenidos.

Fue una sorpresa en toda regía aquella detención en masa de propagandistas y elementos activos del movimiento obrero.

Se estableció una incomunicación rigurosa y lo poco que en la prisión se sabía de lo ocurrido en la calle se debía a los nuevos detenidos que a cada instante llegaban.

Mientras tanto en la ciudad se organizaban columnas de *patriotas*, que al amparo del estado de sitio iban sembrando el terror por todas partes.

El sentimiento patriótico no se había sentido herido por los vivas a la ANARQUÍA y a la huelga del Centenario lanzados por millares y millares de hombres en el mitin de protesta contra el alcaide de la cárcel de encausados, ni en el realizado el 8 de Mayo.

Ni siquiera la explosión patriótica se produjo el día siguiente de la grandiosa manifestación, y cuando por la crónica de los diarios nadie podía ignorar los propósitos de los manifestantes y cuáles habían sido sus declaraciones públicas.

Fue necesario que el estado de sitio rigiera y que se supiera que en la cárcel se hallaban encerrados centenares de trabajadores, para que el patriotismo hiciera explosión y se manifestara ruidosa y brutalmente.

Nada en verdad más alejado del sentimiento patriótico, que es por su naturaleza, por ser sentimiento, espontáneo, que aquellos malones organizados y dirigidos por la policía.

Si en verdad los patriotas se hubieran sentido lastimados por la actitud de los trabajadores, y no podían sentirse desde que éstos no pretendían más que la celebración del Centenario de la libertad, con actos de libertad, con la derogación de una ley opresiva e injusta en alto grado, verdaderamente retrógrada, con el indulto de unos hombres que al fin ni siquiera habían herido a nadie y la amnistía de los emigrados al extranjero por haber eludido el servicio militar, su ataque, el ataque de los patriotas, habría sido inmediato.

Que el sentimiento no aguanta esperas; es rápido en accionar.

Y no creemos que ese aplazamiento de furia patriótica se debiera al miedo, pues precisamente el patriotismo tiene como principal cualidad, la valentía.

No; las turbas del 14 de Mayo y días siguientes, no estaban animadas de sentimientos patrióticos.

Fueron la acción deliberada y fría, el plan metódico y el cálculo previsor quienes las movieron y animaron.

Obra policial, encabezada por la policía, consentida y estimulada por las autoridades policiales, tuvo el propósito de aterrorizar a los trabajadores, impidiendo que éstos, movidos a impulsos de la solidaridad respondieran a las prisiones y declaración del estado de sitio con el paro general.

Se habían suspendido las garantías constitucionales para impedir la huelga general y no era lógico que esa misma suspensión fuera un acicate impulsor de la huelga; un nuevo motivo para ella.

La policía sabía bien que la huelga podía producirse lo mismo bajo el estado de sitio que sin él.

Era preciso impedir a todo trance que hubiera huelga, para que las fiestas del Centenario se realizaran tranquilamente, con todo el brillo que era posible esperar de la presencia de la nieta del rey español destronado por la revolución que se conmemoraba y de unos festejos que la imprevisión oficial había zurcido a última hora y que de antemano se podían considerar fracasados.

Con los palacios de las exposiciones sin terminar y con todo a medio hacer, era suficiente el más pequeño paro, para que el Centenario fracasara estrepitosamente como fiesta conmemorativa.

Y se organizó el terror, como se organiza la caza del zorro.

Era un nuevo número de los festejos, número no anunciado, que iba a servir para atemorizar a los obreros, para hacer ver que en la Argentina el sentimiento de patria estaba muy desarrollado y para demostrar que el estado de sitio no coartaba libertad alguna, ni la de manifestación, ni la de asaltar, incendiar y andar a tiros por las calles.

¡Verdadera República! -dirían los monárquicos palatinos que acompañaban a la Infanta Isabel.

¡Esta sí que es libertad! -exclamaría cualquier huésped paraguayo, de esos que cuando no están comprometidos en una revolución desde abajo, lo están desde arriba.

Se incendió la imprenta de *La Protesta*; se destruyó cuanto había en el local de *La Batalla*, incluso la ropa de sus redactores; se empasteló la imprenta del diario socialista *La Vanguardia*; se asaltaron librerías, cafés, postributos, pequeñas casas del comercio de ciudadanos rusos, locales obreros y se gritó por las calles: ¡Abajo los trabajadores! ¡muera la ANARQUÍA! ¡mueran los anarquistas!

Se ha divulgado tanto esta página sombría del centenario argentino, que no es necesario detallarla más. Fue un escándalo formidable, que tuvo sus víctimas sangrientas, porque no en todas partes la *jarca* policial fue recibida pasivamente.

Y sin embargo, lo que se quiso evitar no se evitó.

Hubo huelga.

Los tranvías circularon con deficiencias, teniendo que ser custodiados por soldados del ejército.

Los conductores de carros paralizaron el trabajo, y lo mismo otros gremios.

Finalmente, para hacer terminar la huelga, se lanzó un manifiesto apócrifo, con el sello de la Federación, dando por concluido el acto protesta.

Y hubo más.

La iluminación, el festejo popular por excelencia, no lució integralmente ni una sola noche.

Manos desconocidas realizaron una labor de sabotaje, tan eficaz como la huelga misma.

Mientras tanto, allá en la prisión continuaban como prisioneros de guerra, centenares de obreros, chocando a diario con la fuerza armada que guardaba el establecimiento carcelario y que en más de una ocasión -casi todos los días- amagaba con un fusilamiento general a los detenidos.

## EL GOLPE FINAL

El anarquismo ha sido golpeado en la calle, sacudido rudamente por la policía y los elementos que ésta ha reclutado.

Pero se tiene la convicción, se sabe, que una vez terminado el estado de sitio se ha de rehacer y volverá de nuevo a conquistar las vías públicas.

Es necesario, pues, soterrarlo para siempre: impedir que resurja; hacerlo muy difícil, hasta ser imposible, que pueda volver a ser un factor de importancia, el más importante tal vez, en la vida argentina.

En el Congreso se han formulado varios proyectos de ley tendientes a concluir con el anarquismo.

Se ha buscado en la ley, lo mismo que se había practicado sin ella, convencidos los gobernantes de que no siempre era posible echar mano de los recursos violentos, de que no se podía erigir la violencia en procedimiento diario de gobierno; entiéndase bien: la violencia ilegislada.

Y se proyecta legislarla, darle carácter legal, para que su aplicación no disuene de una manera extraña.

Los proyectos de ley siguen sin embargo siendo proyectos.

Las cámaras no tienen prisa en estudiarlos ni, según parece, el gobierno tampoco.

El estado de sitio declarado sin plazo, es sobrada garantía de tranquilidad.

Ninguna ley será más eficaz, sin duda.

Diputados, senadores y ministros pasan agradablemente el tiempo en los banquetes del cementerio, las fiestas sociales del centenario, la colocación del infinito número de primeras

piedras de futuros monumentos de héroes y personajes de la revolución de Mayo y guerra de la independencia, y en otros innumerables actos semejantes.

No hay prisa para legislar.

Y además sobra tiempo.

El estado de sitio nadie sabe cuándo concluirá.

Es probable que dure hasta la terminación de las fiestas.

No sería imposible que siguiera rigiendo hasta que en Octubre ocupe la presidencia el presidente electo doctor Saenz Peña.

Y hasta hay quien cree no se levantará mientras el almanaque conserve una hoja del año del centenario.

Una noche, a fines de Junio, estalla en el teatro Colón un petardo.

Quedan destrozados los forros de dos butacas y ligeramente lastimadas algunas personas, no se sabe bien si por efecto de la explosión o por el atropellamiento con que el público de la platea se dirige a la puerta, presa del pánico consiguiente.

Al otro día, el congreso vota apuradamente la ley de defensa social, resumen de los diversos proyectos de ley que esperaban ser discutidos.

Se aprueba todo con prisa, tomando un artículo de aquí, otro de allá y formando un conjunto incongruente y confuso.

El estado de sitio no era suficiente...

La libertad de imprenta ha muerto.

Los derechos de reunión, manifestación y asociación quedan suprimidos, a lo que es lo mismo, sometidos al criterio policial.

Se ha conferido por los legisladores a la policía la suma del poder público sobre los ciudadanos.

Por lo demás, poco importa que sea la policía u otro organismo cualquiera el que disponga del summum de la autoridad.

El hecho es que las libertades legendarias del país han desaparecido.

Y esto es lo importante.

Es asombrosa la facilidad con que el parlamento argentino aprueba leyes trascendentales.

Del mismo modo que en periquete hizo la ley de resistencia, largó ese engendro llamado ley de defensa social.

Y así resultan ellas.

En las naciones europeas, esas leyes que alteran profundamente el modo de ser del país, que cambian la norma general de la legislación, se estudian minuciosamente, se discuten con

prolijidad, se someten primero a la opinión pública, mediante informaciones parlamentarias en las que toman parte cuantos centros, sociedades e individuos quieren hacerlo, y finalmente, en vez de darles carácter permanente, se les fija un plazo, durante el cual se ve si surten el efecto buscado, si en la práctica dan o no el resultado perseguido.

Leyes de excepción, con las que se procura contrarrestar lo que se cree un mal, algo insólito, no es posible incorporarlas de un modo definitivo a la legislación.

O extirpan el supuesto mal, en cuyo caso su acción es innecesaria una vez extirpado, o son inútiles al fin propuesto y por tanto están de más.

Por eso a esas leyes excepcionales, se les suele señalar un período, tras el cual quedan sin valor a no ser que vuelvan a ser prorrogadas en idéntica forma o modificadas de acuerdo con las enseñanzas que su aplicación ha dado.

A esa madurez legislativa, no ha llegado aun el parlamento argentino, poco dado por otra parte a estudiar, a profundizar el derecho y a preocuparse de la sociología, rama de los conocimientos humanos hoy imprescindible, que es forzoso tener en cuenta para poder legislar.

Esa imprevisión, esa impremeditación, ese modo tan especial de ser del parlamento argentino, da como resultado una ley cual la de residencia, desatinada e inconsulta y la que durante ocho años ha carecido de penalidad para los que la infringían, lo que naturalmente le hacía inocua.

¡Extraño olvido en hombres de leyes como son en su mayoría los diputados y senadores de la nación!

Y ahora, después de la ley de defensa social, se ha visto palpablemente su inservibilidad, por cuanto que a pesar de ella, la agitación obrera ha alcanzado proporciones iguales, sino superiores a las de los años de más actividad gremial, y la propaganda anarquista ha continuado, si no con la extensión de otros tiempos, con la suficiente intensidad para no dejar de ser un factor determinante en las luchas proletarias, pudiéndose afirmar que la diferencia entre el hoy y el ayer, más se debe a otras causas accidentales, independientes de la ley social, que a influencias de la ley misma.

En vigencia la flamante ley, se procedió a expulsar a los extranjeros detenidos por la policía a raíz del estado de sitio, incluyendo en la expulsión a los que tenían carta de naturaleza y se trasladaron al presidio de Ushuaia en la Tierra del Fuego, helada región del país, a aquellos de los detenidos que habían nacido en la Argentina, permaneciendo en la prisión hasta los primeros días de Octubre en que el estado de sitio fue levantado.

La verdad es que para expulsar del país a unos y para trasladar de una prisión a otra a los demás, no era necesaria la ley de defensa social.

Pocas veces tan sin culpa, tan sin motivo, ante la simple amenaza de una huelga general cuya iniciativa había partido del pueblo mismo, antes que de los propagandistas, se habrá extremado el rigor gubernativo tan cruelmente.

## PÁGINAS ÍNTIMAS

He salido de la prisión.

Estoy a bordo del trasatlántico que me conducirá a Europa.

Atrás, a popa, queda la gran ciudad.

En la dársena un gentío inmenso despide a los viajeros.

Muchos pañuelos rojos son agitados por manos que reputo conocidas, amigas.

El alcanzar la libertad, el encontrarme libre, no me causa placer alguno.

Por el contrario, siento una pena que se apodera de todo mi ser.

Siento alejarme, quiero saber si para siempre, de la Argentina, en la que he pasado gran parte de mi juventud, he empezado a encanecer, he amado y he sufrido.

He vivido amplía, intensamente. Que eso es la vida: gozar y padecer; sentir y pensar.

Allí queda mi familia.

Mis amigos.

Mis conocidos.

Es todo el ambiente de muchos años el que desaparece en aquella bruma que poco a poco va esfumando, ocultando la inmensa urbe.

El vapor marcha, prosigue su ruta con el ruido isócrono de las máquinas.

Vamos dejando cada vez más lejos la tierra, insumiéndonos en pleno Océano.

Y el viaje sigue monótono, aburrido, entre la charla insustancial de los pasajeros de tercera que hablan mal del país que han dejado y del que llevan el amargor del calificativo criollo despectivamente pronunciado, con el orgullo vano de quienes se creen superiores por estar en su casa, por haber nacido en aquella tierra en la que a lo mejor carecen de todo.

En segunda y primera, la gente come y come y come sin cesar.

Se diría se han embarcado solamente para masticar.

La monotonía cansadora del viaje me produce tedio, aumentándose con él la dolorosa sensación de pensar que allá en lo más íntimo siento, que es mi compañera de viaje.

Llegamos a cabo Verde.

El islote poblado de negros míseros, me tienta y bajo a tierra.



Aunque la atmósfera es irrespirable, causa ahogos, fatiga los pulmones, me siento relativamente contento.

Veo mujeres que empujan pesadas carretillas llenas de carbón, en tanto que otras más jóvenes ofrecen sus cuerpos de bronce a los viajeros, tentándolos en su curiosidad con el placer desconocido de lo nuevo.

Y con lástima me digo: ¡Esta es una colonia europea! ¡Para esto conquistan el Africa los hombres del viejo mundo!

No se ve más que miseria.

Miseria en los cuerpos y en las almas.

Vuelvo al trasatlántico.

Si, es una cárcel también este buque -observo al notar que de nuevo se apodera de mí una gran pesadumbre.

Llegamos al estrecho de Gibraltar.

He ahí España.

¿Qué siento?

Nada.

La tierra nativa no despierta en mi ni sensaciones, ni casi recuerdos.

En la mente tengo una idea de España que se ha superpuesto sobre la que en la niñez debí tener.

Es la de una España sombría, tétrica, torturada, atenaceada por el hambre y la tiranía.

Una España cruel y pobre, atrasada, moribunda, triste como un agónico que siente la muerte, que la ve venir inevitablemente, y que quisiera vivir.

Veo la España que se ve en todo el mundo, que todos los extranjeros tienen en la mente.

Una España hecha con noticias telegráficas y correspondencias periodísticas de cronistas quejumbrosos.

Sigue el trasatlántico bordeando la península.

No se ven más que rocas.

Unas rocas altísimas y escarpadas, formidable muralla ciclópea opuesta a los avances del mar.

Y detrás de esas rocas, otras más altas aun, y otras y otras.

Montañas de nieve perpetuas enseñan sus blancas crestas heladas, símbolo de silencio, de quietud, de muerte.

– ¡Qué país! -exclama uno.

– Parece una tierra de cabras -musita otro.

Un griterío me distrae.

– ¡Montjuich! -vociferan unos cuantos catalanes, con júbilo que demuestra intensa alegría por la llegada a la tierra nativa.

El castillo es para ellos un amigo.

Les es familiar y se regocijan al reconocerlo.

Todo el paisaje miro atentamente.

Me fijo en los rostros de los pasajeros, y frente al alborozo de los catalanes, resalta la gravedad de los demás viajeros.

Montjuich evoca en los cerebros trágicas historias, lúgubres recuerdos, la inmensa tragedia de los torturados y fusilados, la sombra de Ferrer agrandada, hecha un símbolo y un ídolo.

El mar está riente.

Sus aguas de un verde claro, tienen brillo de sedas.

Infinitas barcas pescadoras, ostentan gallardas la gracia exquisita de la vela latina.

Montjuich, muestra abajo un cementerio, al que en días de marejada deben casi llegar las olas, y arriba lo coronan las polvorientas murallas del fuerte.

Contrasta poderosamente la belleza alegre de las aguas con el sombrío aspecto de la montaña; cementerio y lugar de torturas y de extinción de vidas.

Detrás se ve la ciudad con sus elevadas chimeneas, sobre las cuales sobrepasa su altura la estatua de Colón.

Y más lejos, limitando la urbe, se ve una cadena de montañas, cubiertas de vegetación y en las cuales se destaca el blanco de palacetes y casitas camperas.

Parece aquello una decoración de teatro.

Y atraen poderosamente aquellas colinas, suaves, encantadoras, de las que emana algo así como la alegría de Naturaleza, la belleza de la vida.

Desembarco sin tropiezos no obstáculos, a pesar de que no hace más que tres días que Maura ha sido herido de dos balazos, y suponía que la policía barcelonesa tomara algunas precauciones al desembarcar los anarquistas expulsados de la Argentina.

Pero ni a mí ni a mis camaradas de deportación nos molestan.

Colón me sirve de guía.

Llego al pie del monumento, contemplo la esbeltez de los leones, los bajo-relieves, ya ruinosos cual símbolo histórico de lo que fue imperio colonial de España, y después de echar un último vistazo al Descubridor que señala la ruta hacia América como en los días del descubrimiento, guió mis pasos por una vía amplia, de suave pendiente, irregular en su trazado, carente de

edificación de valor arquitectónico, pero cuya animación es extraordinaria, no tiene parecido con ninguna calle de Buenos Aires.

Es la Rambla.

-----

Barcelona es una ciudad hermosa y alegre.

Las gentes discurren placidamente por las calles, sin gran apresuramiento, como quien pasea más bien que como el que va a un objeto determinado.

En sus rostros sonrientes, de gesto agradable, demuestran una vida más placentera, más feliz, que la que indica el ceño de preocupados, característico de los habitantes de América.

Se sienten acordes musicales por todos lados; en las casas y en los cafés, y se oye con frecuencia el estribillo de los couplets de moda.

Me sorprende la cantidad enorme de sitios de diversión, siempre llenos, a pesar de que los días de trabajo funcionan teatros y biógrafos tarde y noche, hasta muy avanzada hora de la madrugada, en tanto que los domingos abren sus puertas desde las once de la mañana.

Y los cafés también están siempre repletos de gente que lee periódicos y revistas, discute y juega.

Los días festivos, los alrededores de la población, pintorescos y gratos, en los cuales se respiran con placer las emanaciones de los pinos, son verdaderos lugares de esparcimiento.

Media población se traslada a ellos, merienda allí, baila y se divierte.

Estoy en verdad desorientado.

Barcelona es una ciudad de recreo, de diversión continua.

Sin embargo, carece de ebrios, las riñas son escasas y hasta los robos son poco frecuentes y de importancia nimia.

No se ve el hambre en los rostros de rosado cutis de las mujeres barcelonesas, ni la alegría general da una sensación de esa miseria torva que agría los caracteres.

El ideal de vida de esta población empieza a serme más grato que el de Buenos Aires.

Late aquí un sentido artístico más desarrollado y no existe esa angurria, ese afán de enriquecimiento que atosiga a las gentes en la Argentina.

Se trabaja, pero se trabaja despacio.

En el puerto he visto descargar carbón en unos cestos tan pequeños que fácilmente los manejaría un niño de doce años.

En Barcelona se disfruta de la vida.

Las exposiciones artísticas se suceden incesantemente unas a otras, asistiendo a ellas un público numeroso.

Conferencias científicas, literarias, políticas, sociológicas, las hay a diario y tampoco carecen de concurrentes.

Y sobre todo, los lugares de diversión están siempre llenos.

La España tétrica, sombría, no alcanza a vislumbrarse.

Sin embargo los diarios entonan sin cesar la misma cantilena.

España es un país perdido, sin remedio...

¿Qué querrán estas gentes? -me interrogo.

¿Anhelarían una vida a la americana, vida de amarguras, aguijoneadas por la caza del centavo?

No sé.

Es imposible que sea cierto aquello de que la felicidad siempre la vemos en los otros y nunca en nosotros mismos.

-----

España es un país políticamente curioso.

En ella existen todas las tendencias imaginables desde el carlismo -actualmente jaimismo- que prestigia la monarquía absolutista, hasta el salvajismo, que es dentro del anarquismo una pequeñísima fracción preconizadora de la vuelta del hombre a la naturaleza, libre de todo cuanto el progreso ha creado, desde las ropas hasta el aeroplano.

Hay quienes sostienen la sustitución del actual parlamentarismo por las viejas cortes designados por los gremios y corporaciones, tanto de patronos como de obreros, tanto de los centros y academias de profesionales, como de las agrupaciones artísticas.

Hay monárquicos partidarios del *statu quo*, de que todo siga como en la actualidad, y los hay que quieren incorporar a la monarquía, lentamente, el programa democrático de los republicanos.

Hay republicanos de cinco o seis clases distintas.

Hay socialistas.

Hay sindicalistas de la acción directa y sindicalistas partidarios de la base múltiple, que admiten las cooperativas, la acción parlamentaria, la huelga general, el boicot y el sabotaje.

Y hay finalmente anarquistas.

Dividido y subdividido el país en tantas tendencias -sin contar los separatistas y los regionalistas catalanes divididos entre sí en izquierda y derecha, o sea en republicanos y clericales- es naturalmente imposible un cambio de régimen.

Los que mandan se sostienen por el desequilibrio que entre los demás existe.

Esta situación da a las luchas políticas una pasión, un calor, una agresividad de que en la Argentina no hay idea.

Y como la división de fuerzas alcanza a la masa proletaria, más fraccionada aún que en Buenos Aires, por ser los obreros republicanos de varios matices, socialistas, sindicalistas de dos tendencias diversas y anarquistas, amén de los que en Barcelona militan en el catalanismo en sus distintas fases separatistas y regionalistas, hasta la misma acción gremial tropieza con obstáculos para triunfar en las lides proletarias contra los patrones.

-----

Barcelona no es una población netamente catalana, aunque sus habitantes tengan en conjunto mucho de catalanistas.

Aragoneses, valencianos y andaluces, constituyen la gran masa ciudadana.

Y aunque cordialmente se detesten unos a otros y sean todos menospreciados por el catalán genuino, ocurre el mismo fenómeno que en la Argentina, en donde los extranjeros procedentes de todo el mundo llegan a constituir un todo bastante homogéneo, adquiriendo determinadas características generales, comunes a todos ellos, que no borran sin embargo sus diferencias de nacionalidad, ni amenguan sus antipatías de origen, ni hacen que el hijo del país los mire jamás como a sus iguales.

En Barcelona, repito, todo el mundo es un tanto catalanista, siente animadversión al poder central y a las demás provincias de España.

A esta regla no escapan los mismos anarquistas, tocados un tanto de catalanismo, tal vez con alguna razón porque evidentemente hay cierta superioridad en Barcelona sobre las demás provincias de España, superioridad que tiene sus causas en la misma vida industrial de la población, sin equivalente en el resto del país.

Sin embargo, los anarquistas de Barcelona, son oriundos de todas las regiones del país, sin que pueda afirmarse que predomina el elemento catalán, que tampoco predomina por su número en la cantidad de habitantes de la ciudad.

-----

Se habla de la Argentina.

Mi presencia lo justifica.

Y en todos los círculos se vitupera ferozmente a la República.

Existe un ambiente adverso, insospechado.

Al oír los dicterios que se aplican al país de mi larga residencia, con el que me he connaturalizado por completo, viene a mi memoria, cuando de España se piensa en todas partes.

Con cambiar el nombre de la nación, basta.

Lo demás es lo mismo.

Y esto no ocurre sólo en los centros obreros de ideas avanzadas y entre los anarquistas.

Es general.

Los concejales barceloneses, los artistas, industriales y comerciantes que visitaron la Argentina cuando el centenario, llaman por igual, salvaje, al país.

En un mitin, un orador republicano aboga por las excelencias de la república.

Y advierte: «Nuestra república, la república que queremos para España, no es una república como la que hay en la Argentina, verdadera oligarquía sin sufragio, sin leyes, sin respeto a las ideas y a los hombres y en la que el sable del polizone es la suprema *ratio* como si en vez de un presidente republicano, mandara en aquel país el execrable Maura».

Y así la fama de la Argentina, una fama triste y dolorosa se extiende por todo el mundo, sirviendo de tema a los oradores de mitin.

*El País*, diario republicano de Madrid, dice sobre poco o más o menos lo que el orador de referencia.

Contendiendo con el diario *La Época*, órgano maurista que ensalza la ley argentina de defensa social, replica que no es extraño que *La Época* aplauda esa ley por cuanto que es un calco de la del terrorismo que Maura impuso, y cuyo fracaso no se hizo esperar.

*El País* agrega, que no es a los gobernantes argentinos a quienes en España se debe imitar, ni a las turbas que asaltan e incendian, retrogradando esta nuestra época de civilización, derecho y libertad, a los días luctuosos de la Edad Media.

Justo es declarar, que poco después, ese mismo diario publica un número dedicado a la Argentina, festejando la toma de posesión del poder ejecutivo por el doctor Saenz Peña y en el que entre las estadísticas demostrativas de los progresos económicos de la república, había un artículo redactado en estilo cancilleresco en el que se elogiaba el patriotismo de la juventud argentina, demostrado durante las fiestas del centenario con tanto denuedo como en los días de la independencia.

El número en cuestión, número extraordinario y en cuya confección no entraba ni una línea de la redacción de *El País*, pertenecía a la categoría de los documentos con que los representantes de la Argentina hacen propaganda emigratoria en Europa.

Y no sé qué asqueaba más al público, si *El País*, alquilando sus columnas para que en ellas se refutara lo que días antes había publicado por propio impulso, o quien pagó la *rèclame* en el mismo diario que tan duramente había vapuleado a la Argentina.

En España, como en Francia, como en Italia, se sabe que la República del Plata es un país rico, en el que se encuentra trabajo con relativa facilidad y en el que hasta es posible enriquecerse.

Pero se sabe igualmente que en política ocupa un rango inferior al de los países más autocráticos de Europa, que las leyes en él son letra muerta y que la policía es algo tenebroso, terrible.

Como España, goza en el exterior de una fama deprimente.

Y ya es desgracia para un país, alcanzar en el extranjero un renombre semejante al que tiene España.

El origen de ese siniestro renombre, se debe a los hechos más o menos brutales que se han venido sucediendo, y que han originado campañas de descréditos en el extranjero semejantes a las que hacen los españoles que huyen de España para eludir las rachas represivas de los gobernantes, realizada por los expulsados de la Argentina.

Es esa la consecuencia inmediata de desparramar hombres por todo el mundo, sin ton ni son, muchos de ellos sin que ellos mismos sepan por qué, arrojándolos de un país en el que se

consideran como propios hijos por estar habituados a su modalidad y costumbres, por ser en realidad hijos espirituales suyos.

Porque no es a raíz de los sucesos inicuos e injustificables del Centenario, que la Argentina ha empezado a ser tenida en un mal concepto en Europa, sino desde mucho antes, desde que la primera aplicación de la ley de residencia envió a Europa un centenar de jóvenes criados en la Argentina y reducidos a la cualidad de extranjeros en sus países natales; de los que habían perdido usos y carácter.

-----

Vuelvo a América.

Sé que los tribunales no han anulado mi derecho a residir en Buenos Aires y regreso con ansias de abrazar a los míos y de estrechar las manos de mis amigos.

El viaje de retorno, se me hace menos monótono y penoso.

Charlo curiosamente con los españoles que emigran.

Son campesinos en casi su totalidad, y muchos vienen con sus mujeres e hijos.

No es gente mísera.

Todos traen dinero en abundancia.

Han vendido los unos sus tierras; las han hipotecado otros por varios miles de pesetas que se prometen reintegrar en plazo breve.

Son los alucinados por la propaganda emigratoria de los agentes de la Argentina y muy principalmente por el literato español Blasco Ibáñez, metido a negociante.

Viajan llenos de ilusiones.

Pequeños propietarios de la tierra, se sienten agobiados por los impuestos y huyen a la América feliz, de la que tienen un concepto extraño.

Se me hace imposible que comprendan lo que es la Argentina, cuál es la vida que en ella se hace.

No me entienden.

No sueñan más que con riquezas. Y van picaneados por el odio al gobierno de España, un gobierno de ladrones -dicen- y atraídos por el señuelo del oro de América.

Son decepcionados de la revolución.

La han anhelado tenazmente.

Han confiado en que vendría la república y en que España entraría con ella en un período de bienestar inmenso.

Es gente que habría tomado el fusil en sus manos con entusiasmo, para fusilar al recaudador de contribuciones, a los empleados de los fielatos, al alcalde y el juez del pueblo y al cacique electoral del distrito.

Los jefes -los jefes republicanos, dicen- son unos cobardes, unos traidores, se han vendido a la monarquía.

Y ya que la república en España no viene, ellos se van a la república; a América.

No conciben que haya pobres en la Argentina; pobres a pesar de llevar trabajando años y años.

Ni creen en el conventillo bonaerense, en la choza campera y en la alimentación casi exclusiva de carne de la campaña.

Tienen una sorprendente idea de lo que es América y de lo que es la república como forma de gobierno.

En realidad están más cerca en sus concepciones del anarquismo que de la república.

No sé si los jefes de los partidos republicanos no implantan la república en España porque no quieren, pero la verdad es que para ellos es mejor que la república no exista nunca, porque se verían con ese pueblo republicano, que tiene tan extraordinaria idea de lo que es una república, en conflicto permanente.

Hay quienes vienen en el vapor para instalar en Buenos Aires una fábrica de soda, bebida ésta que creen no se produce en la Argentina y se recibe del extranjero.

Otros se sorprenden de que haya viñedos.

Les han escrito desde Buenos Aires que allí se toma cerveza, y creen que no hay vino, y mucho menos que se elabore en el país.

Resulta en verdad divertida esta buena gente, que realiza un viaje costoso y largo, trastornando por completo su hogar, para ir a un sitio del que tan pocas y equivocadas nociones tienen.

A bordo he encontrado un anarquista de Buenos Aires que había hecho un viaje a España por asuntos de familia y retornaba a la Argentina.

¿Ves estos? -me dice-. Son futuros anarquistas.

Cuando la decepción llegue; cuando sus ilusiones de hoy se desvanezcan; cuando la realidad brutal les hiera, se irán su republicanismo y su americanismo los enfurecerá.

Sí -le contestó-. Si en vez de ilustrarlos, les expusieran un cuadro real y verdadero de lo que es la Argentina, vendrían igualmente, porque aunque la vida en América es más ingrata que en España, siempre hay una mayor ventaja económica, y no tendrían luego que desesperarse y volver contra el país, siendo elementos de desorden, dicho sea usando el vocabulario y modo de ver los gobiernos.

Y aunque sea doloroso para estas pobres gentes, tal vez sea mejor así. El progreso requiere, como los dioses antiguos, sus víctimas.

-----

¡Montevideo!

Ya estoy en tierra americana.

Es por de pronto el fin de mi viaje.



Desembarco y espero en la Aduana la revisión del equipaje.

Traigo unos folletos para un librero, folletos que contienen la conferencia dada por el doctor Queraltó en el congreso internacional de Medicina celebrado pocos meses atrás en Barcelona.

Al aduanero le choca el título del folleto y lo relee en voz alta, recalcando la palabra «social» que en él figura.

Se aproxima un personaje que estaba a pocos pasos y después de mirar también él el folleto, me detiene.

Debe ser sin duda una cosa terrible esa conferencia del médico catalán, cuando así despierta el recelo de aduaneros y policías.

Es claro, se intitula «Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis» y esto de «social» y «lucha» son palabras mayores.

Sin embargo, Montevideo no es una ciudad argentina; es la capital de otra nación, de la república Oriental del Uruguay, y que yo sepa al menos, ni en ella existen leyes de residencia, ni de defensa social, ni el anarquismo representa una fuerza tal, que explique siquiera la represión gubernativa.

En la oficina de la policía de investigación se me comunica que aquella misma tarde seré embarcado para Buenos Aires.

Protesto inútilmente.

Quiero enviar los folletos a la persona a quien venían consignados, y no se permite.

Decididamente el congreso internacional de medicina ha debido ser un congreso anarquista y la conferencia del Dr. Queraltó una bomba de dinamita.

Lo más curioso es que ese folleto circula por Montevideo y por la Argentina, hace ya más de un mes.

Por correo se han enviado desde Barcelona numerosos paquetes y nadie ha impedido ni su circulación, ni su venta.

Y en España, en la España inquisitorial en la que rigen leyes de imprenta terribles, ha sido impreso sin que el fiscal haya encontrado nada punible.

Bien es verdad que la ley sólo rige para los periódicos y no para los libros.

¿En dónde estoy? -me pregunto-. ¿En tierras republicanas?

Me hubiera gustado que los emigrantes, compañeros míos de viaje, hubieran presenciado mi detención.

Regresó a Buenos Aires antes de lo que pensaba.

En la dársena quedó detenido, y durante un mes voy de una prisión a otra, cual si fuera huésped incómodo, hasta en las mismas cárceles.

La justicia finalmente resuelve el punto de mi detención, y ordena se me ponga en libertad por no estar dentro de las disposiciones de la ley de residencia.

Por fin veo cerca el término de estas andanzas.

Mejor dicho; me hago la ilusión de que van a terminar pero me equivoco.

Los tribunales han resuelto una cosa, y el jefe de policía otra.

Sin decirme ni palabra, sin dejármeme ni recoger la ropa y la pequeña cantidad de dinero que tenía en las oficinas policiales, soy sacado de la prisión y embarcado de nuevo a España.

En este viaje me acompaña Antonio Zamboni, víctima del mismo abuso.

Pesa sobre mí el enorme crimen de haber sido redactor de *La Protesta* durante los últimos cuatro años de su existencia y esto la policía no lo olvida.

Además había retornado al país en un mal momento.

Salvador Planos y Francisco Solano Regis, autores respectivamente de los atentados frustrados contra los presidentes Quintana y Figueroa Alcorta, acababan de fugarse de la penitenciaría.

Y esto ha puesto de malhumor a policías y gobernantes.

-----

Héteme otra vez en Barcelona.

Estrecho las manos a los que ya son amigos viejos para mí, y principalmente a Anselmo Lorenzo, de quien me despedí tres meses hace sin pensar en que lo volvería a ver.

Y es en medio de mi pesadumbre gran alegría departir con este anciano, modelo de hombres, cuya clara inteligencia está al servicio de un gran corazón.

Una mañana, quince o veinte días después de mi llegada a Barcelona, voy a la redacción de *Tierra y Libertad*.

La casualidad hace que llegue en el momento en que el local ha sido allanado por el juzgado militar que ha ido a recoger los ejemplares existentes del número del periódico en que se publicó algo referente a un folleto antimilitarista editado en Francia.

El juez, un capitán, me interroga; me hace registrar por dos empleados de policía, y se impone de lo que dicen sobre mi expulsión unos diarios argentinos que acababa de recibir y llevaba en los bolsillos.

– ¿Usted es el anarquista? -me pregunta.

– Sí, señor, -respondo.

Y con estupefacción veo al capitán incorporarse, extender las manos y con acento trágico decir: Ya lo han oído ustedes; declara que es anarquista.

– ¿Es algún delito ser anarquista? -le pregunto.

– No; no; nada de eso -se apresura a contestarme.

Y entonces le digo si estoy o no detenido.

Me contesta negativamente, mas al intentar retirarme, no me lo permite.

No estoy detenido, pero no puedo marcharme.

Cuando el juzgado concluye de revolver papeles, uno de los empleados policiales me *invita* a seguirle, y me lleva a las oficinas de investigaciones.

Se me somete a una identificación escrupulosísima, empleando el sistema dactiloscópico y el antropométrico de Bertillón.

La policía barcelonesa tenía ya antecedentes relativos a mi actuación en la Argentina y a mi expulsión, y después de un breve interrogatorio y de afirmarme que *ni estoy ni he estado detenido* y de decirme que la policía española y el gobierno nacional no usaban procedimientos tan brutales como el gobierno y la policía argentina, me dejan marchar a donde quiera.

Solamente que desde entonces voy seguido a todas horas de día y de noche por un empleado de policía.

Son cuatro hombres lo que han sido destinados a ese espionaje, los cuales se revelan entre sí cada seis horas.

Y cuando duermo, sé que allá frente a la puerta de mi domicilio monta guardia un *perro*.

No deja de molestarme el verme seguido en todo momento, pero por fin me acostumbro a aquel ridículo espionaje y hago caso omiso de él.

Como yo, hay un centenar de anarquistas, o tal vez más, vigilados en Barcelona.

Lo que no es un obstáculo para que de cuando en cuando se encuentre una bomba en la vía pública.

Por lo demás los barceloneses hacen tanto caso de las bombas como de las coplas de calainos.

Cuando algún objeto sospechoso es hallado por algún transeúnte, el público se aglomera formando una masa compacta, no de centenares, sino de dos o tres mil personas que empeñosamente, empujándose unas a otras, tratan de ver el explosivo, y allí se están rodeando al que muy bien puede ser mortífero artefacto, hasta que el carrito blindado de la municipalidad lo recoge y se lo lleva para hacerlo explotar y analizar.

Asombra la tranquilidad con que esta gente contempla las terroríficas y anónimas bombas.

He recibido cartas de América.

Puedo con toda seguridad residir en Montevideo.

El nuevo presidente de la república Oriental del Uruguay, procede de distinta manera que su antecesor en lo relacionado con los expulsados de la Argentina.

Y resuelvo cruzar de nuevo el Atlántico, único medio de reunirme con los míos.

Además mi situación en España es original.

No soy español porque la Constitución declara que pierden la ciudadanía los que toman carta de naturaleza en otro país, y corro el riesgo de ser tratado como extranjero a nada que se le ocurra a la policía.

No tengo ganas de ir a parar a Francia el día que se les antoje suprimirme la vigilancia, dándome en cambio el pasaje para Marsella, como suelen hacer aquí con los extranjeros que no les son gratos.

Y como ya se me ha insinuado algo, preguntándome uno de los empleados policiales si estaría dispuesto a regresar a América, pagándome el pasaje el gobierno español, contesto que sí y poco después retorno a Montevideo juntamente con otros expulsados de la Argentina a quienes la policía española devuelve al punto de partida, alegando que bastante quehacer tiene con los anarquistas barceloneses para que se le aumente el trabajo con los que América le envía.

En el fondo se trata de una expulsión.

Uno de los camaradas que viene conmigo, Antonio Loredó, se negó a embarcar, se resistió a efectuar el viaje, y sin embargo lo hizo.

Era la segunda vez que de España lo enviaban a América.

Poco antes de embarcarme, otro deportado de la Argentina, Vidal, era enviado desde Barcelona al Brasil.

Vidal estuvo ocho días escasos en Barcelona y fue considerado, por los malintencionados antecedentes que la policía argentina había enviado a la barcelonesa, tan peligroso, que en seguida le facilitaron el viaje de vuelta, eso sí, con mucha cortesía y dejándole elegir el punto de destino.

Por cierto que en esos ocho días de estadía de Vidal en Barcelona, ocurrió algo muy cómico.

Los encargados de vigilarlo, perdieron su pista durante 48 horas, y esto, unido a los informes que la policía tenía del expulsado argentino, alarmó grandemente a las autoridades, habiendo telegrafiado a Sevilla, punto al cual acaba de dirigirse Alfonso XIII, recomendando se extremara la vigilancia, pues Vidal había desaparecido de Barcelona.

Cuando muy tranquilamente sentado en el Centro Obrero, lo hallaron, la policía barcelonesa respiró, y de nuevo telegrafió a todas partes comunicando que el terrible anarquista había parecido.

El viaje a bordo del León XIII ha sido un viaje de presos.

Apenas llegábamos cerca de un puerto, los cuatro expulsados de Barcelona éramos encerrados en la enfermería y durante el tiempo que el buque estaba anclado, una nube de policías nos daban guardia.

Así me he ido despidiendo de España, con el corazón oprimido, pensando qué de malo habré hecho en este mundo para ir de un lado a otro siempre con la visión policial detrás, siempre hostigado como el perro de que Octavio Mirbeau habla en uno de sus cuentos.

-----

He llegado a Montevideo.

Soy libre.

Nadie me sigue.

Nadie me interroga ni detiene.

Puedo ir por donde quiera, sin obstáculos.

Parece mentira, que esto que es lo corriente para la generalidad de las personas, tan corriente que en ello casi ni reparan, me produzca tanta alegría; tanto bienestar; La Felicidad...

FIN

## ARTÍCULOS VARIOS

-----  
**LA HUELGA**

Huelgas por todas partes, de Rusia a la Argentina. Y ¡qué huelgas! Veinte, cincuenta mil hombres que de pronto, a una señal, se cruzan de brazos. Los esclavos rebeldes de hoy no devastan los campos, ni incendian las aldeas; no necesitan organizarse militarmente bajo jefes conquistadores como Espartaco para hacer temblar al imperio. No destruyen, se abstienen. Su arma terrible es la inmoralidad.

Es que el mundo descansa sobre los músculos crispados de los miserables. Y los miserables son muchos; cincuenta mil cariátides humanas que se retiran no es nada todavía. El año próximo serán cien mil, luego un millón. El edificio social no parece en peligro; está cerrado a todo ataque por sus puertas de acero, sus muros colosales, sus largos cañones; está rodeado de fosos, y fortificado hasta la mitad de la llanura. Pero miren el suelo, enfermo de una blandura sospechosa; siéntanlo ceder aquí y allí. Mañana, con suavidad formidable, se desmoronará en silencio la montaña de arena, y nuestra civilización habrá vivido.

Hay un ejército incomparablemente más mortífero que todos los ejércitos de la guerra: la huelga, el anárquico ejército de la paz. Las ruinas son útiles aún; el saqueo y la matanza distribuyen y transforman. La ruina absoluta es dejar el mármol en la cantera y el hierro en la mina. La verdadera matanza es dejar los vientres vírgenes. La huelga, al suspender la vida, aniquila el universo de las posibilidades, mucho más vasto, fecundo y trascendental que el universo visible. Lo visible pasó ya; lo posible es lo futuro. Asesinar es un accidente; no engendrar es un prolongado crimen.

No importa tanto que la sangre corra. Los ríos corren; lo grave es el pantano. El movimiento, aunque arrolle, afirma el designio eficaz y la energía. El hacha que les amputa una mano no se lleva más que la mano; más si los dedos no obedecen a su voluntad, estremézcense, porque no se trata ya de la mano solamente, sino de su médula. La huelga es la parálisis, y la parálisis progresiva, cuyos síntomas primeros padece la humanidad moderna, delata profundas y quizá irremediables lesiones interiores.

Todo se reduce a un problema moral. Es nuestra conciencia lo que nos hace sufrir, lo que envenena y envejece nuestra carne. Hemos despreciado y mortificado a los menos culpables de entre nosotros, a los humildes artesanos de nuestra prosperidad; no hemos sabido

incorporarnos a nuestra especie, fundirlos en la unidad común y en la armonía indispensables a toda obra digna y durable; hemos querido que la suma total de los dolores necesarios cayera únicamente sobre ellos. Y ese exceso de dolor torpemente rechazado y acumulado en el fondo tenebroso de la sociedad, vuelve sobre nosotros, y se levanta y crece a la luz del sol y al aire libre, de donde jamás debió haber desaparecido.

## LA ELOCUCENCIA

Hay gentes enamorados de la elocuencia. Desean ser convencidas en seguida, ser arrastradas por un río sonoro de palabras familiares y fácilmente comprensibles. Admiran la gimnasia del orador congestionado; se beberían el sudor heroico de las cabezas retumbantes. Les encanta ser dominados en tropel, apretados unos con otros; sentir en las espaldas, al mismo tiempo que los demás, el latigazo de las parrafadas finales; perderse en la adoración común; vaciar su mente de toda serenidad, de toda crítica, a la música vulgar de los tribunos; estremecerse con el espasmo ajeno, impuesto por la carne próxima; abandonarse al pánico que aplaude.

Hay inteligencias impúdicas, que abren su intimidad a las primeras galanterías oratorias, y que se dejan poseer en público por los charlatanes. Charlatanes extraordinarios, Demóstenes, Cicerón, Castelar, tiranos de la lengua, domesticadores de almas fútiles, jefes de la orgía mental, predicadores de la guerra que se quedan en casa, y que sólo fueron grandes cuando no fueron elocuentes y se les pudo leer después de haberles oído. Espectáculo innoble de mandíbulas colgantes, de ojos en catalepsia; pensamientos violados por un sugestionador que grita; pasividad de bestias ensilladas. Y el desenlace: manos inútiles que chocan, un ruido vano como el discurso; los cerebros huecos. «¿Qué dijo? – No sé; pero estuvo sublime».

Viento. Mientras que pasan. No se entrega nuestro ser a un puñado de frases. Nuestras entrañas están muy hondas. No es el clamor palabrero el que llega hasta ellas, sino el silencio y la meditación del libro. Vayan a los parlamentos, a las cátedras y a las iglesias, los que no tienen entrañas. Vayan en rebaños; sus conciencias, igual que los cuerpos, no se tocan entre sí más que en sus superficies; eso les basta, a ustedes que son únicamente superficie y corteza. Vayan: la voz despótica atronará su vacuidad interior, mentes desalquiladas. Vayan innumerables, alarguen a la vez las orejas y felicítense de volver cargados de ecos, y dichosos de su docilidad. Para nosotros, el libro cortés, que no nos aturde a destiempo, ni nos soba, ni nos pisa, ni nos abrume; el libro, nuestro por siempre, desnudo y amoroso, que nos da de él lo que queramos tomar, lo que reconozcamos nuestro; el libro mudo, sin retrato de autor; el libro impersonal, abstracto, que preferiríamos sin nombre en la portada, título, firma, ni fecha, pedazo de espíritu caído al mundo para nuestra comunión ideal. Ustedes necesitan una caja de resonancia, teatro, circo, la promiscuidad de los que acuden a venerar un saltimbanquis. Nosotros la soledad.

Oradores, España, Moret, Santiago de Cuba. En el colegio me obligaron a reírme con el epigrama clásico.

Para orador te faltan más de cien.  
Para orador te sobran más de mil.

Ya no es del orador de quien me río, aunque por allá siguen riéndose del que ara, y encantados del que ora. No me río de ti, siervo que apenas sabes hablar, y que para explicar las cosas las dibujas con tus dedos rudos, o las construyes pacientemente. Tú lo has fabricado todo, porque no sabías hablar. No es en el aire donde están los surcos de tu labor, sino en la tierra humilde. Te llaman bruto porque no sabes hablar, se ríen de ti. Y tú aras, cubriendo los surcos toscos en

el campo eterno. Ellos pronuncian sermones solemnes, en que se atreven a recordar la vida de Jesús; declaman patrióticamente en el congreso, donde se atreven a recordar tu vida; sueltan con arte exquisito los brindis al champagne, desabrochándose el chaleco que les oprime demasiado el vientre. ¿Qué importa? Surquen ellos el aire con su vocear frenético, sus manotones descompasados, y tú, amigo mío, surca la tierra, la madre segura, la hermosa tierra firme.

## LA JUSTICIA

Dar a cada uno lo suyo. Sí, pero ¿cómo se sabe lo que hay que dar? Aunque imagináramos justas, ¿cómo practicarlas justamente? Apenas conocemos, por ráfagas, nuestra propia conciencia: la conciencia ajena es la noche. Cometamos de una vez la suprema injusticia de no ver las intenciones; juzguemos los hechos. Los hechos también son la noche. ¿Cómo restablecer la realidad física de un episodio social? No podemos averiguar el tiempo que hará mañana, y queremos definir los remolinos misteriosos de la vida. En la selva inextricable de los apetitos queremos encontrar el testimonio incorruptible. Queremos, para iluminarnos, hacer comparecer a las sombras; para convencernos, hacer declarar a la hipocresía; para no ser crueles, citar a la crueldad; para sentenciar contra los hombres, oír a los hombres. ¿Dónde está la verdad? Está en el silencio de los que la dejaron crujir sus huesos dentro del brodequín inquisitorial, o ¿está en las confidencias del acusado a la moda? Los inocentes se alucinan, y confiesan crímenes que no han hecho. ¿Qué mayor gloria para un abogado, que la de salvar a un bandido? Nos quejamos de la lentitud de los procesos: si los jueces fueran absolutamente justos y medianamente razonables, no se atreverían a fallar nunca.

Ilusionémonos con que nuestras leyes fueron justas ayer, y soportémoslas hoy, mas recordemos que la moral es distinta según la época y el sitio, y que no cabe la ilusión de que la justicia presente no sea la iniquidad futura. Demasiado débiles para las responsabilidades de la hora actual, lo somos mucho más para las responsabilidades del porvenir. Las consecuencias de nuestros actos son incalculables. Lo infinitamente pequeño aterra. El problema fatal lo penetra todo. No caminemos un paso por no aplastar al laborioso insecto. No respiremos por no quitar su átomo al oxígeno a pulmones venerables. La duda nos amordaza, nos ciega, nos paraliza. Lo justo es no moverse. El justo, come el fiel de la balanza simbólica, debe petrificarse en su gesto solemne. Resolverse a no hacer el mal es suicidarse, y sólo los muertos son perfectamente justos.

Para volver a la Naturaleza, soberbiamente injusta, forzoso es elegir entre la clemencia y la ferocidad. Para existir, Dios se hizo a ratos despiadado, y a ratos misericordioso. O verdugos o víctimas. Perdonar a unos es castigar a otros, y la tiranía está hecha de servidumbres. Sancho Panza, por cuya boca solía hablar la sabiduría del inmortal caballero, no gobernaba su ínsula igual que Nerón gobernaba Roma, pero ambos son humanos. La sociedad completa el destino fisiológico de las criaturas. La injusticia de las civilizaciones prolonga la injusticia fundamental de la especie. Por el único crimen de nacer, unos nacen débiles y enfermos y otros robustos; unos inteligentes y otros idiotas; unos bellos y otros repugnantes. Algunos están ya condenados al asco y al desprecio en el mismo vientre de su madre; algunos ni siquiera nacen vivos. Nosotros hemos añadido algo a todo eso; por el único crimen de nacer hemos conseguido que unos nazcan esclavos y otros reyes; unos con el sable y otros bajo el látigo.

Nuestra justicia obra porque es esencialmente injusta. Se apoya en la fuerza armada. Su prestigio es la obediencia de los que no tienen fusil. Su misión es conservar el poder a los que lo gozan. Su objeto defender la propiedad. ¿Por qué indignarse de la venalidad de los magistrados? Ceden a la energía soberana según la cual está organizada la humanidad

moderna: el oro. Emplean en su pequeño mundo el espíritu universal. Cuando se acerquen siglos mejores corromperemos los tribunales por medio de nobles ideas y hermosas metáforas. Mientras tanto, no lloremos demasiado las injusticias que nos hieren; no nos lamentemos sin medida del brazo brutal que nos sacude, de la calumnia que nos envenena. Las injusticias extremas son útiles; ellas, sembradoras de cóleras sagradas, han despertado el genio, han revolucionado los pueblos y han fecundado la Historia.

## LOS NIÑOS

De tres a seis años. Los bucles de oro, embriagados y henchidos de la savia primera, ruedan sobre las mejillas olorosas; los ojos, bañados de húmedo amanecer, entreabren su curiosidad amante; las bocas inmaculadas ensayan la sonrisa y el beso; el alma en capullo no sabe aún la crueldad ajena ni la propia; la carne resplandece de una sagrada claridad. Adoremos la casta flor humana; purifiquemos nuestras manos en las cabelleras de los niños, acerquémonos a la inocencia perdida.

¿Pero somos capaces y dignos de ello? ¿Cómo acariciarles? ¿Qué decirles? Son seres de otro mundo. Son ingenuos; nosotros somos falsos. Son limpios y hermosos; nosotros somos culpables, y estamos manchados, marchitos y viejos. ¿Cómo atrevernos a hundir nuestra mirada turbia en esas pupilas transparentes? ¿Impondremos a nuestras arrugas hipócritas la horrible mueca del candor? Necesitamos mentir nuevamente para hablar a los niños, y ellos lo ven y nos huyen. Nos han desterrado de sus juegos, de sus carreras aladas, de sus gorjeos celestiales. Justo castigo el nuestro: no podemos comunicarnos con la pureza de nuestros hijos.

No causemos a la vida. La vida moral es obra nuestra. Nosotros también fuimos ángeles. Nos convirtieron en demonios; nos corrompieron lo mismo que corrompemos a los niños de ahora. Éramos luz, y nos emparedaron. Éramos movimiento y nos amarraron los miembros con vestimentas estúpidas, y clavaron nuestros cuerpos en el potro de la mesa de estudio, y doblaron nuestros frágiles cuellos sobre el deber inepto y asesino. Pronto conocimos la cárcel y el trabajo forzado. Éramos belleza, y nos rodearon de cosas repulsivas y sucias. Éramos inteligencia, y nos la ahogaron en la tinta de interminables letras sin sentido. Nos obligaron a aborrecer el libro y a despreciar al maestro. Nos separaron para siempre de la Naturaleza; nos envenenaron para siempre la libre alegría de los cielos, del mar y de los bosques. Una vez desprendidos de los jóvenes brazos de nuestras madres, sólo encontramos la amenaza, jamás el amor, nosotros que éramos amor. En nosotros entró el miedo, después la vanidad, más tarde la única, absorbente, degradante pasión del oro. Hicieron lo que somos, incomparables estupradores de la razón y del sentimiento que nacen, corruptores de niños, cegadores de fuentes.

Cuando preguntaron a Carrière cómo debería el proletariado contribuir a la paz internacional, contestó:

«¡No golpeen, no injurien a sus hijos! – Hace siglos que los hombres se devuelven los golpes que recibieron cuando niños...»

Salvémonos, salvemos la humanidad. Volvamos a los niños, y volvamos llenos de respeto y de fe. Así el recuerdo de la niñez propia, recuerdo que canta y que se queja en el fondo de nuestra conciencia, nos será menos triste; así conseguiremos prolongar la divina cosecha de bucles de oro, bocas inmaculadas, de ojos aurora y de carne en flor que cada primavera nos trae el destino; así lucharemos contra el mal, y evitaremos que en un día quizá próximo nuestros hijos nazcan manchados, marchitos y viejos como nosotros.



## LA REGLA

De niño me inculcaron como seriedad que se debe decir *la casa* y no *el casa*, *yo como* y no *yo comes*. Se obstinaron igualmente en asegurarme que *tarde* es un adverbio, y *sobre* una preposición. Cuando había aprendido bien una regla me descubrían que no era tal regla, que había numerosas excepciones, las cuales a su vez tenían excepciones. Al fin me libaron del colegio y me di prisa en olvidar cuanto en él había sucedido. Con asombro noté que no me hacía falta saber gramática para hablar en castellano.

Asombroso me pareció también que personas que no conocen la anatomía ni la fisiología del estómago, digieran durante largos años imperturbablemente. Cuando me hube habituado a estos hechos, sospeché que las reglas no tienen quizá la importancia que los académicos y los dómynes quisieran. Leí verdaderos libros, y vi que el talento y el genio suelen fundar la gramática futura sin molestarse en saludar la presente. La policía aduanesca de mis profesores perdía su prestigio. De dictadores pasaban a copistas. Encargados de medir el idioma, creían engendrarlo.

- *Hombre* se escribe con *h*, me corrigieron un día.
- ¿Por qué? -pregunte tímido.
- Porque viene del latín *homo*.
- ¿Por qué entonces no escribimos todo igual: *homo*?
- ¡Silencio!

Observé en los ojos del maestro la misma furia del presbítero que nos dictaba doctrina cristiana. Una regla no se discute. No se discute el código ni el catecismo. Explicar una regla es profanarla.

Escribir *hombre* sin *h*, ¡qué vergüenza! Y si en Italia se escribiera *uomo* con *h*, ¡qué vergüenza! Si una soltera pare, ¡qué vergüenza! Y si un hotentote encuentra virgen a su esposa, ¡qué vergüenza!

No examinen las reglas. Examinar es desnudar, y el pudor público no lo permite. Pertenezcan, si pueden, a la innumerable, a la invencible clase de los archiveros, guardianes y administradores de **La Regla**, y si no pueden, doblen el pesquezo. Pensar es exponerse a ser decapitado, porque es levantar la frente.

La regla es la mentira, porque es la inmovilidad; pero no lo digan, no lo den a entender; defiendan el pan de sus hijos.

## DEUDAS

Me encuentro en la urgencia de hablar de mí. Particularmente considerado, mi caso no interesará a nadie, pero el hombre es un animal que induce. Tal vez el lector saque del ejemplo individual consecuencias generales. No de otro modo Isaac Newton, según cuentan, al ver caer la manzana se preguntó por qué no cae la luna. La misma lógica que fundó la gravitación

universal la amenaza hoy día. Es que la razón, pálida sombra de la vida, crea y destruye sucesivamente. He aquí ahora lo que a su razón someto:

Debo un traje al sastre y no puedo pagárselo. Mi oficio de fabricante de ideas no me permite por el momento pagar al sastre. El sastre se desespera y parece culparme de vagos crímenes.

He hecho mi examen de conciencia, y me he hallado limpio. He llegado a la conclusión de que mi deber es no pagar. Me he convencido de que sólo por indolencia y por una especie de distracción rutinaria he seguido la costumbre viciosa de pagar las cuentas. Si trabajo sinceramente en una sociedad donde hay gente que bosteza en medio de un lujo grosero, ¿cómo es posible que no se me asegure el abrigo contra la intemperie y una alimentación correcta? No soy quien debe, sino a quien se debe. No tengo para qué pagar el mercado, no al casero, ni al sastre.

Él hace trajes, yo hago artículos. Yo le ofrezco cordialmente mis artículos. ¿Por qué no me ofrece cordialmente sus trajes? Lo natural es que aprovechemos en fraternal reciprocidad nuestras aptitudes; él me viste el cuerpo, yo le visto la inteligencia. Si el mecanismo económico de nuestra civilización me obliga a caminar desnudo por la calle, no es culpa mía, sino de la civilización falsa en que vivimos.

Dios me libre de creer que es más meritorio escribir que cortar tela. Dios me libre también de creer lo contrario, y de aceptar como equitativo que mi sastre gane una fortuna con sus tijeras mientras yo apenas tengo con qué comer. Quisiera que nuestra dignidad representativa fuera idéntica. Si me concede que no pague mis modestas y pocas vestiduras, no tengo inconveniente alguno en que no se me paguen mis artículos, ni mis libros futuros, que son muchos y hermosos. Así evitaría tocar el dinero, repulsivo como un sapo.

El dinero desaparecerá. Todo lo feo y lo absurdo desaparece tarde o temprano. Maravillosa es la división del trabajo y la perfección social de los hormigueros y se las colmenas. Sin embargo, ni las hormigas ni las abejas conocen el dinero. El dinero pretende reducir a cifras nuestra aptitud espiritual. Pretende introducir la aritmética donde nada existe de aritmético. La moneda es un malvado fantasma que nos da la ilusión de medir el egoísmo y aprisionar la humanidad. Y los fantasmas, aunque sean aparentemente más poderosos que los dioses mismos, están destinados a desvanecerse al soplo frío y puro de la mañana. Despertaremos, y nos avergonzaremos de nuestras pesadillas.

Al establecer que no debo pagar al sastre, me adelanto a la época, y anticipo, aunque parcialmente, un mundo mejor, hasta para los sastres. Al no pagar, yo que nada poseo, y siempre produzco, realizo un bello simulacro. Las cosas suceden exactamente igual que si el sastre me regalara con qué cubrir mi carne pecadora. Ya sé que no hay tal, que él deplora haberme fiado, más éste es un fenómeno interior. Exteriormente, prácticamente me ha amado, puesto que me ha socorrido gratis. En el terreno de los hechos, no pagar es instituir sobre la tierra el régimen sublime de las donaciones. Practiquen, decía Pascal a los ateos, la fe vendrá. Comulguen todas las semanas y concluirán por persuadirse de que la consagración es un misterio auténtico. Trabajen y no paguen, nunca, digo yo. A fuerzas de ejercitar la caridad a pesar nuestro, acabaremos por sentirla. A fuerza de no cobrar, los sastres y demás obreros de la colmena humana se olvidarán de cobrar. Habrá otros móviles de acción que el otro, y una edad más razonable habrá dado comienzo.

## EL CASO NAKENS

No se indulta a Nakens. La comisión nombrada para informar sobre el caso ha dictaminado en contra. Ignoró la nómina de los miembros, pero me figuro lo que son: mercachifles, vizcondes, coroneles, curas y oradores baratos, ingredientes de las comisiones por el estilo en las cinco partes del mundo. Donde no hay vizcondes que movilizar, como en América, se refuerza la dosis de mercachifles y de personajes y de personajes altilocuentes. El noble anciano seguirá encarcelado por generoso, por no haber querido ser delator y verdugo a tiempo. Su vida, ejemplo resplandeciente de fidelidad a la idea y de bondad inagotable, se extinguirá entre las sombras malditas de un presidio.

Esta gran infamia es propia de esta época de terror de los ricos. Las ideas nuevas atacan directamente la propiedad, fundamento inconmovible hasta ahora de las crueles relaciones humanas. En su afán sencillo de abolir los privilegios más irritantes por más aparentes y personalizados, la revolución hirió la monarquía, la aristocracia y la iglesia, sin tocar a la propiedad. Por el contrario la afianzó doblemente con sólo respetarla. No consagró el advenimiento del pueblo, sino el de la burguesía. Proclamó los derechos del hombre, olvidando los del mono, según se ha observado, y además los del niño, condenado antes de nacer a la esclavitud o a la ociosidad, a la desesperación o a la hartura, y además los de la mujer, porque era pobre. Así la civilización moderna, bajo la cómica insignia democrática, se basa únicamente en la propiedad, es decir, en la avaricia. El crimen sumo es pretender modificar la monstruosa distribución actual de las riquezas. Atenten en hora buena a la religión, a la leyenda, al respecto de la estirpe, al pudor de las costumbres, a las cosas del alma, pero no atenten al bolsillo, no amenacen al cofre. Ya lo canturreó La Fontaine con su fulminante sentido común:

La clef des coffre-forts et des coeurs est la même.

La llave de las arcas y de los corazones es la misma. Esas gentes se dejaron arrancar su Dios sin dificultad, y su abolengo venerable, y se dejarán arrancar lo que les resta de honor con tal de conservar su dinero. Renunciarán a la familia, no al oro. Para defenderlo serán héroes por primera vez. Por protegerlo viven llenos de espanto. ¿Perdonar a Nakens? El terror no perdona.

Es que le golpe de Morral iba contra las finanzas españolas, no contra el rey. La palabra rey no significa lo que significaba antes. ¿Quién, como no sea alguna vieja campesina que nunca haya visto a don Alfonso, le creará sentado por el Padre Eterno, en el trono de Fernando el Católico? Se trata de un muchacho que se puede comprar automóviles y a quién no negaremos toda influencia política. En cuanto al afecto personal que a él y a los suyos se profesa, sé de memoria los motes soeces que se les aplica en palacio y fuera de palacio; no los recogerá mi pluma. Lo importante es que muchos miles de soldados presentan las armas a Alfonso XIII, y que esas armas pinchan; lo importante es que el monarca representa a los capitalistas del país, posee magníficos edificios, colecciones, tesoros, goza un sueldo formidable y mediante su trato proporciona negocios lucrativos a quienes le divierten o le sirven. Matarle era algo más que un suceso dinástico; era un argumento contra el régimen económico. Lo grave de Morral es que no le impulsaba el odio, ni la codicia, ni la locura, sino sencillamente una opinión.

Los sistemas conservadores resisten a los episodios del combate mecánico, pero se estremecen ante el pensamiento puro. El pensamiento es unidad, dirección, designio. Constituye un núcleo intangible en torno del cual la historia encarna ineludiblemente la realidad futura. El débil y quizá aislado cerebro del reformador es un torbellino implacable que todo se lo traga, en imagen primero, y de veras después, cuando reproducido en otros cerebros agita las manos numerosas. La violencia homicida del anarquista es mala; es un salvaje espasmo inútil, mas el espíritu que la engendra es un valeroso rayo de verdad. No es la bomba lo que se teme, y con razón, sino el justiciero y lejano *por qué* de la bomba. En la oleada de miedo que corre por

el mundo, se intenta apagar chispa por chispa el incendio fatal cuyo vasto foco se mantiene inaccesible y secreto.

Como siempre en épocas semejantes, se practica el espionaje despiadado, y se dictan leyes todavía más bárbaras que las usuales. En varias naciones hay contra las novísimas sectas una legislación especial. Se ha llegado en Cataluña a sustituir los tribunales ordinarios por los militares; es la famosa cuestión de las jurisdicciones, que trae convulsionada a media península. Lo más curioso es lo que ocurre en ciertas repúblicas, las más libres del globo, según ellas, y las más metalizadas también; donde se desencadena más ferozmente el afán de hacer fortuna, cueste lo cueste, donde le fanatismo de la propiedad alcanza su grotesco máximo, donde, en fin, el progreso a la moda, encabezado por los yankis, semidioses o máquinas de esta época en cuatro pies, brilla en todo su intolerable prosaísmo. Apenas desembarcados en medio de tanta libertad, se exponen a que les violen el domicilio y les lancen hospitalariamente al agua, *sin juicio previo*. La policía se encarga de tales faenas. ¿Para qué jueces? Los espías de profesión, despreciados en lugares decentes, recobran su dignidad; salvan el botín. ¡Oh el terror de los Shylock y de los Grandet!

Los Shylock y los Grandet, los avaros eternos que Cristo arrojó de sí, son los carceleros de Nakens. No le soltarán, porque no denunció al enemigo, porque no fue espía, porque no hizo traición a su semejante, porque fue hombre y no tigre. No le soltarán; serían capaces de sacarse las tripas y atarle con ellas.

## LO VIEJO Y LO NUEVO

No todos los argumentos de los que defienden el pasado merecen nuestra estima. Hay quien venera lo viejo porque de lo viejo vive a semejanza de esos gusanos que roen madera descompuesta y papel de archivo. Cuanto más antigua es una ley, una costumbre, una teoría o un dogma, se les respeta más. Habiéndolos contemplado en la lontananza de los siglos que fueron, se les vislumbra en la de los futuros como una provisión inagotable que podrán roer las generaciones conservadoras.

Y sin embargo, ¡qué pobre argumento el de la ancianidad de las ideas! Es difícil no sonreír cuando se abre un código y se lee al pie de la página la sesuda nota en que el comentarista fundamenta un artículo: «Este artículo es casi sagrado, murmura el infeliz; nos viene de las Partidas, de los Romanos». ¡Ah! ¡los Romanos sobre todo! Pero la humanidad cambia, inventa, sueña, y por lo común cuanto más vieja es una cosa, más inútil es. Lo viejo es un resto de lo bárbaro. Es un vestigio del mal, porque el mal es lo que dejamos a nuestras espaldas. Cierto que las leyes que nos encadenan son romanas aún, lo que me parece escandaloso después de dos mil años; felizmente nuestra física y nuestra biología no son las de Roma, son las nuestras.

Muchas inmemoriales construcciones deben su duración a su divorcio mismo con lo real. No son ni siquiera obstáculos. Las corrientes de la vida se han acostumbrado a rodearlas para pasar adelante, y pasan en graciosa curva sin tocarlas ya. No es obediencia, es olvido. ¿Quién hoy, por muy Papa y muy obispo que sea, ha dedicado media hora a meditar seriamente en el problema de la Santísima Trinidad? Y no obstante a causa de él se han dado en otro tiempo de puñaladas por las calles. ¡Oh armatostes apolillados, erguidos en medio de la distracción universal! Un buen día el pensador les ve, se ríe y les derriba de un soplo. Bastó un irritado sacudir de hombros para que el pueblo francés volcara el trono más glorioso de Europa. Mañana bastará un gesto para barrer del mundo las sombras romanas. La inmutabilidad no es signo de fuerza, sino de muerte. Hay entre nosotros ídolos enormes que no son sino cadáveres de pie, momias que una mirada reduce a polvo.

Otros adversarios, delicados amantes de las ruinas, nos dicen: «¡Qué ingratos son con los muertos! Son hijos y herederos de los muertos; cuanto tienen era suyo. Su pensamiento y su idioma, sus riquezas y sus amores, todo se los legó el pasado. Y vuelven contra el pasado, de que está hecha su sangre y hecho su espíritu, las armas que han recogido de las tumbas. Se suicidan cortando sus propias raíces».

¡Pues bien, no! No somos solamente hijos del pasado. No somos una consecuencia, un residuo de ayer. Antes que efecto somos causa, y me rebelo contra ese mezquino determinismo que obliga al Universo a repetirse eternamente, idéntico bajo sus máscaras sucesivas. No; el pasado se enterró para siempre en nosotros mismos. Digan que es quizá limitada la materia disponible, que fabricamos el ánfora nueva con el viejo barro, que para cuajar mis huesos tomaron las cenizas de mi padre. Digan que la Naturaleza, en su noble afán de hacerla más hermosa, funde y torna a fundir infatigablemente el bronce de la estatua. Pero ¡qué importa la materia! La forma, el alma es lo que importa. Sobre el pasado está el presente. Todo es nuevo; nueva la alegría de los niños, nueva la emoción de los enamorados, nuevo el sol a cada aurora, nueva la noche a cada ocaso, y al morir nuestra angustia no será la de nuestros antepasados, sino un nuevo drama a las orillas de un nuevo abismo. No digan que el hijo reproduce al padre. No pronuncien esta frase cruel y necia: «nos heredamos, nos reproducimos, somos los de antes». Blasfemia profunda la que hace de la humanidad espectros y no hombres. No somos el pasado, sino el presente, creador divino de lo que no existió nunca. No somos el recuerdo; somos la esperanza.

## LA GUILLOTINA

El parlamento francés ha resuelto conservar la guillotina. Esto se comprende en un país donde es necesario condecorar a las personas honradas. La Legión de Honor supone el patíbulo.

Hay que premiar; hay que castigar. No es tiempo aún de salir de ahí. La idea de justicia no lleva a la acción, sino a la parálisis. Un hombre mata: acontecimiento tan fatal como un eclipse de luna. ¿Qué sabemos de la responsabilidad? Que es científicamente inadmisibles. Todo hecho tiene sus causas, y es ridículo atribuir a una consecuencia el delito de serlo. Existe una escuela que declara enfermos a los criminales, pero el detalle no nos importa. Enfermo o sano un criminal es un efecto de circunstancias anteriores. El juez se figura haber condenado a un culpable, y está en un error; a quien ha condenado es a las eternas leyes de la Naturaleza.

Para esas leyes no se encuentran prisiones ni guillotina. La sociedad fabrica el asesino y después le corta el cuello. ¿Es justo? No se trata de ser justos, me contestaran, se trata de nuestra defensa. ¡Conforme! «Aquel ha quien la mordedura de un perro produce la rabia, dice Spinoza, es seguramente disculpable; y sin embargo se tiene el derecho de ahogarlo». También está rabioso el asesino, el «haschischino», el bebedor del siniestro «haschich», que produce la furia homicida. Hemos sacrificado a los hidrófobos hasta que vino Pasteur, y ¿qué hemos de hacer, Dios mío, sino guillotinar a los asesinos hasta que sepamos curarlos?

Aquí entra en escena la compasión. «No los matemos. Dejémosles que vivan». Dan ganas de replicar, como M. d'Argenton al debate Desfontaines: «¡no veo la necesidad!» Resulta demasiado caro. ¿Cómo? ¿Regalaremos una casa, alimentación, escuela y asistencia médica a los degenerados irremediables, mientras millones de trabajadores sucumben lentamente a la miseria y a la angustia? Enviaremos, de un plumazo, por negras intrigas, ambiciones despiadadas, o por un acto de demencia, a millares de jóvenes honrados, sanos, alegres, esperanza del mundo, a que les rompan los huesos a balazos en el fondo de las trincheras, y ¿no nos permitirán nuestros nervios de colegiala enviar a las fieras humanas a la guillotina, bajo

la cual, según el P. Coloma, sólo se siente un ligero frescor? Hay injusticias indispensables, pero la piedad arbitraria es odiosa.

Confesamos virilmente que la vida moderna exige muchas crueldades, y que no es lo más urgente proteger a un Soleiland. Suprimir una existencia es irreparable. ¿Y bien? Por muchos siglos estaremos sujetos a lo irreparable; por todos lados se alza el mal; a cada instante es preciso tomar resoluciones rápidas y supremas. Admiro al médico norteamericano que propuso terminar ciertas dolencias incurables y dolorosas con inyección de morfina. Cuando vivir es verdaderamente inútil, ¿para qué vivir? La muerte es a veces una solución, una economía, una ventaja. «Llamemos a la muerte en socorro de la humanidad», ha escrito Wellls. Mañana dispondremos de otros recursos. No falseemos los que tenemos hoy. La guillotina debe ser un gran bisturí, y debe manejarse por un técnico social, por un cirujano y no por el verdugo, tipo que ciertamente nos desacredita y nos avergüenza. Y pasarán los años, hasta que un día el cirujano se guarde su bisturí y nos diga: «Señores, he descubierto que esto se cura sin operar».

## LAS MÁQUINAS DE MATAR

Han fondeado algunas en la rada. Son colosales y maravillosas. Hay que contemplar los cañones, los reyes de la muerte, y pensar en el mundo complicado y poderoso que los engendra. Para conseguir trasportarlos sobre las aguas, hubo que resolver los más arduos problemas de la navegación, y la carabela que llegó al Nuevo Mundo es un juguete ridículo al lado del crucero. Los tubos formidables por donde se envía la catástrofe al horizonte son un resumen de todas las ciencias, desde la geometría a la termodinámica, de todas las industrias, desde la metalurgia a la óptica de taller. Rígidos, relucientes, acariciados y cuidados como telescopios, han exigido más todavía: ha sido necesario fabricar una multitud de mecanismos humanos que engranaran con ellos, y que funcionaran automáticamente en medio de los horrores de la batalla; ha sido preciso inventar una nueva clase de heroísmo. Y aun no basta; hacen falta otros cañones, más grandes, más exactos, más implacables; y los sabios buscan en el secreto de los laboratorios; los ingenieros ensayan sin descanso; miles de trabajadores forjan las armas que los destruirán mañana. La sociedad no se considera bastante hábil en el arte de matar, y se diría que le urge reunir todos los medios para poder suicidarse de un golpe.

El cañón moderno es el resultado de los esfuerzos de largas centurias; los proyectiles que lanza surcan el espacio con una majestad casi astronómica. La bala es el bólido: la guerra una sucesión de cataclismos. ¡Qué modesta el hacha de silex de nuestros antepasados! Había que servirse de ella varias veces para rajar el cráneo espeso del enemigo hermano. Del hacha al cañón: he aquí lo que muchos llaman el progreso. Pero, ¿por qué nos asesinamos los unos a los otros? ¿No es tiempo de arreglar las cuestiones de distinta manera?

Signo funesto: Inglaterra, que ha preparado las libertades políticas de la raza blanca, la nación que mejor conoce la vida por lo mucho que ha viajado, luchado, y sacado partido de la realidad; Inglaterra, que tan dispuesta se mostró recientemente al desarme, sigue construyendo buques, y acaba de aprobar el proyecto del «Neptuno», acorazado de 20.000 toneladas, ¡un privilegio!

Y esos millones de libras esterlinas arrojados a las olas no son aún más que la paz, el «miedo armado».

Una de dos: o Inglaterra está decidida, en caso de conflicto, o no dejarse guiar por la razón, sino por las ventajas impunes de su enorme poder material, o supone probable un injustificado ataque de los demás países, si en él ven suficientes probabilidades de éxito. Y lo que decimos de Inglaterra es aplicable a Francia, a Alemania, a Norte América, a Italia, al orbe civilizado,

sujeto a la fiebre de los armamentos indefinidos. Este crimen sin nombre: una agresión caprichosa, una guerra provocada fríamente, es un fenómeno que el mundo entero juzga próximo y natural. Recuerden el pretexto para la campaña del 70: los candidatos al trono español. Hace pocas semanas Europa se estremecía de angustia; las hostilidades estuvieron a punto de romperse, por los enredos de un escribiente de consulado en Casablanca. Y hoy mismo nos comunica el telégrafo que el principal obstáculo a la tranquilidad de los Balcanes es la antipatía que se tienen los ministros de Estado de Austria y de Rusia. El hecho es que al principio del siglo XX continuamos expuestos a caer en los abismos de la matanza, empujados por lo arbitrario, lo inicuo o lo imbécil.

El hecho existe, aplastador. En ciertas cosas somos lógicos; si un aparato se descompone, acudimos al técnico; si nos enfermamos al especialista. Los pueblos se van acostumbrando a la higiene, a la educación razonada. Marchamos hacia la justicia, que es la ciencia del corazón, y hacia la ciencia, que es la justicia de la Naturaleza. Solamente cuando se trata de las relaciones de los pueblos entre sí, es decir, de las que mueven los más vastos e incalculables intereses, es cuando no queremos salir de la barbarie.

Conferencias de la paz, masas de labradores y de obreros que piden la paz, comerciantes partidarios de la paz, pensadores y artistas que hacen la propaganda de la paz, todo eso es platónico. Son gérmenes. Todo eso se estrella contra los armamentos insensatos, contra la coraza de hierro que nos abrume. No se objete que el partido de la paz es una mayoría; una mayoría impotente no es tal mayoría. Por eso la humanidad es bárbara, porque en ella la justicia y la fuerza no están juntas. Los fuertes no son justos; los justos no son fuertes. La generosidad carece de brazos; la espada abusa. Y tal será la obra de la civilización: armar a los pacíficos.

Entonces será imposible que un gobierno mande invadir el ajeno territorio. Entonces tendremos a la satisfacción de que los extranjeros arriben a nuestras playas en traje común, y no pertrechados hasta los dientes. Los caminos del planeta estarán seguros, y la hospitalidad gozará de la confianza. Mientras tanto, no admiremos demasiado las portentosas máquinas que matan; símbolo de nuestra potencia física, son también un símbolo de nuestra debilidad moral.

## REFLEXIONES

¿Qué es la poesía? El amor que descubre su propio ritmo.

-----

No hay remordimiento más triste que el de no haber pecado.

-----

Se odia de abajo a arriba.

-----

Algunos amores sobreviven a la traición, pero muy pocos a la fidelidad.

-----

«Padre, padre... ¿por qué me has abandonado?».

No alces los ojos. No hay Padre. Hay la tierra, la Madre al pie de tu cruz. La madre de carne y hueso, ¡tan poquita cosa! Conténtate con sus cuatro lágrimas. La realidad no da más.

-----

Entreguémonos. Es el mejor medio de perdurar.

-----

La ciencia nos proporciona el placer de complicar nuestra ignorancia.

-----

La máquina es una frontera. Es el extremo inteligente de la Naturaleza y el extremo material de nuestro espíritu.

-----

Morir es quizá el modo de unirnos a los vivos.

-----

Sólo envejecen los viejos.

-----

La perfección es un mal, puesto que es un límite.

-----

Hace falta ser muy imbécil para explicarse algo.

-----

Un ladrón es un financista impaciente.

-----

La verdad no se demuestra. Se sueña. Sólo se demuestra la mentira.

-----

El corazón que no ama es una cisterna tenebrosa, un depósito inmóvil que no recibe ni da. El corazón que ama es el remanso a cielo abierto, donde las mil corrientes del mundo descansan un instante para partir otra vez.

-----

En política no hay amigos; no hay más que cómplices.

-----

Lo que nos hace inferiores a las mujeres consiste en que no podemos poseerlas sin desearlas.

-----

No sé si en la época de las cavernas se moría la humanidad de hambre y de frío, pero ahora no cabe duda.

-----

El alcohol es una excelente quita-manchas. Dejen que devore y corroa lo inútil.

-----

La aparición de la fuerza inclina a la desconfianza. Si deseas convencerme, suelta el palo, y si alzas el palo, sobran los discursos. Con las armas no se afirma la realidad: se le viola.

-----

Nuestras relaciones con la muerte se reducen a una higiene pedante, meticulosa y mezquina, inspirada por el miedo práctico que nos distingue, y a una demencia pasajera, engendradora de suicidios vulgares. La muerte merece ser tratada con más elevación, y ¿por qué no decirlo? con más religiosidad.

-----

La cortesía: un lubricante.

-----

¿Quién mejor que el buen presidiario cumple la ley? Es el ciudadano ideal. Es la ley hecha carne, hecha ejemplo.

El destino, débil aún, se ensaya. Somos en sus manos flechas sin empuje bastante. Estamos condenados a inclinarnos y a ir a tierra. La fealdad pegajosa de las agonías es el cansancio del mundo.

-----

Lo principal no es comprender, sino entregarse.

-----

Hemos despedido a los Dioses bien pagados.

-----

La muerte es una criba que guarda lo esencial.

-----

El egoísmo es lo provisorio.

-----



¡Conquistadores fuera! Esclavos dentro. El acero corta porque sus moléculas están terriblemente encadenadas.

-----

No seamos de esos padres malditos que sobreviven a su prole.

-----

Desconfiemos de los que nos hacen caridad más que a Dios.

-----

Las duras armas del egoísmo son cosas muertas: uñas, dientes, puñales. La vida es tierna.

-----

Curiosidad: buen apetito del espíritu.

-----

No somos los dueños, sino los depositarios de la vida. Sacrificarse es restituir.

-----

La muerte suprime a las personas, pero no las arruina. Los difuntos siguen administrando su fortuna; siguen aumentándola y explotando a los vivos. El alma de oro no muere.

-----

Mientras dudamos es cuando somos verdaderamente inteligentes.

-----

No es fuerte quien necesita de la fuerza material para influir sobre sus semejantes.

-----

En las paredes de nuestro calabozo está pintada la libertad.

-----

Quiero la idea que avanza hacia lo desconocido sin mirar atrás; la idea clavada en las entrañas del misterio, en el fondo del agujero donde sólo cabe una mano; la idea embriagada de soledad y de fe, la idea cuyos golpes no son oídos de nadie. Para ella no hay caminos, porque ella se los abre y no retrocede nunca; no hay propaganda ni comercio posibles. No está en poder de nosotros recompensarla, sino seguirla. Es el vértice sagrado de la humanidad en marcha.

-----

Existir es un acto secreto. No se comunica sino lo que es común.

-----

Egoísmo es debilidad. Los cuerpos fríos se calientan a expensas de los otros. Eleven la temperatura de un pedazo de hierro, y a medida que aumentan la energía del metal lo hacen más y más generoso. Llegará un momento en que de puro ardiente resplandecerá y les iluminará el camino.

-----

Nuestra imaginación, al crear los Dioses, no hacía quizá sino soñar con el destino humano.

-----

Ya es disparatado que haya leyes escritas, pero que se cumplan es monstruoso. ¿Esos jueces que matan, duermen?

-----

Un pueblo es más civilizado que otros, si puede hacer daño a mayor distancia.

Dios... el gran ser agazapado en las tinieblas... No, esas tinieblas están vacías. Nosotros las llenaremos. El hombre está solo. ¡Solo! Somos la medida de las cosas. Fuera de nosotros no hay otra inteligencia, otra voluntad. No hay más que el caos, el caos que tenemos que dominar, organizar y humanizar hasta el fin, si antes no nos aplasta él, por accidente, bajo su mole distraída...

-----

Como trabajador que soy, tiemblo a la idea de que un químico humanitario y genial descubra una alimentación baratísima. Si bastan diez centavos al día para no perecer, el salario corriente del obrero en los distritos de alta civilización será de diez centavos con toda evidencia, y los demás salarios -incluso el mío- se resentirán de una ciencia tan misericordiosa.

-----

No me hablen de patriotismo. Un amor que se detiene en la frontera no es más que odio.

-----

La vida es un aire sutil, invisible y veloz, cuyos remolinos agitan un instante el polvo que duerme en los rincones. El inmortal torbellino pasa, torna a la pura atmósfera, a lo invisible, y el polvo se desploma inerte en su rincón. Los sabios no ven más que el polvo: palpan minuciosamente los cadáveres.

-----

¿Qué es lo más interesante de la vida? – Lo imposible.

¿Y lo más piadoso? – La muerte.

¿Y lo más cruel? – ¡Ay! La belleza.

## EL ANARQUISMO EN LA ARGENTINA

A raíz de los sangrientos sucesos del primero de Mayo, en Buenos Aires, el jefe de policía elevó al ministro un curioso informe, pidiendo reformas legales para reprimir el anarquismo, el socialismo y otras doctrinas que fueron juzgadas por el autor de acuerdo con su puesto, aunque no con la verdad. No puede haber a los ojos de un funcionario opinión tan abominable como la de que su función es inútil. Ahora el P. E. presenta al Congreso un proyecto de ley contra la inmigración «malsana». Se trata de impedir que desembarquen los idiotas, locos, epilépticos, tuberculosos, polígamos, rameras y anarquistas, sean inmigrantes, sean «simples pasajeros». Lo urgente es librarse de los anarquistas. El P. E. no disimula cuanto le inquietan «los que se introducen en este hospitalario país para dificultar el funcionamiento de las instituciones sobre que reposa nuestra vida de nación civilizada».

Es una suerte que M. Anatole France haya llegado a la Argentina antes de que estuviera en vigencia la ley, porque no le hubieran dejado bajar del vapor. La obra de France es un curso de nihilismo, y si el señor Falcón la ha oído, habrá colocado al maestro en la columna malsana de las rameras y de los epilépticos. No conozco más formidable enemigo de las instituciones que el padre de «Crainquebille». ¿Ravachol era anarquista? También lo fueron los ascetas, San Francisco de Asis; también lo es Tolstoi. El anarquismo es una teoría filosófica. ¿Ha tomado el P. E. un diccionario para enterarse? Anarquista es el que cree posible vivir sin el principio de autoridad. Hay organismos esencialmente anarquistas, por ejemplo la ciencia moderna, cuyos progresos son enormes desde que se ha sustituido el criterio autoritario por el de la verificación experimental. ¿Qué la sociedad de hoy no está preparada para constituirse anárquicamente? Es muy probable. Discútase, examínese. ¿Qué tiene que ver todo esto con la inmigración malsana?

Protesto contra la tontería temible de perseguir a los que construyen un sistema de ideas, clasificándolas entre los polígamos y los idiotas. No sé si Vaillant o Henry dijo que la lectura de Spencer le había inducido al atentado. ¿Qué nos importa? Muchos ladrones profesan el capitalismo. Muchos asesinos adoran a Dios. Aún hay quien se figura que la idea abstracta conduce al crimen. No: no es el metafísico libertario el que lanza la bomba, sino el gorila de los bosques prehistóricos. Y con ¿qué derecho nos opondríamos a que una inmensa clase de hombres que trabajan y sufren se apropie las ideas que le convienen? El P. E. tiene su sociología; ¿por qué no han de tener los obreros la suya?

Volvemos a lo de siempre: a la pretensión de matar las ideas, como si jamás se hubiera conseguido, con poderes incomparablemente mayores que los del señor Falcón, matar una sola. ¿Se dificultará el funcionamiento de las instituciones sobre que reposa la vida de la nación, si no cambiaran las instituciones? Ese cambio es la vida; la inmovilidad que ansía el P.

E. es la muerte. ¿De dónde vinieron las instituciones viejas? ¿De dónde viene el orden presente, sino del desorden de un minuto genial? ¿Quisiera el señor Falcón que el tiempo hubiera pasado en vano, y que la Argentina fuera una colonia trunca, y los jefes de policía grandes eunucos? La cultura occidental no ha concluido su viaje y es notoria necedad ir a detenerla en la dársena. Por favor, permita el P. E. que siga girando el mundo, y, no se obstine en emitir juicios finales. Tenga un poco de modestia, y, recordando las enseñanzas de la historia, admita que las instituciones de 1909 no sean definitivas. No se asuste tanto del anarquismo; consuéllese con la certidumbre de que los anarquistas parecerán algún día anticuados y demasiado tímidos. ¡Sólo la vida es joven!

## EL DERECHO A LA HUELGA

Parece que algunos gobiernos marchan hacia una concepción nueva: la de que no sea permitido al obrero abandonar su labor, salvo que le despidan. Se ha presentado al parlamento español un proyecto de ley negando el derecho a la huelga. En la Argentina y en la India inglesa se lanza del territorio, sin formalidad ninguna, a los «agitadores», como suele llamarse a los que se cansan de sufrir. Durante la magnífica parálisis de los servicios postales y telegráficos franceses, se dijo que el Estado no podía tolerar, por capricho de los trabajadores, el aislamiento de Francia.

Se dio entonces a los modestísimos empleados el pomposo nombre de «funcionarios públicos», y se declaró que un funcionario público está en la obligación de no interrumpir un minuto su trabajo. Sería una grave falta de disciplina. Se ve la habilidad con que el gobierno -que al fin cedió ante la fuerza huelguista- trataba de introducir ideas sublimes y palabras altisonantes en el conflicto. Había que asimilar el cartero y el telegrafista al soldado. El único deber del funcionario, es funcionar. No hay huelgas; no hay más que deserciones. Mañana se aplicaría el mismo razonamiento a los operarios de las industrias nacionales; pasado mañana a los peones agricultores, al bajo personal del comercio. Suspender la faena productora es una indisciplina, un delito, una traición. Se debilitan las energías del país; ¡se disminuye la riqueza de la patria!

Así rehabilitaríamos la esclavitud – y conste que en ella se ha fundado la civilización más ilustre de la historia. ¿Por qué no hemos de ser consecuentes? En resumen, el Estado no es sino el mecanismo con que se defiende la propiedad. Si se castiga al que atenta contra ella mediante el robo, y al que la mueve antes de tiempo mediante el asesinato, ¿no es lógico castigar también al que la suprime en germen? La propiedad se gasta; su valor se consume, y es necesario reponerlo sin descanso. El ladrón la mata; pero el huelguista la aborta. Para un fabricante, una huelga prolongada de sus talleres equivale a la fuga de su cajero; el patrón volverá los ojos al Estado, exigiendo auxilio. Un trabajador es una rueda de máquina; mas una rueda libre, capaz de salirse de su eje a voluntad, es algo absurdo y peligroso. No se concibe una propiedad estable sin la práctica de la esclavitud.

Todavía la practicamos sin duda, aunque cada vez menos. Estamos desde hace siglos en presencia de un hecho formidable: la masa anónima, el inmenso rebaño de los que nada tienen suben poco a poco acercándose al poder. He aquí al viejo Estado en frente del número. Mejor dicho, ahora es cuando el número adquiere, gracias a la cohesión, todo su terrible peso. El pueblo comienza a dejar de ser arena; se cuaja en roca. No es extraño que el sufragio universal haya sido tan inocuo; encontró una multitud incoherente, incapaz hasta de conocer sus males, y vagamente de acuerdo con el Estado. Detener al pobre trabajador, sucio y jadeante, de regresó al negro hogar, donde como de costumbre hallará dormidos a sus hijos, y proponerle que gobierne su nación, es en verdad pueril. Preferirá comer mejor, y disponer de dos horas para jugar con sus niños. Y lo ha logrado en muchas regiones. Lo instructivo es que los obreros se

van agrupando y organizando por el trabajo mismo; sus herramientas se convierten imperceptiblemente en armas; los aparatos con que la humanidad circula y transmite el pensamiento están en sus manos; el alambre que lleva la orden de un Rockefeller no se niega a llevar la del siervo rebelde, y nuestra cultura, que día por día necesita instalaciones fabriles y de tráfico más y más enormes, pone en contacto y en pie de guerra mayor cantidad de proletarios; las huelgas -esas mortíferas declaraciones de «paz», aumentan en extensión y en rapidez, y a medida que la propiedad se acumula en moles crecientes, su estabilidad se hace siempre menor.

El Estado se batirá; opondrá al número el número. Opondrá el ejército compuesto de hombres educados para esperar la muerte, al proletariado, compuesto de hombres que tienen la irritante pretensión de vivir. Ya que de derechos hablamos, ¿qué es un derecho, sino una concesión, un permiso de las bayonetas? Recordemos, no obstante, que los soldados no son ricos ni felices, y que los fusiles, los cañones y los acorazados no se construyen solos. ¿Vendrá el momento en que los astilleros huelguen? ¿Vendrá una huelga militar? Lo ignoramos. Es evidente que los trabajadores atraviesan una época de prosperidad, de juventud. A regañadientes, como a lobos que le persiguen, el Estado les arroja jornadas breves, salarios más altos, pensiones, indemnizaciones, y los lobos tragan esos pedazos de carne fresca, y corren con doble vigor, y avanzan y se echan encima. ¿Dominará el Estado? ¿Aprovechará la obediencia aún bastante segura del Ejército? ¿Será vencido? Nadie lo sabe. Los vastos movimientos sociales nos son tan misteriosos como nos lo serían las mareas, si un cielo nublado eternamente nos ocultara la luna y el sol. Guardemos los episodios de la lucha entre el trust del oro y el trust de la miseria.

## ABDUL-HAMID

Espero que cuando este artículo se lea habrán matado por fin al sultán de Turquía. No hay otra solución; desde luego no hay ninguna que se ajuste tanto a las costumbres del Oriente. Consideremos que Abdul-Hamid es cabeza de la Iglesia, jefe del Islam y hasta del panislamismo, pues no en vano hizo consejero suyo a Abul-Huda, aquel frenético derviche enviado en calidad de curioso presente por el gobernador de Alepo. El kalifa puede abdicar su majestad humana, no su dignidad divina. Que lo quiera o no, es «la sombra de Dios sobre la tierra» y el único medio de aniquilar ese flaco fantasma es ahogarlo en la enorme sombra de la muerte.

Además, ya es hora de que pase un mal rato la decrepita hiena que adoran los musulmanes, y que había convertido el país en una ruina, el ejército en una horda de bandoleros, el Estado es una burocracia de espías y de empleados a la venta, el pueblo es un rebaño idiota de terror, y las matanzas de judíos y cristianos en fiesta nacional. La cuestión religiosa no es más que un pretexto. Los hombres no se destripan por un dogma, por una idea -¡sería demasiado bello!- se destripan por un pedazo de tierra, un pedazo de pan, un pedazo de oro. El armenio es el enemigo porque es el que trabaja. ¡Guerra al que trafica y gana dinero y lo presta, y no dispone del poder de las armas! Expedito modo de negociar es el saqueo de los depósitos ajenos, para evitar que baje el precio de las mercaderías propias; cómoda manera de saldar cuentas es acuchillar al acreedor. ¿Qué han de hacer los militares turcos, sino aprovechar la menor ocasión de concluir con los que les adelantan sueldos? Y el Estado, para asegurarse de su parte de lucro en la usura, se asocia con los prestamistas y no paga a los funcionarios, que tienen permiso tácito de atropellar a su placer. El Estado roba con una mano y degüella con la otra.

Cómplice de Abdul-Hamid ha sido Europa entera, como ahora lo es del czar, verdugo en Petersburgo y pacificador en La Haya, Europa que ha colocado sus fondos en Turquía y se

contenta con que el déspota siga ordeñando a su patria y abonando intereses. Pero el mejor amigo del «Sultán Rojo», del «Asesino», según lo llamó Gladstone, es Guillermo II. Guillermo ha recibido de Abdul-Hamid regalos por valor de millones, y después de pronunciar el más cristiano de sus discursos sobre la tumba de Jesús, pronunció el más mahometano sobre la tumba de Saladino. Guillermo, a cambio de fuertes contratas a la casa Krupp, solía remediar con su poderosa influencia ciertas dificultades turcas, manchadas de sangre. ¡Un cliente de Krupp es sagrado! Para el emperador, Krupp es Alemania. El emperador fue paladín del degradado tío Krupp, muerto en la orgía, y asistió paternalmente a las bodas de Berta Krupp, la walkyria administradora de los inmensos talleres. Entonces soltó una de sus célebres frases; «Berta, hija mía, Dios te ha asignado un magnífico centro de actividad...» ¿Qué importan unos cuantos armenios sacrificados? Dejemos en paz a nuestros banqueros, a la clientela de nuestras armerías. No nos mezclemos en su política interior. Si se trata de Marruecos o de Indo-China, de negros o de indios, sería diferente; habría que defender la cultura moderna. ¿Verdad que no hay naciones civilizadas? Yo no he visto civilizadas sino a personas, y no muchas.

El Korán no es contrario a la nueva Constitución ni parlamento. Dice que «se debe al Kalifa el décimo de los productos», pero dice también que «el Profeta mandó tomar consejo», y que «cualquiera medida mala, tomada después de consulta, es preferible a la medida saludable, tomada arbitrariamente». ¡Bah! ¿Acaso la tiranía no es compatible con el sufragio universal? La América latina sabe algo de eso. «No existen gobiernos liberales, apunta Proudhon; no existe sino el gobierno la negación del gobierno; fuera de ahí, nada». O mandamos o no mandamos. Y si es agradable torturar a esclavos, ¿no será doblemente sabroso torturar a ciudadanos libres? Un Abdul-Hamid, en medio de sus dos Cámaras, sería siempre el «Asesino».

Estudien su retrato, su perfil de vieja envenenadora, perita de estupro, experta en abortos; sus ojos cóncavos, donde están las heces de todos los vicios, y donde está el miedo, el miedo continuo que padecen los monarcas. El venerable Abdul-Hamid, cargado de años y de crímenes, ha baleado a inocentes servidores, demasiado solícitos, que al acercarse le dieron un susto. Una muchacha del harén, favorita de una noche, se olvidó del protocolo, y abrazó al Sultán dormido; el cobarde despertó sobresaltado, sacó un revólver debajo de la almohada, y saltó los sesos a la infeliz. En Yeldiz se lee a Gaboriau y a Montepin, traducidos por «chambelanes negros». El amo puede «vivir» su literatura. Ha tenido constantemente entre sus garras de lechuza un racimo de muñecos humanos. Y «eso» ¿es la sombra de Dios?

Y quizá lo sea verdaderamente.

## LA GRAN CUESTIÓN

El banquero dio en el cigarro, para desprender la ceniza, un golpecito con el meñique cargado de oro y de rubíes.

– Supongo, dijo, que aquí no nos veremos en el caso de fusilar a los trabajadores en las calles.

El general dejó el cock-tail sobre la mesa, y rompió a reír:

– Tenemos todo lo que nos hace falta para eso: fusiles.

El profesor, que también era diputado, meneó la cabeza.

– Fusilaremos tarde o temprano, dictaminó. Por muy poco industrial que sea nuestro país, siempre nos quedan los correos, el puerto, los ferrocarriles. La huelga de las comunicaciones es la más grave. Constituye la verdadera parálisis, el síncope colectivo, mientras que las otras se reducen a simples fenómenos de desnutrición.

El general levantó su índice congestionado:

– Sería vergonzoso limitar el desarrollo de la industria por miedo a la clase obrera.

– La tempestad es inevitable, agregó el profesor. Las ideas se difunden irresistiblemente. ¡Y qué ideas! Cuanto más absurdas, más contagiosas. Han convencido al proletariado de que le pertenece lo que produce. El árbol empeñado en comerse su propio fruto... Observen ustedes que los animales suministradores de carne son por lo común herbívoros. El nuevo Evangelio trastorna la sociedad, fundada en que unos produzcan sin consumir, y otros consuman sin producir. Son funciones distintas, especializadas. Pero váyales usted con ciencia sería a semejantes energúmenos. Los locos de gabinete tienen la culpa, los teorizadores y poetas bárbaros a lo Bakunin, a lo Gorki, que pretenden cambiar el mundo sin saber siquiera latín. Se figuran que el proletariado tiene cerebro. No tiene sino manos; las ideas se le bajan a las manos, manos duras, que aprietan firmes, y que apartadas de la faena subirán al cuello de la civilización para estrangularla.

– ¡Qué tontería, los pobres obstinados en ser ricos! suspiró el banquero. ¡Como si los ricos fuéramos felices! Estamos agobiados de preocupaciones, de responsabilidades. La fortuna es un obstáculo a nuestras virtudes. No es muy difícil entrar en el paraíso, cuando tan fácil les sería a ellos si se resignaran. Y no se resignan, no creen ya en Dios. Sin Dios, todo se desquicia. ¿Por qué no se conforman los pobres con su suerte, como nosotros los ricos nos conformamos con la nuestra?

– Ya no les basta el sufragio universal, dijo el profesor. No les satisface esa ilusión que tan útil nos era. Ahora quieren arreglar por sí mismos sus asuntos. Nada más peligroso.

– Las leyes son deficientes, exclamó el general. La ley debe asegurar el orden, y no hay orden posible sin trabajo. La asociación de agitadores, la huelga, son delitos. El trabajo no puede cesar. En el instante en que el trabajo cesa, el orden se destruye. El trabajo es santo, es una plegaria, como leí ayer. ¿Acaso el espectáculo de Buenos Aires sin pan, peor que si la sitiara un ejército, es un espectáculo de orden? Yo, militar hubiera hecho fuego sobre los huelguistas. Los hubiera considerado extranjeros, enemigos de la patria. Aparte de que ellos declaran de que no tienen patria. ¡Sacrílegos! A mí, sin la patria, no sería posible vivir.

– Lo terrible no es que se nieguen a respetar y defender el orden establecido, dijo el profesor, sino que, con el pretexto de que no tienen patria, viajen por otras patrias, llevando consigo la rebelión y la dinamita. Buenos Aires está plagado de anarquistas rusos. Y sigamos elevando salarios, y disminuyendo horas de labor, para que el obrero -¡maldita cultura superflua!- compre libros o aprenda a fabricar bombas.

– En lo que hicimos bien, notó el banquero, fue en no autorizar aquí los mitins contra la nación amiga, o contra las autoridades amigas. Es equivalente.

–Sí, apoyó el general. Cualquier autoridad será amiga nuestra. Seamos lógicos. Lo confieso, yo estaré del lado de los cañones. No es sólo mi oficio, sino mi doctrina. Y si los rebeldes se resisten a construir cañones, obliguémosles a cañonazos. ¿Verdad?

Un criado anunció que el almuerzo se había servido. Los tres personajes pasaron al comedor, donde les esperaban las ostras y el vino del Rhin.

## «ME VOY...»

Muchos días después de acaecido, me enteré del fallecimiento de Blixén. ¡Quién habría sospechado que el hombre que dejé lleno de vida en Montevideo moriría antes que yo, que me estoy muriendo desde hace dos años! Y de cuando he leído sobre la desgracia de «Suplente», lo que me conmueve más es su frase en la agonía: «me voy... me voy...»

Sí; esto sólo podemos decir, que nos vamos. Y antes de irnos del todo, nos vamos yendo desde que nacimos, hora por hora, minuto por minuto. Nuestra carne cambia sin cesar sus moléculas, nuestro corazón cambia sus amores, nuestro espíritu cambia sus figuras. ¡Qué de cosas mueren a cada instante en nosotros! Nuestro pasado es un cementerio, y tiene que serlo para que el porvenir exista. No se avanza sin dar a algún horizonte la espalda. Hay en el mundo una irreductible cantidad de sombra, y amanece aquí porque anochece en otra parte. Si no olvidáramos, no respiraríamos. Sucumbimos cuando no es posible renovarnos. Entonces somos una gastada molécula del cosmos, una figura ociosa en el espíritu universal; entonces es la Naturaleza la que nos olvida, y morimos como habían muerto ya tantos recuerdos en nuestra memoria.

Nos vamos. Es muy sencillo. ¿Por qué marcharse había de ser más misterioso que llegar? Nos vamos con la eterna, la angustiada pregunta en los labios y en los ojos. ¡Tan angustiada, tan mezclada al dolor y al espanto fúnebre que compartimos con las bestias! Y sufrimos de lo que ellas quizá no sufren, de la imagen de nuestro cuerpo convertido en podrida carroña, de nuestras pupilas cegadas para siempre por la gusanera, de nuestra boca que tembló contra la boca de la mujer, y gritó y cantó al sol, condenada a comer lodo en el negro sumidero. Los que se han inclinado sobre el abismo y aseguran haber oído una respuesta, no oyeron sino el eco de sus propios sollozos. A los que han escuchado en silencio, ha contestado, el silencio. No son los vivos los que tienen la clave de las tumbas.

Basta la proximidad de la muerte para que sintamos la mentira de las soluciones metafísicas y religiosas. Nos vamos, y no sabemos a donde. Pero tampoco sabemos de dónde venimos y dónde vamos. Un profundo instinto nos advierte que de la ciencia no saldrán sino certidumbres negativas y siniestras. Gracias a la ciencia, nuestras manos se incrustan más y más adentro en la realidad exterior y nos hacemos más fuertes; gracias a ella, en cambio, la realidad exterior nos penetra con el frío de sus leyes fatales, y nos oprime bajo su zarpa inmóvil el cerebro, haciéndonos más duros y más tristes. La ciencia nos arma para la vida, y nos desarma para la muerte.

¡Ay! Queremos la paz. No la alegría, no la felicidad, sino la paz, es decir, queremos librarnos del miedo a la muerte. Ese miedo es el fondo de todas nuestras cobardías íntimas, de todas nuestras verdaderas derrotas, de todo lo que no nos perdonamos. El que no consiguió nunca dominar ese miedo comprende que su vida ha sido totalmente inútil. Y siendo absurdo buscar la paz por medio del pensamiento, debemos buscarla por medio de la acción, a semejanza de los santos y de los héroes. La acción hiere al Universo, y tal vez, a ciegas, logremos despertar y obligarle a mudar de rumbo. El heroísmo sube a una región en que la muerte y la vida se confunden y se explican la una por la otra. ¿Y cuál es la acción heroica, la acción buena?, interrogarás. ¡Ah! Imposible equivocarnos. Es la que nos permite pensar sin terror en la muerte.

Hagamos pues, el bien. Aprovechemos el secreto remedio para afrontar en calma lo desconocido. Ya que es necesario marcharnos, marchémonos en paz.

¡Pobre Blixén! Se fue. Y también nosotros nos iremos, como dice la copla.

## LA OBRA QUE SALVA

Casi siempre que el telégrafo nos anuncia el fallecimiento de un hombre ilustre, se nos advierte que el condenado trabajó hasta el fin. Coquelín estudiaba el papel que le había confiado Rostand; Mendes escribía una comedia; Nogales, ciego a consecuencia de la enfermedad que le aquejaba, dictaba artículos a su hija. No cito sino desgracias recientes. Esos cadáveres, con la herramienta en la crispada mano, nos dan una lección.

Nos es permitido creer que el trabajo es indispensable a la escasa felicidad que puede encontrar en la vida. No el trabajo esclavo, el trabajo que repite, sino el trabajo libre, el trabajo que crea. El primero es una inútil tortura, y la mayor parte de nosotros estamos sujetos a su ignominia; el segundo es una emancipación gloriosa; y Dios, al contemplar de qué modo ha embellecido y ensanchado el universo, aquello que por castigo nos impuso, debe estar lleno de asombro. Deseemos que en el porvenir sean las máquinas las que se encarguen de ejecutar inhumanas labores, libertando la inteligencia del obrero servil, y haciéndole participe de la alegría máxima. Sin duda sería mezquino y vano pretender vivir sin dolor; nada tan despreciable como el ser que consiguiera mantenerse indiferente o satisfecho ante el espectáculo de las cosas. El dolor es un elemento normal en el mundo. No sufrir es un síntoma patológico. O los nervios se desorganizan, o el alma se pudre. Se trata de utilizar el sufrimiento, y sobre todo se utiliza lo que se ennoblece.

La vida es un drama misterioso. No lo comprendemos, pero conocemos bien los instantes en que la acción se vuelve decisiva y suprema, y sabemos, vendados los ojos, que en cierta medida de nosotros depende aumentar la hermosura del destino. ¿De qué manera? Siendo lo que somos, realizándonos, renovándonos en la obra. Nacemos con inmensos tesoros ocultos, y la verdadera desdicha es la de hundirnos en la sombra sin haberlos puesto en circulación, así como la dicha verdadera consiste en la plenitud del organismo entregado por entero a lo que no es él. La solución egoísta es la peor, porque es insignificante. ¡Qué tristeza, llegar intactos y con los bolsillos repletos a la tumba! No defraudemos a lo desconocido. No desaparezcamos a medio consumir. Que la muerte nos sea natural.

En la lucha por afirmarnos y prolongar nuestro grito, disponemos de recursos muy superiores a los de otras especies. El animal vence al tiempo gracias al amor físico. Nosotros poseemos además la prodigiosa matriz del genio. Y convenzámonos de que todos, microscópicos o gigantes, tenemos el genio; todos traemos algo nuevo a la tierra. Hay que descubrirlo; hay que beneficiar el metal del espíritu, y trabajar es trabajarnos. El sexo asegura la carne de la próxima generación, y el genio prepara los materiales para el genio futuro. Sin el trabajo que edifica y conserva la cultura de hoy para el trabajo de mañana, la humanidad estaría detenida en un perpetuo comienzo. Nuestra persona continuaría, por breve espacio, y fragmentariamente, representada en nuestros hijos, que a veces son nuestra antítesis, y a veces nuestra caricatura. Combatiríamos al azar, privados del monumento, de la estatua, del cuadro y del libro, naves sublimes con que cruzamos el océano de los siglos.

Es por la obra que nos ponemos en contacto con la enorme esfinge. No es seguramente como espectadores que descifraremos el enigma de la realidad, sino como actores. El trabajo hace la autopsia. No extrañemos la calma con que los héroes del arte y de la ciencia aguardan el término necesario de sus tareas. Para ellos, para su sensibilidad maravillosa, la vida es un viaje divino y resplandeciente: mueren fatigados y encantados; así se duermen los niños en la mesa, sobre sus cuentos de hadas, cuando viene la noche. El mayor problema filosófico es reconciliarnos con la muerte, y quizá lo resolvamos mediante la obra. De la adoración a la obra propia, nos elevamos al culto de la obra colectiva. Pensaremos en lo pobre, en lo ruin que sería a la larga una sociedad de inmortales, aunque estuviera compuesta de Newtons, Homeros y Césares. Pronto agotaría sus recursos; pronto giraría, estéril, en la presión de la forma única, y



reclamaría desesperada una salida hacia la negra inmensidad. Entenderemos que la muerte es la gran renovadora, que es ella quien nos destruye, sino quien nos engendra, y acogiendo maternalmente los trabajos de las venideras centurias, no sólo diremos, como el poeta a su poesía: «Ya puedo yo morir, puesto que tú vives»: diremos también: «Muramos contentos para que vivas tú, ¡oh poesía universal!»

## CASTIGOS CORPORALES

Se pega en el presidio, en el cuartel, en la escuela. Se pega en todos los países. Conocen el clásico knut ruso, el «cat of nine tails», gato de nueve colas inglés, el rebenque gaucho. ¿Qué policía no sacude el polvo a los clientes alborotadores? El semi-tormento militar del cepo y del plantón se usa corrientemente. Pero se pega menos que antes; se pega de una manera disimulada, avergonzada; tenemos el pudor del látigo. Lo que no quita para que algunos reglamentos fijen todavía, con ingenuidad, los castigos corporales. En varias cárceles de Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Estados Unidos se administran hasta treinta o cuarenta azotes. El señor Mimande ha visto en Sydney, canaletas para retirar la sangre. Hace poco el comité del Consejo de Educación de Londres resolvió que as maestras se limiten a golpear con la mano abierta, sobre la mano o el brazo de los bebés. Respecto a los mayorcitos, se prohíbe que se les golpee en el cráneo o en la cara; ha de elegirse una parte donde no haya peligro de «daño permanente». Esto no me sosiega del todo; el resultado de una paliza es también «función», como dicen los analistas del número y de la fuerza de los palos. Un bastonazo en las nalgas es preferible a uno en las narices; dos mil bastonazos matan en cualquier sitio que se den. Cierta regimiento quinto, de que ustedes tendrán noticia, ha dejado sin existencia a unos cuantos ciudadanos, y a otros más dichosos, solamente sin trasero. En Corea, donde se empleaba para acariciar a los ladrones, una plancha de encina de seis pies de largo, se ha observado que al décimo golpe la madera sonaba ya contra los huesos desnudos.

La escasa excitabilidad nerviosa de las razas amarillas exige un exceso de rigor. Salvo en Rusia -asiática a medias- Europa no soporta el espectáculo de la tortura de Montjuch y demás establecimientos inquisitoriales; son excepciones que nos horripilan. La pena capital, a pesar de la rapidez quirúrgica con que se inflige, lastima igualmente nuestra sensibilidad, esa consejera hipócrita de que estamos tan vanidosos.

Entendámonos. Pegar en el hogar o en la escuela es una sandez irremediable; cuando le preguntaron a Carrière qué método le parecía mejor para evitar las guerras, el artista confesó: «No injurien, no golpeen a sus hijos; los hombres se devuelven de grandes los golpes que reciben de pequeños». ¿Pegar en el presidio? ¡Oh! la tortura no es una terapéutica, mientras que el delincuente es un enfermo, y la sociedad que produce al delincuente, está más enferma aún; no son castigos y venganzas lo que necesitamos, sino médicos, sobre todo médicos sociales. ¿Jueces? ¿Para qué? ¿Juzgar antes de comprender? Y si algo comprendemos, es que el código constituye la causa principal del delito. ¡No se escandalicen!... consideren que el código mantiene a todo trance la actual distribución de la riqueza, es decir, la actual distribución de la miseria, ¿y qué es la miseria sino la madre del delito, como lo es de la ignorancia, de la desesperación, del alcoholismo y de la tuberculosis, la madre de la muerte? ¡Sí, el mundo es un inmenso hospital, pero nuestro botiquín es tan reducido! ¿Por quién esperar? ¿Por los Soleilland? ¿Por los asesinos y los estupradores? Si la tortura previene la reincidencia, torturen. La tortura es barata y expeditiva. Torturen, respetando la salud física del sujeto. Tortúrenle y suéltelo. Es más feroz, más ruin y más caro meterle en una celda, donde se volverá primero tísico y después idiota.

Las celebridades del crimen suelen gozar de privilegios. Para ellas, el proceso es a veces una apoteosis y el presidio un sanatorio. Gallay, insigne bandido, escribía desde la Guayana, lugar de su deportación: «con alimento sano y ejercicio moderado, se vive aquí muy bien... los condenados oscuros, los de provincias, sucumben pronto, pero la administración mimosa a los asesinos famosos, cuyo nombre permanece en la memoria del público... disfrutan un clima benigno, y no trabajan... yo miro la Guayana como mi residencia definitiva... voy a rehacerme una posición... en Francia esta anémico; me he repuesto enteramente en el presidio». Lucheni, el matador de la anciana emperatriz Isabel de Austria, habita un cómodo cuarto en el segundo piso de la prisión de Ginebra, con luz eléctrica, timbre, espejos y biblioteca de autores clásicos. Gracias a su estúpido crimen Lucheni ha conocido los calzoncillos y las medias Montesquieu, Rousseau, Pascal, Montaigne, café con leche y chocolate de primera calidad. Entre tanto, la honradez tiene hambre, y los niños, los santos niños que abren los pétalos de una vida al amor del sol y al odio de los hombres, se pudren por millares en los estercoleros de la civilización... ¿Qué quieren? ¡Somos tan sensibles, tan buenos, tan compasivos! Contentémonos con que a Lucheni no le falte su chocolate...

Vale más Torquemada que ustedes, cocodrilos filantrópicos, hoteleros de Lucheni y compañía, vicentinos de la prudente limosna, implacables conservadores de la miseria. Están enfermos también. Los curaremos, cuando les llegue el turno, y por cierto que no será con lágrimas ni con chocolate. «¡Sean duros!», decía Nietzsche, en cuyo cerebro de poeta furioso no cabían a un tiempo la dureza y el altruismo. Seamos duros, digo yo, pero no como espada. Seamos duros como el bisturí.

## EL CENTENARIO

El año pasado, un profesor dinamarqués -Karl Larsen- con el fin de averiguar «el estado de espíritu de un pueblo durante una guerra», reunió dos mil cartas y documentos íntimos, referentes a la campaña de Austria y Prusia contra Dinamarca en 1864: correspondencia entre los soldados y sus familias. La mayor parte de los combatientes desean «volver lo antes posible al seno de los suyos». Mientras tanto, «lo que les preocupa hasta lo sumo es la alimentación». Las madres recomiendan a los hijos «que no se mojen los pies», o «que se preserven de las balas». Eso es todo. Ninguna alusión al patriotismo.

¿Qué concepto tienen de la patria los encargados de defenderla con su vida? Arsenio Houssaye, en 1907, interroga a los reclutas sobre las glorias francesas.

He aquí lo que se obtuvo:

- ¿Qué sabe usted de Juana de Arco?
- Era un grande hombre que hacía guerra.
- ¿Y Bayardo?
- Un gran marino.
- ¿Y Luis XIV?
- Un antiguo oficial. Fundó escuelas.
- ¿Y la revolución francesa?

- Tuvo lugar a causa de la muerte de Luis XIV.
- ¿Y Napoleón I?
- Fue emperador del mundo durante cien días.
- ¿Y la Alsacia-Lorena?
- Una gran ciudad de Francia.
- ¿Y Austerlitz?
- Un embajador.
- ¿Y las colonias?
- Es donde se envían los criminales y los niños abandonados.
- ¿Y Víctor Hugo?
- Inventó la vacuna.

Etcétera, etc.

Dirán que la masa ignora, pero siente.

Sin embargo, ¿a qué se reduce un sentimiento que no se manifiesta en palabras y actos habituales? Conversen con un labrador, con un obrero; se ocupará de sus cosas, de su oficio; nadie les hará suponer que piensa en la patria. Escarben en él, toquen la tecla de las aspiraciones colectivas, y verán que su región le interesa más que su país, y su aldea más que su región.

Para que estalle su sentimiento patriótico sería necesario una invasión extranjera, y aún aquí jugaríamos con el vocablo, de tal modo el instinto de defensa de sí mismo, de la casa, de la hembra y de la prole es anterior a las patrias constituidas.

Sospecho que tampoco se ocupa de la patria el ingeniero ni el médico, ni el agrónomo ni en general nadie que produzca, a no ser que esté contaminado del microbio político. Se habla de la patria donde se sirven de ella en vez de servirse de la propia labor. No hablan a cada momento de la patria los que la engendran, sino los que la explotan.

La Argentina, ese magnífico sistema de energías, saludadas por cuantos comprendemos que las energías nuevas sean las que sean, contribuyen, en virtud de la asociación o de la lucha, a empujar el mundo hacia delante, la Argentina cometería un error si diera a su centenario un alcance exclusivamente patriótico, en lo que el patriotismo tiene de celoso, hostil a lo que no es él, aislador, subrayador de fronteras. Si la Argentina exaltada por la solemnidad de la hora, imagina que es la idea de la patria quien ha presidido a su soberbia prosperidad, yerra en absoluto. Dejemos esas cándidas mitologías a los manuales de instrucción primaria. No es el culto de la patria lo que ha hecho grande a la Argentina, sino el trabajo, y el trabajo moderno, lejos de subrayar fronteras, acabará por barrerlas y borrarlas, devolviendo al hombre su patria «celeste» -el astro en que vive.

Los argentinos son grandes por ser ricos -¿y no es hoy la riqueza de índole esencialmente internacional? ¿Qué le importa al ganadero de la Pampa vestir con lana de sus ovejas al

argentino o al inglés? ¡La libérrima Francia colma de oro a la despótica Rusia, presta dinero a Servia, para que compre fusiles alemanes, y vende minas de hierro a la casa Krupp! ¿Qué industrias son las que invocan la patria, sino las industrias culpables, organizadoras de la matanza, y a las industrias débiles, que por producir caro y malo bloquean fronteras a golpe de tarifa, encerrando en el territorio nacional, con objeto de esquilarlos, a los consumidores indefensos?

Los argentinos son grandes y fuertes porque son ricos, y son ricos porque han trabajado -si es lícito llamar argentinos también a los inmigrantes llovidos de todos los rincones de la tierra- ¿y no es hoy el trabajo de índole esencialmente internacional, por serlo la ciencia, directora única de las técnicas contemporáneas? ¿Hay un método argentino de proyectar un ferrocarril, administrar un banco, construir un buque? ¿Creen que los abonos con que el argentino fecunda sus campos obran de una manera argentina? ¿Creen que el oxígeno y el hidrógeno se combinan de un modo argentino en las aguas del Plata? ¿Creen que existen fenómenos que obedezcan a leyes argentinas o brasileñas? La realidad objetiva no tiene patria, y los hombres se han resuelto a fecundar su destino en localidades.

Si un médico argentino descubre la curación de la tuberculosis, ¿con qué derecho se apropiaría la Argentina la honra del descubrimiento? El internacionalismo de la ciencia ha llegado al extremo de que el sitio donde ha de surgir un resultado es cuestión de azar. Todo colabora en todo, y nos estamos acercando a una época de cooperación indivisible, en que no habrá nación ni ciudadano que pueda reivindicar progreso alguno como propiedad suya.

El Centenario, para los que miran en la patria una transición a la humanidad, es la fiesta del trabajo americano, es la conciencia de un vasto organismo, vibrante de esperanzas y ansioso de esparcir a los cuatro vientos del planeta los gérmenes generosos de su juventud.

-----

Rafael Barrett

-----

## **SU ORDEN Y NUESTRO DESORDEN**

### **AMIGOS Y ADVERSARIOS**

Después de largo y rudo viaje de siembra, de idas a través de todo el continente de esta América del Norte, recorrida entre la benévola atención de los hombres de buena voluntad en los cuales, más que con la modesta palabra, con los ojos he comprobado la amarga realidad de la palidez extrema de nuestro mundo, víctima de tantos males y azotado por tantas iniquidades, cuando aún podría ser el paraíso terrenal de la leyenda, ya que el sol continúa siempre madurando en abundancia, con su benéfico calor, espigas y vides; ahora que llegué, después de tantas etapas a lo largo del camino, de horas para mí dulces y de palabras dichas en servicio del ideal, de Nueva York, asentada en la orilla del inmenso Atlántico y desde donde la estatua de la Libertad promete con su simbólica luz la emancipación integral al mundo, a esta San Francisco muestra, sobre la orilla del Pacífico, este otro extenso Océano, que de Pacífico sólo tiene el nombre, dejen que después de haber vuelto a ver con los ojos y con la palabra todas las miserias de la vida presente, lleve hoy la mirada hasta la visión, por lejana que esté del oasis del reposo, al oasis que la humanidad busca en este su fatigoso y secular viaje entre luchas y dolores, guiada por la esperanza.

Dejen que aquí, donde la maldita fiebre del oro aviva el incendio del desierto social, salvajemente civilizado, afirme la posibilidad científicamente demostrada de una armonía en la vida colectiva de las fuerzas con las necesidades; la armonía que todos invocan sin darse

cuenta de que únicamente puede realizarse con el triunfo de nuestra idea tan vituperado, perseguida y no comprendida: la idea anarquista.

Y nuestra ciencia no es aquella que de las cátedras oficiales lanzan algún doctorado en el arte de sostener ideas e instituciones demolidas o vacilantes, ciencia formada con débiles providencias y con eruditas meditaciones. Nosotros procuramos arrojar en los surcos toscos o alegres de la existencia colectiva, -tal cual es hoy, tal cual se presume será mañana-, tantas mieses de realidad gris y de esplendorosas verdades, como hallará la hoz que quiere prepararnos el pan del venidero verano fructuoso y fraterno. Ciencia, -en el sentido positivo y moderno de la palabra-, es la nuestra de la que estamos seguros; que tiene su fuerza en la sinceridad y fijos los profundos ojos en la justicia; ciencia que se hace arte, aunque no este arte afortunadamente desaparecido con los dioses, sino aquella actividad viril del pensamiento que busca la belleza, que suscita en nuestras almas los tumultos sagrados en pro de la verdad y de la libertad.

Frágil y escarnecido es nuestro manípulo, ¿pero, qué importa?; precisamente por esto levantamos con mayor entusiasmo contra las humanas iniquidades nuestros oriflamos de batalla, rojos como la aurora inevitable de la victoria y negros como el dolor social desmesurado que en torno nuestro vemos cómo rompe los cuerpos y las almas. Nosotros vemos ondear en las horas de melancolía estas banderas al viento, todas desplegadas, y no nos importa que otros hagan como si no las vieran. Pocos ojos abiertos y penetrantes saben verlas, porque son mejor que jirones de tela colorada las mismas verdades sociales detrás de las cuales estas pocas de la humana colmena, se han situado esperanzadas. Sin embargo, el vivac de los voluntarios de la libertad perdido en la landa, brilla al par de una etapa que nos parece buena gloria... El oriflama de nuestro pensamiento ondea en la hora vil y nos da valor en la soledad, llena de espinas lacerantes y de crueldades amenazadoras que a veces nos rodea.

Y es que oímos cómo surgen de la noche profunda los suspiros de todos aquellos que sufrieron, que lucharon, y que no habrán esperado en vano si la vida, que es la nueva verdad de la ciencia y del arte, triunfo de la muerte, y la luz de las tinieblas.

-----

Para que la vida triunfe de la muerte, para que el trabajo triunfe del ocio, han levantado los anarquistas el grito de emancipación de todas las tiranías del cuerpo y del espíritu.

La noble afirmación antirreligiosa y antiautoritaria refulge mayormente como verdad demostrada por los hechos, y como necesidad hija de las necesidades de los nuevos tiempos. De hecho contra la libertad del pensamiento y contra la libertad de la acción, se han dado la mano los sacerdotes de la violencia y los violentos contra la razón.

Los hombres que viven del tremendo juego de la espada y del fusil, y que del matar, del matar en bloque, del destroz a metrallazos las vidas juveniles y sanas, han hecho un arte sapiente, - y los hombres que viven sobre las hipotecas de una vida futura, espantosamente eterna, de alucinar en las almas sedientas de felicidad terrena la visión exacta de la realidad-, uno y otros se han encontrado en los dinteles del viejo edificio social, lleno de grietas y retoques, y corren a repararlo.

– «La salud está en la fe», -salmodian los unos.

– «En las armas está la gloria», -truenan los otros.

Y el salmo de la renunciación, el cántico fúnebre de la maceración, la blasfemia a la vida, -con la santificación de la muerte-, surge de los templos con el estertor desesperado de las cosas que no quieren morir.

La guerra truena aún con sueños de exterminio coronado de laureles; responde con otra guerra a los cuerpos y a las almas: la guerra moderna de la que todos, hasta los mismos héroes, tienen miedo; guerra sorda y exterminadora aun en tiempos de paz.

Ahora bien: el sacerdote y el soldado, el que miente y el que mata, por boca de sus periodistas, a tanto la línea, acusan a los socialistas y a los anarquistas, a estos últimos especialmente, de ser fautores de desorden.

-----

Todos ustedes han sentido y leído mil veces esta calumnia, a menudo inconsciente, pero a menudo también concienzudamente lanzada, con la cual el ideal anarquista es agredido por sus enemigos y de cuantos temen por sus propios privilegios su acción igualadora, o de aquéllos que son tan pequeños de corazón y de cerebro que no saben interpretar su íntimo sentido, tan simple, no obstante, que lo mismo puede comprenderlo el hombre de ciencia que el analfabeto, a condición de que en el primero la ciencia sea ávida de conocer y en el segundo la ignorancia sea como vestido de que anhela uno despojarse, y que en ambos el deseo de la verdad vaya acompañado de la sed insaciable de justicia, de amor, de bienestar, de paz y de libertad para todos.

Esta calumnia que los diccionarios han sancionado, sostiene que la ANARQUÍA significa desorden. Desde los más remotos tiempos de la civilización helénica en que las libres de la Grecia fueron despojadas de sus derechos y los tiranos pusieron su pesada planta sobre Esparta y Atenas, la palabra ANARQUÍA fue empleada en sentido de escarnio y de vituperio, para indicar los momentos de interregno, entre la muerte de un déspota y el nombramiento y subida al trono de su sucesor, momentos que el hábito de la esclavitud hacía parecer confusión, como si tiranía fuera sinónimo de orden, como si el orden mantenido con el látigo fuera preferible al desorden natural que en los primeros instantes suele seguir a la caída de una tiranía.

Fautores de desorden se llaman a cuantos hacen profesión fe revolucionaria. Pero díganme, por favor, ¿es orden esto que no se mantendría siquiera un día si no estuviera sostenido por la violencia; esto que los gobiernos defienden con tanta profusión de medios policíacos y bélicos? ¿Es acaso orden la sociedad en que vivimos, en la cual el bienestar, mejor, la orgía de la existencia, se permite únicamente a pocos privilegiados que no trabajan, y que por consiguiente nada producen, mientras la multitud de los trabajadores, condenados a la fatiga y a penas, poco o nada pueden gozar de tantas riquezas por ellos solamente creadas? Si esto es orden, ¿por qué, pues, la fuerza de las armas, de las esposas, en una palabra, de la prepotencia gubernativa para mantenerlo?

¿El orden admirable de la Naturaleza tiene acaso necesidad de otras leyes, fuera de las rígidas e inviolables de que depende toda la existencia de las cosas, el desarrollo de los hechos y de los fenómenos? No; porque este es el verdadero orden, y sus leyes son en todas partes obedecidas sin necesidad de guardias civiles, porque si alguno las desobedece, en su desobediencia halla el merecido castigo. Prueben a rebelarse contra la ley de la gravedad y obren como si no existiera; arrójense en el vacío sin sostén ninguno, y la caída será inevitable. Precisamente por esto nadie piensa, fuera de los locos, en obrar en oposición con las leyes de la Naturaleza, las únicas que verdaderamente son tales y no las otras, claro está que se quieren sean gabelazas y no son otra cosa que la moral artificial de las supersticiones religiosas.

¿Qué gobernante, por ejemplo, fuera o por encima de las evoluciones fatales de la fuerza y de la materia, osaría o podría mandar policías o dejar sentir autoridad extraña para regular la marcha de los mundos por el espacio o la irrevocable sucesión de las estaciones?

Lo real es, al contrario, que hoy los Gobiernos existen con el pretexto de garantizar el orden, porque éste no es el verdadero orden. Si verdaderamente fuera orden, repito, no tendría

ninguna necesidad de armas y de esposas, ni de la violencia autoritaria del hombre sobre el hombre para mantenerse. Al contrario de lo que hoy cree la mayoría, el orden defendido contra nosotros, iconoclastas impenitentes, con tanta profusión de leyes restrictivas de la libertad y tanta policía, es precisamente el caso legalizado, la confusión reglamentada, la iniquidad codificada, el desorden económico, político, intelectual y moral, erigido en sistema.

Se dice que las leyes y los gobernantes que las ejecutan son para mantener el orden en interés de los débiles contra los fuertes. ¿Pero, hay alguien que aún crea esto en serio? ¿Quién no ve que en todas partes sucede todo lo contrario? Díganme, por ejemplo, ¿en qué huelga, en qué conflicto entre capital y trabajo, las fuerzas del gobierno han defendido seriamente a los obreros, que son los más débiles, contra sus patrones, que son los más fuertes? No tan sólo no lo han hecho nunca, sino que al decir de los mismos gobernantes, éstos permanecen «neutrales», para vigilar que ni unos ni otros salgan violentamente de los límites de la contienda pacífica y civilizada, como si fuera buena y honrada neutralidad asistir a la lucha de un niño débil y desarmado, con un hombre robusto, e impedir que otros sacudan en auxilio del primero o que el niño emplee otras armas que no sean sus pobres músculos infantiles. Y esto, en la hipótesis más favorable y que menos corresponde a la verdad, ya que, a pesar de su tan cacareada neutralidad en las luchas entre capital y trabajo, siempre intervienen los gobernantes fraudulentamente o abiertamente en auxilio del primero contra el segundo, del fuerte contra el débil.

Y no puede ser de otro modo, porque el gobierno actualmente no es más que un instrumento de defensa del privilegio capitalístico, como en la Edad Media lo era del privilegio feudal, como en todos los demás tiempos y en todas las civilizaciones que se han sucedido en el mundo, lo fue siempre de los ricos en daño de los pobres. Y siempre con el pretexto de mantener el orden.

Precisamente porque la cuestión económica es la base de la vida individual y social, los gobernantes, hasta los elegidos aparentemente por el pueblo, en realidad obran en interés de los patrones, cosa que ustedes mismos pueden comprobar en esta llamada libre América, en la que, muy a menudo, la prepotencia y la violencia gubernativa más feroz, pesa en la balanza de la contienda entre el capital y el trabajo, a favor del primero, como la espada de Brenno, y lanza arrogantemente a los proletarios que osan protestar la inicua y burlona palabra: «¡Ay de los vencidos!»

-----

El estado, el poder ejecutivo, el judicial, el administrativo y todas las ruedas grandes o chicas de esta mastodóntico mecanismo autoritario que los espíritus débiles creen indispensable, no hacen más que comprimir, sofocar, aplastar cualquiera libre iniciativa, toda espontánea agrupación de fuerzas y de voluntad, impidiendo, en suma, el orden natural que resultaría del libre juego de las energías sociales, para mantener el orden artificial -desorden en substancia- de la jerarquía autoritaria sujeta a su continua vigilancia. Magistralmente definió Juan Bovio el Estado: «...opresión dentro y guerra fuera. Con el pretexto de ser el órgano de la seguridad pública, es, por la necesidad, expoliador y violento; y con el de custodiar la paz entre los ciudadanos y las partes, provoca guerras vecinas y lejanas. Llama bondad a la obediencia, orden al silencio, expansión a la destrucción, civilización al disimulo. Como la Iglesia, es hijo de la común ignorancia y de la debilidad de la mayoría. A los hombres adultos se manifiesta tal cual es; el mayor enemigo del hombre desde que nace hasta que muere. Cualquier daño que pueda derivar a los hombres de la ANARQUÍA, será siempre menor que el peso que el Estado ejerce sobre ellos».

Hacen creer los gobernantes, y el prejuicio es antiguo, que el gobierno es instrumento de civilización y de progreso para un pueblo. Pero si bien se observa, se verá que, al contrario, todo el movimiento progresivo de la humanidad es debido al esfuerzo de individualidades, a la iniciativa anónima de las multitudes y a la acción directa del pueblo. El mundo ha marchado siempre hasta el presente, no con ayuda de los gobiernos, sino a pesar de éstos, y en éstos

hallando siempre el continuo obstáculo directo e indirecto a su fatal andar. ¡Qué de veces los más gloriosos innovadores en ciencias, en arte, en política, no hallaron su camino barrado, mucho más que por los prejuicios y por la ignorancia de las multitudes, por los andadores y por las persecuciones gubernativas!

Cuando el poder legislativo y el gobierno aceptan y satisfacen en forma de ley o de derecho, alguna nueva petición salida de la conciencia pública, es después de innumerables reclamaciones, de agitaciones extraordinarias, de sacrificios mil del pueblo. Y cuando los gobernantes se han decidido a decir sí, a reconocer a sus súbditos un derecho, y, mutilado y desconocido, lo promulgan en los códigos, casi siempre aquel derecho se ha hecho anticuado, la idea es ya vieja, la necesidad pública de tal o cual cosa no se siente ya, y entonces la nueva ley sirve para reprimir otras necesidades más urgentes que se avanzan, que tienen que esperar a ser esterilizadas, hipertróficas, antes de que las reconozca una ley sucesiva.

Todo aquel que ha estudiado y observado con pasión los partos curiosos y extraños del genio legislativo<sup>1</sup>, las leyes pasadas y las presentes, queda sorprendido al ver el sutil fraude que logra gabelar por derecho el privilegio, por orden el bandidaje colectivo, por heroísmo el fratricidio de la guerra, por razón de estado la conculcación de los derechos y de los intereses populares, por protección de los honrados la venganza judicial contra los delincuentes, que, como dice Quetelet, no son más que instrumentos y víctimas, al mismo tiempo, de las monstruosidades sociales.

Y cuando nosotros queremos combatir estos males, causa y efecto juntamente de tanta infamia y de tantos dolores, para derribar todo lo que dificulta el triunfo de la justicia, se nos llama «factores del desorden».

Cierto; propiedad, estado, familia, religión, son instituciones que algunas merecen la piqueta demoleadora y otras esperan el soplo purificador que las haga revivir bajo otra forma más lógica y humana. ¿Pero, querrá esto decir seriamente que se pasaría del «orden» al «desorden»? ¿Quién no desearía entonces, si se diera voz a tan contrario significado de las palabras, el triunfo del desorden?

Pero si las palabras conservan su significado, no pueden los anarquistas ser llamados amigos del desorden, ni aún considerado esto desde el punto de vista único de revolucionarios. En este histórico período de destrucción y de transición entre una sociedad que muere y otra que nace, los actuales revolucionarios son verdaderos elementos de orden. Tienen éstos en sus fosforescentes ojos la visión de la sublime idealidad que hace palpitar el corazón de la humanidad, que la empuja hacia el infinito ascendente camino de la historia.

Después del estampido del trueno, brilla sobre la cabeza de los hombres el bello cielo luminoso y sereno; después de la vasta tempestad que purifique el aire pestilente, estos militantes del porvenir señalan la primavera florida de la familia humana, satisfecha en la igualdad y embellecida con la solidaridad y la paz de los corazones.

-----

Sería tarea interminable repetir en extenso toda la crítica, todas las razones revolucionarias con las viejas instituciones de la sociedad capitalista y autoritaria. Pero bueno será insistir sobre la importancia máxima del problema económico en relación a toda vasta cuestión social, problema económico que no será resuelto sino por la socialización de la propiedad.

Como decía Elleró, la propiedad individual es funesta generadora de todos los delitos; pero si hoy, siendo privado privilegio de pocos, es causa de explotación y de innúmeras miserias morales y materiales, mañana, cuando la posea en común (no fraccionada y dividida), la entera

---

<sup>1</sup> El autor es abogado. (N. del T.)



sociedad, se transformará naturalmente en base económica de la solidaridad universal. En pocas palabras, si la propiedad privada es la base del «orden» actual (o sea un verdadero desorden), la propiedad social, común, será la base de orden nuevo, del verdadero orden.

Caerán entonces los privilegios de clase y de casta, y las clases se fundirán en una sola familia de iguales. Teniendo todos los hombres los mismos intereses y los mismos deberes en las relaciones recíprocas, ningún trabajo será más despreciado que otro, puesto que todos, hasta los ahora considerados como más abyectos, son nobles, porque son útiles al hombre, y todos más o menos necesarios para la convivencia social. El trabajo estará dividido según las aptitudes, la capacidad y el ingenio de cada uno, tan noble y respetado el trabajo intelectual del médico, del ingeniero y del maestro, como el del obrero de los talleres. Cada uno prestará el concurso de su labor en la corporación de artes y oficios a que pertenezca, según sus propias fuerzas, y la producción de los diversos géneros de trabajo, las cosechas de los campos, los productos de la industria y del arte, estarán a disposición de todos para que satisfagan íntegramente sus necesidades.

Convertido el trabajo en obligación para todos, la producción quedará con ello acrecentada hasta el punto de ser más que suficiente a las necesidades de cada uno, mientras que en la división del trabajo entre un número de personas bastante mayor del que hoy produce para todos, (sin contar las máquinas y la aplicación de energías útiles, en vez de las inútiles aplicadas actualmente, como, por ejemplo, en las guerras y oficinas del Estado), ahorrará a cada trabajador muchas horas de fatigas. Y las horas ganadas a la fatiga podrán ser destinadas, y sin duda alguna lo serán, a cultivar la inteligencia y el corazón con la ciencia y las artes. Los padres y las madres del porvenir, sobre todo, tendrán tiempo suficiente para poder ser los primeros educadores y maestros de sus hijos, los cuales, en su infancia, no se verán, como hoy, costreñidos a un trabajo opresivo. En cambio, habrá para ellos las escuelas, en que, con un régimen de libertad y de ternura, se les ayudará a dar los primeros pasos por el camino de la vida, y su mente podrá abrirse a todas las cosas bellas y buenas.

Cada hombre es hijo de la educación y de la instrucción que recibió cuando niño. La educación del corazón hará a los hombres buenos y honrados; la de su cerebro, les iluminará contra las tinieblas de la ignorancia, primera enemiga de la libertad. De este modo podrá desarrollarse más en los espíritus de los hombres futuros el sentimiento de la fraternidad y del amor que unirá a todos los trabajadores en una familia feliz y tranquila, y el brutal egoísmo cederá el puesto a la solidaridad para el bienestar de todos.

Tala es nuestro ideal de «desorden», por o que concierne la cuestión económica, y ustedes pueden ahora juzgar y compararlo con el delicioso «orden» actual, mantenido con las bayonetas, los cañones, y las cárceles; un orden de cosas en el cual casi todos los que trabajan se fatigan y producen obreros, artesanos, campesinos, son pobres y se empobrecen más cada día que transcurre a beneficio de un puñado de ociosos, para los cuales crearon el bienestar, quedando ellos en el fondo del infierno social debatiéndose entre los tormentos del hambre crónica y las tinieblas de la ignorancia, verdaderos condenados de la vida, galeotos de la sociedad civilizada.

¡En verdad que es un extraordinario «orden»... como extraordinarios nos parecen los que de buena fe lo defienden!

-----

A menudo nos acusan asimismo de que queremos subvertir el «orden» de las familias. ¡Bellísimo orden éste, por cierto! Pero, ¿de qué orden nos hablan nuestros señores adversarios y de qué familia? ¿Tal vez de las familias obreras, que los sistemas del industrialismo moderno tienden cada día más a destruirlas, arrebatando horas y más horas a los padres y quitándoles la posibilidad de educar a sus hijos, muchísimos relegados, desde su más tierna edad, a estos presidios de la explotación que vemos en las grandes ciudades? ¿O acaso se quiere hablar de

la familia tal como se forma en la mayoría de los casos en las clases ricas? En esta clase, el matrimonio -y muy a menudo también en las otras-, no pasa de ser un simple y vulgar contrato de intereses. El «buen partido»: he aquí lo que se busca en la jerga del mercantilismo matrimonial cuando se quiere crear familia, y, como suele decirse, se es práctico. Y el «buen partido» no es siempre una persona amada; al contrario. En los contratos matrimoniales, el objeto principal es una mejora de condiciones para los dos contrayentes, en cuya unión el amor no entra para nada, como en cualquiera compra-venta de mercaderes.

Si éste es el «orden» de la familia, ciertamente nosotros queremos lo opuesto, y ciertamente nosotros queremos su desaparición. Pero querer la desaparición de este mercantilismo vulgar y egoísta, que es el matrimonio, no significa querer la destrucción de la familia, considerada como unión espontánea de afectos y de simpatías, ya que la mentira convencional del matrimonio nada añade al amor, y sí mucho le arrebatada, si verdaderamente existe amor en los dos que se unen con el alma más que con el cuerpo. Queremos la purificación de estos tiernos afectos del ánimo humano, quitándole los elementos heterogéneos que los adulteran y corrompen. Y esto lograremos cuando el cambio de las condiciones económicas de la sociedad cuando el cambio de las condiciones económicas de la sociedad permita a la mujer elevarse socialmente al mismo nivel del macho. Únicamente entonces será sagrado el amor, con la convivencia fraternal del porvenir y sobre las bases del amor, que es libre y rebelde a toda ley que no sea natural, deberán formarse las uniones sexuales, abrazos luminosos y puros a los cuales el interés vulgar de nuestra época ya no llevará su aliento corruptor.

Y esta es obra de orden, no de desorden.

-----

Lo he dicho hace poco. No hay, no puede haber orden verdadero donde exista, sea en las relaciones económicas, sea en las morales, sea en las políticas, dominación, opresión, violencia del hombre sobre el hombre. He aquí por qué los anarquistas llevan la demoledora y revolucionaria piqueta de la crítica al orden capitalístico y familiar de la presente sociedad. He aquí porque critican en su esencia el principio de autoridad personalizado en el Estado o Gobierno; no éste o aquél Gobierno, sino el Gobierno en sí mismo, como institución.

Efectivamente: una vez desembarazado el camino de viejas tiranías, ¿a qué serviría crear otras nuevas? ¿para qué nuevos Gobiernos, representativos o electos? Queremos gobernarlos nosotros mismos, porque nadie mejor que nosotros puede conocer nuestros intereses y nuestras necesidades, y no nos gusta abdicar nuestra soberanía en manos de nadie. La libertad de cada uno halla su límite en la libertad de los demás, y como decía el gran Concord, el hombre libre no quiere imponer ni recibir leyes.

En una sociedad verdaderamente bien organizada, toda la vida del individuo, en sus relaciones con la colectividad, se desarrollará espontáneamente, sin coacciones exteriores, por la misma armonía de los intereses ya solidarios, como en una familia afectuosa, bajo la base de pactos libres sugeridos por la regla del verdadero buen sentido humano: todos para uno y uno para todos. Garantizando el bienestar a todos, la seguridad de la existencia sin miseria hará que los hombres sean buenos y tolerantes. La ciencia nos conducirá a la verdad y la verdad enseñará el concepto de la libertad integral. Ciencia y verdad dirán a los hombres del porvenir que no hay motivos para que los pueblos, grupos e individuos se odien cuando no existe antagonismo de intereses, ni la tiranía del fuerte sobre el débil, ni la maldita fiebre de dominación. Enseñarán que el mejor interés está en cooperar en interés de todos los semejantes, de cuya gran familia formaremos parte viva cuando los goces del género humano sean goces nuestros, y nuestros sus dolores y desventuras.

Entonces, la ANARQUÍA, cuya palabra tan poco afortunada, encierra, sin embargo, la más espléndida concepción filosófica y científica de nuestros tiempos; la ANARQUÍA que a los devotos de la autoridad aparece como el espectro del Apocalipsis, extenderá sus cándidas alas

sobre esta segurísima realidad de amor y de derechos triunfantes, que hoy parece utopía a los hombres de poca fe. Sí; hombres de poca fe son los que, creyendo tal vez en un paraíso invisible, no creen pueda advenir sobre la tierra este nuevo orden de cosas, en que el patronato y la autoridad violenta del hombre sobre el hombre se habrán convertido en un desagradable recuerdo de tiempos que pasaron para no volver.

Los hombres libres sentirán horror a ser dominados, pues si bien los niños tienen necesidad de tutela y de protección, los adultos han de estar en grado de gobernarse por sí mismos, y lo serán cuando el socialismo haya hecho posible la formación de conciencias adultas, como precedentemente hemos demostrado. De hecho, el socialismo, si es verdaderamente igualdad, tiene por consecuencia lógica la ANARQUÍA, la cual podría, asimismo, llamarse el «socialismo integral». Por medio del socialismo y de la ANARQUÍA, el pueblo saldrá, finalmente, de tutela, cesará de ser niño; será restituido a sí mismo, a su dignidad. Y cuando la dignidad humana no sea ya una palabra vana; cuando el pueblo haya cesado de ser un rebaño de matadero, que se deja tranquilamente conducir al mercado o al corral del pastor, entonces la humanidad, abandonados los prejuicios de su infancia, será adulta. Entonces la ANARQUÍA será un hecho.

----

Este es nuestro ideal; y en la obscuridad social, en las vanguardias, hacia esta alba que se avecina y que oír el fragor de la tenaz lucha, nosotros trabajamos para que suene pronto la diana libertadora, cada uno como puede y sabe, llevando, según las fuerzas, su grano de arena a la construcción del nuevo edificio social.

Modesto peregrino de la palabra, como otros fueron esforzados rebeldes en la obra, amo con pasión esta vagabunda siembra de ideas; amo arrojar en medio de las actuales desarmonías la nota vibrante de la verdad, aunque hiera los débiles oídos acostumbrados a los minués de la política empolvada, y arrojarla me place en las medias tintas de la economía litúrgica.

¿Puesto de peligro? Tal vez. De responsabilidad enorme, ciertamente, aun en la esfera modesta de nuestra acción. Lo que falta no es una filosofía de la libertad; desde Rabelais a Spencer, es todo un siglo de sistemas, de reglas llenas de sabiduría, más que de realidad.

Pero lo que falta son hombres libres.

Y libres se puede ser hasta aprisionados por los cepos, cuando la regla no está fuera, sino dentro del individuo: cuando la ley de gravitación moral y social, -cuya esencia ha de investigar aun la esencia de la vida-, haya encontrado su sanción, no en las retortas de un código, por docto y elaborado que sea, sino en el resorte íntimo del hombre.

Pero así como para que un hombre sea fuerte físicamente es indispensable la gimnasia del músculo, para que sea libre es necesaria la gimnasia del pensamiento. La abolición de la tiranía externa sobre el cuerpo y sobre la conciencia, no es más que la primicia revolucionaria, uno de los ejercicios de esta gimnasia de la libertad. Pero arrebatado a los ociosos el privilegio de explotar a los laboriosos y a los prepotentes, la facultad de oprimir a los administradores, queda aún por hacer una gigantesca revolución, que sustraiga las consecuencias del yugo de cuantas tiranías intelectuales y morales pesan sobre ellas.

Ahora bien; esta Revolución contra la tiranía del individuo sobre sí mismo, contra el despotismo de sus pasiones más ciegas y de sus hábitos mentales más absurdos y más estratificados en él por el tiempo y por la herencia psicológica, este combate cuerpo a cuerpo con los prejuicios y las supersticiones, aunque sean impuestas como augustas y sagradas por el uso secular, nos hallará militantes testarudos en sus últimos trincheras.

La libertad que nosotros anhelamos para los cuerpos y para los espíritus, no es de aquellas que descienden de lo alto por violencia de las leyes o de grilletes, sino que irradia de abajo, donde

haya penetrado la luz, y asciende, con fulgores del Sol, desde el individuo a la especie, desde el hombre a la Humanidad.

En la irradiación de este ideal nuestro, que llama a las puertas del porvenir, yo les saludo, amigos y adversarios, fraternalmente, y así como al venir les traje el saludo de los trabajadores italianos de Norte América, creo interpretar su sentimiento reportando el saludo de solidaridad de los trabajadores conscientes de San Francisco a los demás que encontraré en mi peregrinaje de propaganda hacia el Sud.

Si mi pobre palabra halló el camino de sus mentes y de sus corazones, hallará también entre los esforzados que veo a mi alrededor continuadores fuertes y serenos, militantes de la idea de justicia y de verdad más grande que a los hombres haya sonreído en el transcurso de los siglos.

## LO QUE NOSOTROS QUEREMOS

### AL PUEBLO

Nosotros luchamos, pueblo, por la *igualdad* ante todo; por la verdadera y propia *igualdad*, no por aquella mentira escrita en las cárceles de las monarquías o en los muros de la Francia republicana.

Nosotros queremos que *todo pertenezca a todos*; queremos que las máquinas sean propiedad de los obreros que las hacen producir, y que sean *expropiadas* a los actuales patrones, que se enriquecen a costa de las fatigas de los trabajadores. Queremos que la tierra, hoy en poder de los *viciosos propietarios*, que viven en la ciudad en medio del lujo y en plena orgía, sea entregada al campesino que la cultiva y la hace fructificar. Queremos, en una palabra, que todos los instrumentos del trabajo sean poseídos por los trabajadores *libremente asociados*, y que todos los productos naturales y artificiales de la riqueza sean declarados propiedad de todos. Por esto nosotros nos declaramos *comunistas*. Y desafiamos a todos los guiados por el egoísmo a que nos demuestren cómo la verdadera *igualdad* es posible sin el comunismo, que sintetiza el debe y el haber entre el individuo y la sociedad con la vieja e insuperable fórmula: «cada uno según sus fuerzas y a cada uno según sus necesidades».

Pero sin completa libertad no es posible la igualdad completa, como sin verdadera igualdad no es concebible la verdadera y propia libertad. El que no posee es esclavo del que posee, como aquellos que dominan políticamente, hasta económicamente tienden a transformarse en los señores de los gobernantes. Y como no es posible efectuar la igualdad *sin suprimir a los patrones*, desposeyéndoles de todo lo que injustamente detentan, esto, es, del privilegio económico que se llama propiedad, tampoco es posible reivindicar la libertad *sin eliminar a los gobernantes*, aboliendo todo gobierno, que es el privilegio político donde descansa la explotación del hombre por el hombre. Ni amos ni asalariados; ni gobernantes ni gobernados. Todos iguales en la libertad; todos libres en la igualdad.

Sin propiedad privada, que equivale a decir sin amos y, por consecuencia, sin la explotación económica, todos los individuos serán *económicamente iguales*; y esto es el «comunismo o propiedad común de todas las cosas».

Sin gobierno, sin autoridad del hombre sobre el hombre, sin la violencia moral de las leyes antinaturales, sin policías y sin burocracia, todos los hombres serán políticamente libres; esto es, «cada individuo tendrá la plena y exclusiva soberanía sobre sí mismo» y no encontrará quien le impida cooperar el bien colectivo y podrá obrar espontáneamente según lo reclamen

sus intereses individuales: «existiendo completa armonía en los intereses de todos». «Esta libertad es la ANARQUÍA, libertad de la libertad. Somos por todo esto, comunistas anarquistas, porque queremos ser verdaderamente libres y completamente iguales».

-----

Nosotros, que queremos la liberación de todos los oprimidos; nosotros, que amamos vivamente a nuestras madres, a nuestras hermanas, a las compañeras de nuestra vida y de nuestros dolores, llamamos a la mujer doblemente esclava, del patrono y del macho. ¡Vengan a nosotros, oh, desventuradas! ¡y peleemos juntos por la redención de todas las miserias, para que entre ustedes no impere la infelicidad!

Les dicen continuamente que nosotros queremos destruir los más santos afectos de la familia. Pero, ¿existe la familia para ustedes, pobres mártires del trabajo del campo, del taller y de la mina? ¿Existe familia para ustedes, jóvenes vendidas sin amor y por una baja especulación de intereses materiales a «la prostitución legal del matrimonio?» ¿Existe familia para ustedes, hermanas mías, niñas desfloradas en plena juventud por la libidinosidad de un patrón libertino y echadas al medio del arroyo para que les compre las caricias el primer viandante? ¿Existe la familia para ustedes, irresponsables infanticidas consagradas para el recreo de los elegantes ladrones de su virginidad? ¿Para ustedes, desconsoladas y viejas solteronas, obligadas a una eterna castidad por el estúpido convencionalismo social, que llama inmoralidad a los estímulos imperiosos del corazón y de la carne que no estén controlados en el registro civil? Y, en fin, ¿existe la familia para ustedes, prostitutas instrumentos del «placer burgués», que se tuvieron que vender porque el hambre trituraba sus organismos en el mercado de las esclavas blancas, para transformarse en antros donde el venéreo y la sífilis habían de surgir para corroerlo todo?

¿Dónde está, mujer dulce y dolorosa, mitad del género humano, su dignidad frente a la bárbara prepotencia del macho?

Esta sociedad inmoral, que lucra de su producto de trabajadores y de su belleza; este conglomerado de gentes y de leyes, pudibundas, llenas de sífilis moral hasta los huesos, tiene el coraje de llamarnos «renegados de los más gentiles afectos», porque queremos abolir el «matrimonio-contrato de intereses» oponiendo el «pacto libre de los afectos sentidos»; porque queremos reivindicar el amor dándole toda su libertad, haciendo desaparecer toda esa engañifa que se le da el nombre de código, y porque queremos abolir la especulación interesada y la mentira de la «moralidad convencional».

¡Oh, mujer! ¡No hagas caso de la negra calumnia que sobre nosotros lanzan todos los mercantilistas del corazón y de la conciencia! Ellos viven del engaño y tienen intereses en que la verdad que nosotros propagamos no ilumine al mundo como un sol de mediodía.

Nosotros queremos purificar la unión sexual y nada más. Hacerla «desinteresada», con la abolición de la propiedad, causa principal de todos los bajos cálculos de interés; hacerla «libre», haciendo desaparecer todas las cadenas, morales o materiales, que se opongan al espontáneo y natural desarrollo de todas las manifestaciones.

Proclamar el *amor libre* no es otra cosa que declarar legítima y santa la unión de dos seres para la sublime y moral función de la procreación, que es suprema necesidad para la vida de la especie. Abolir el «vínculo civil del matrimonio» para restituirlo por la «elección espontánea de dos almas y de dos cuerpos tendentes a unirse por afinidad y por tiempo ilimitado», no es otra cosa que implantar la «familia del amor» en sustitución de la actual «familia de los intereses». Es, en una palabra, promulgar la ley universal de la Naturaleza en sustitución de las varias leyes artificiales manipuladas por los hombres en beneficio de los intereses de una clase dominante o de un sexo privilegiado.

He aquí por qué los comunistas anarquistas proponemos el amor libre como la forma natural del goce sexual en una sociedad de hombres sinceramente *iguales* y completamente *libres*.

-----

Los religiosos dicen continuamente que los anarquistas quieren destruir la religión. ¿Pero, tienen los religiosos otra religión que no sea aquella de la propia panza y del propio bienestar material?

Los anarquistas no quieren otra cosa que «la completa libertad para todos»; quieren destruir todos los prejuicios y supersticiones y proclamar la ciencia maestra y reguladora de la vida. la ciencia, que es positiva y antirreligiosa, emancipará al género humano.

Pero los anarquistas odian la patria, dice la gente tímida; reniegan de ella debiendo serles querida. Veamos un poco: ¿dónde está la patria para los obreros «patrióticamente» explotados por los patronos hasta el día que quedan inútiles para el trabajo y le dan con la puerta de la fábrica en las propias narices, quedando sin trabajo y sin alimento para nutrir su organismo? ¿Dónde está la patria para el miserable campesino cazado por el hambre, obligado a abandonar la tierra que le vio nacer para ir a vivir al otro lado del Océano, creyendo encontrar amos más humanos que sus «queridos (¿) compatriotas?» ¡No hay «deberes» donde no existen «derechos!» ¿Qué derechos tiene el proletariado en su patria si no es el «honor» de defender la tierra que él solo cultivó e hizo producir y que sólo los ricos consumen? Entre Vanderbilt, multimillonario, y «su compatriota» Lázaro, mendicante, existe tanto de común y «fraternal» como entre el campesino que muere de hambre en el «bello jardín» de su patria y el «celestial» emperador de la China. Pero si existe mucho de común entre el campesino español y el pobre proletariado de Irlanda, como entre el obrero oprimido en la monarquía itálica y el asalariado de la Francia republicana que hace los experimentos de la pólvora sin humo sobre los pechos de los trabajadores. Existe la comunidad en la miseria, en la ignorancia, en el embrutecimiento y en la inconciencia de los propios derechos.

Y los gobiernos y los negreros capitalistas, para mejor dominar, se afanan en suscitar odios fratricidas entre los pueblos, por la así dicha «dignidad de la bandera», o por fútiles cuestiones de nacionalidad. Y el pueblo nunca comprende este juego insidioso que con su sangre hacen todos los potentados y patrioterros. Los trabajadores empiezan ya a comprender que sus enemigos no están más allá de esta o de aquella frontera, sino que están en todos los países, en todas las patrias; gobernantes y patronos, prepotentes y parásitos, que extienden de un lado al otro del mundo la «camorra» policíaca-capitalista, que explota, desangra y oprime la mayor y mejor parte del género humano.

Esta «alianza internacional de los explotados y de los oprimidos de todas las patrias» en abierta rebeldía contra la «coligación de los gobiernos y del capitalismo», derrocará todo el viejo orden social a base de opresiones, privilegios y tiranías, instaurando en toda la tierra una nueva era de amor y bienestar para todos los hombres iguales y libres.

Y por estas razones los «comunistas anarquistas» se declaran «internacionalistas».

Pero toda esta renovación sustancial y profunda de la sociedad humana, sólo es posible merced a una «violenta insurrección del pueblo» contra la «violencia legal» de los actuales privilegiados económicos y políticos. Aquí parte la necesidad de una «revolución social».

Y por esto nosotros somos «antilegalitarios» y «revolucionarios».

Y tú, viejo pueblo trabajador, confórtanos en nuestra humilde y solitaria obra, con el rugido del león que afila las garras para entrar en pelea; que aún en el furor de la batalla sangrienta oírás como hiriendo el espacio, surge de los pechos de los luchadores este grito que es un signo de fraternidad y de amor: «¡Viva la humanidad libre!»

## TROZOS DE CONFERENCIAS

### LOS POBRES DE ESPÍRITU

¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos! Ha dicho el Evangelio.

¡Semejantes palabras envuelven la más crasa y la más espantosa de cuantas falsedades podrían concebirse!

¡Cuán desconsoladora es esa máxima, atribuida a Cristo, que durante el espacio de diez y nueve siglos ha mantenido al mundo en un pantano de servidumbre y de miseria!

«¡Bienaventurados los pobres de espíritu!»

¡Qué insulto, qué sarcasmo, qué ignominia, señores para la excelsa majestad del hombre!

¡No, los pobres de espíritu, los siervos que renuncian a sus prerrogativas de pensar y de obrar como hombres libres, serán siempre misérrimo rebaño, serán siempre automática materia de esclavitud y de dolor!

¡Mientras existan pueblos de carneros o de pobres de espíritu, como pretende el Evangelio, habrá, señores, colectividades de miserables y de esclavos, explotados y hundidos en el polvo del tugurio y del hambre por una escasa minoría de bandoleros y ladrones!

Pero ha de sonreír un día nuevo, un día esplendoroso, en que surja, señores, una nueva y feliz humanidad, donde irradian la ciencia y el amor.

¡Hay que librar, señores, del pesimismo de la Biblia al mundo, amedrentado y abrumado, desde hace largos siglos, por la estúpida fe del carbonero, en que ha vivido sólo para la muerte y para el odio!

No hay nada más caduco, ni más funestamente peligroso que el absurdo Evangelio de Judea, considerado todavía por algunos espíritus enfermos como el único código posible de moral y de sociabilidad.

¡No hay nada más contrario al dulcísimo amor de los hogares que ese cruel Evangelio que nos manda aborrecer al padre y a la madre, a la esposa y al hijo, para seguir la cruz de Cristo!

¡La iglesia ultramontana siempre ha tratado de formar carneros, siempre ha tratado de formar rebaños de esclavos ignorantes y de pobres de espíritu, a quienes subyugar impunemente, como a creyentes ciegos de escapulario y de librea, como dóciles bestias de lazo y de bozal!

¡Bienaventurados, sí, los ricos de espíritu!

¡Bienaventurados los que saben, los inteligentes, los corazones nobles de buena voluntad para el servicio del *Gran Ser Colectivo* y de intrépida acción para las lides, a favor del progreso, de la paz y del orden!

En fin, ¡bienaventurados los que piensan y alumbran con la luz del saber a sus hermanos, porque de ellos será perpetuamente, no el fantástico reino de los cielos, sino el reino efectivo de la tierra!

## LA MUJER CONFESORA

¿Por qué las «hijas de Eva» han venido formando la inmensa mayoría de los fieles que asiduamente acuden a las rejillas del confesionario?

Hay una ley que rige los misterios del corazón humano.

Hay un imán irresistible entre los seres de distinto sexo, y ese fluido es la causa que explica aquel fenómeno del alma.

Si la mujer pudiera confesar estoy seguro que el confesionario se vería poblado de varones, y me atrevo a creer que casi todos los dignos ciudadanos que me escuchan serían muy adictos al sacramento de la penitencia y se confesarían por lo menos dos veces por semana, si no todos los días.

Pero siendo hombre el que confiesa, es natural que esté el confesionario poblado de mujeres...

Y como es necesario confesarse para salvar el alma, según las prescripciones de la iglesia, de aquí que resulta un grave inconveniente: las débiles mujeres tendrán que estar sin hombres en el cielo, y nosotros los hombres, que no nos confesamos ¡pobrecitos! ¡tendremos que estar sin mujeres en el infierno!

¡Qué espantosa desgracia, allá en el otro barrio nos espera, sobre todo a los libre-pensadores!...

Parece que las bellas confesadas celebran una especie de enlace espiritual con su «santo y amable» confesor.

La señora piadosa que frecuenta la iglesia tiene en el sacerdote un verdadero esposo espiritual, a quien ella obedece con ciego misticismo.

El dirigirse su tímida conciencia y ella nada efectúa sin consultarlo con su director.

De aquí nacen las graves discrepancias que encienden a menudo la discordia en el santuario del hogar.

Como allí no domina más voluntad que la del confesor, el marido es un cero, es un «Juan Lanas», que para nada se le toma en cuenta.

No es difícil, señores, comprender cuántos enormes crímenes provienen de semejante estado de desorden.

El adulterio y el divorcio, la ruina y la desgracia, empañan la pureza de las vírgenes, hurtarles el pudor y la inocencia con preguntas nocivas, indecorosas y hasta obscenas, corromper la cándida niñez, producir los escándalos salvajes que perpetran *los muchos Lasseytes de la Curia*: ¡he ahí los frutos del confesionario!

Si el demonio existiera, yo diría, señores, que el demonio inventó la confesión.



## INJUSTICIA DE LA IGLESIA

Según las leyes de la iglesia, el que muere en estado de «pecado mortal», cae al «infierno» irremediadamente.

Supongamos que un hombre mata a otro, en circunstancias que la víctima se encuentra en dicho estado de «pecado mortal».

El «alma» del occiso en este caso, como enseña la iglesia, va a parar «a las llamas del infierno», porque era de «pecado» breve.

Mientras tanto, señores, el alevé asesino, antes de ir al cadalso, se confiesa, la mano del ministro del altísimo lo absuelve plenamente de toda culpa y pena, dejándole «tan puro como un ángel»; y conforme a las leyes eclesiásticas, aquel bandido cruel y sanguinario «se va derecho a la mansión divina, a gozar de la vista del eterno».

¡Qué injusticia, señores, qué aberración la de la iglesia!

Presenten a los frailes este caso, pídanles que les expliquen tan enorme injusticia, y por toda respuesta les dirán con misterio y con unción hipócrita:

«¡Santos juicios de dios!»

«¡Inescrutables son los designios de la divina providencia!»

«¡Loado sea dios por los infinitos siglos de los siglos! – Amén».

## LOS FARISEOS

¿Quieren que les diga con franqueza lo que son esos bravos fariseos, llamados jesuitas, a los cuales conozco íntimamente, P...?

¡Son unos polluelos sin pizca de vergüenza, que están expuestos a que se les tome, sobre todo en las sombras nocturnales, «por hijas de la noche»!

¡Hombres de rostro blanco como los sepulcros blanqueados y de conciencia negra como el color de sus polleras, a fin de parecerse a las mujeres, para hacerse con ellas solidarias, se toman el trabajo de vestirse por sobre la cabeza!...

## LA PROVIDENCIA

Nada más inexacto que aplicar la palabra «Providencia» al dios desconocido.

Abarquemos, señores, el panorama inmenso de los siglos, tendamos por doquiera la mirada y no veremos ni el menor indicio de que aquel dios horrendo y tenebroso se haya dignado *proveer* al hombre de lo que ha menester para la vida.

*Providencia*, dignísimos oyentes, es la Naturaleza, que *nos provee* de salud y bríos, de nobles sentimientos y de preciosas cualidades, para alivio y consuelo de nuestros semejantes.

*Providencia* es la madre que *provee* de sublimes virtudes nuestras almas y nos traza el sendero de la dicha.

*Providencia* es el sabio que *provee* de ciencia los cerebros y el rumbo del progreso nos señala.

*Providencia* es el ínclito patricio, que organizando el orden *nos provee* de ventajas y de comodidades, para encanto y dulzura de la vida.

Finalmente, señores: *Providencia* es el rudo proletario que *nos provee* cada día de cuanto precisamos para la subsistencia.

Son *verdadera Providencia* el sastre que *nos provee* de vestuario, el zapatero de calzado, el carpintero y el albañil de edificios, el cocinero de alimentos, el labrador de frutas y legumbres.

El cansado viandante que en medio de un desierto pavoroso, sentado sobre un áspero peñasco, cruzándose de brazos, confiara en la que llaman «divina providencia» para apagar la sed que le devora, perecería irremediablemente.

¡Parece que los mismos sacerdotes, portavoces del todopoderoso, confiaran ya muy poco en la divinidad, pues para que sus templos estén libres del rayo destructor, no recurren, señores, al «para-dios de la ignorancia», constituido por plegarias, sino que los colocan bajo la égida del *para-rayos de la Ciencia!*

Juan José Julio Elizalde  
(*Antiguo sacerdote católico*)

## DE ALBERDI

En estos momentos en que todos los intereses, todas las afecciones y hasta las cosas de más grande trascendencia, parecen subordinadas a los hechos, notamos que la prensa no ha asumido la mejor y más alta parte de su misión; la iniciativa de las cuestiones políticas, literarias y orgánicas. Que la prensa se ha subordinado a los hechos cotidianos sin dominarlos nunca.

Los tiempos lo han pedido y tal vez será la existencia de unos días más. ¡Días desgraciados, pero naturales, en la vida de todas las sociedades jóvenes!

Pero es preciso no confundir la obscuridad de la noche con las tinieblas de la tumba. Nuestras sociedades deben aún por las condiciones de su edad, de sus cosas, de sus nombres, de sus antecedentes, recorrer la escala de muchas vicisitudes; no se ha tocado aún el segundo período de la inmortal revolución americana, y este período está lleno de cuestiones, que han de agitar más de una superficie, que han de violar más de una ley, y que han de hacer difícil esa bella tranquilidad que sueñan los espíritus gruesos.

Quien esto escribe no ha pensado jamás que las repúblicas americanas no tengan porvenir. Deplora la lucha en que la providencia ha colocado ciertos caracteres son las exigencias del tiempo en que viven. Criaturas nutridas en la tranquilidad de la vida española, no han podido resistir los primeros tumultos de los primeros días de la libertad; hombres de paz y de reposo, han sido arrastrados en el laberinto de los intereses.

La literatura, las artes, las ideas, son elementos que no figuran aún entre los que forman este cuerpo que se llama sociedad. Se pudiera decir que ella no vive sino incompleta, mutilada, porque de todos sus miembros sólo ha puesto en desarrollo uno: el brazo. La vida de acción, material, tempestuosa, por su naturaleza. La inteligencia, bella y tranquila, se descubre aún a lo lejos.

Procuremos entonces, para acelerarla en lo posible, tocarlo, anunciarlo todo, sin comprometernos por ahora, a profundizar punto ninguno. No estamos, por desgracia, en esos bellos tiempos en que el pensamiento puede desenvolverse extensa y cómodamente: vivimos en que una época de tumultos y de choques terribles: nuestros trabajos serán, pues, tan incompletos como los días que vivimos.

¡Pero eso sí: sin patria, sin religión, sin ley, o mejor: teniendo por patria el mundo, por religión la verdad, por ley suprema el odio de los tiranos!

Montevideo, Febrero de 1840.

-----  
Vivir bajo el despotismo, aunque sea legal, es una verdadera desgracia. Esta desgracia pesa sobre la noble y gloriosa República Argentina. Y esta desgracia ha llegado a ser innecesaria y estéril.

Tal es el estado de la cuestión de su vida política y social: la República Argentina es la primera en cultura, la primera en medios, la primera en poder, la primera en medios de ser feliz, y la más desgraciada de todas, a pesar de eso.

Pero su desgracia no es la miseria. Ella es desgraciada al modo de esas familias ricas, que en medio del lustre y pompa exteriores, gimen bajo el despotismo y descontento doméstico.

-----  
La República Argentina tiene necesidad, para ser pueblo feliz dentro de sí mismo, de cosas más modestas, más útiles y reales que toda esa brillantez de triunfos militares y fatuos resplandores de talento.

¡Ha hecho ya demasiado para la fama: muy poco para su felicidad!

Posee inmensas glorias, pero -¡qué lástima!- no tiene una sola libertad.

*Sean eternos, muy en hora buena, los laureles que supo conseguir, puesto que juró no vivir sin ellos. Pero recuerde también que las primeras palabras de su génesis revolucionario, fueron tres, que unidas forman un código santo y un verso maravilloso, sublime: ¡Libertad, libertad, libertad!*

Valparaíso, 25 de Mayo de 1847.

## LA JUSTICIA EN EL EVANGELIO

Se entiende por justicia la virtud que nos impulsa a dar a cada uno lo que le es debido.

Así lo han entendido todos los pueblos presentes y pasados; así lo definen todos los diccionarios modernos.

La definición es exacta; negar a alguno lo que le es debido resulta una injusticia clara y manifiesta.

Pero esta verdad ha sido cubierta por la malicia de un sofisma, y la ignorancia cometido una injusticia invocando precisamente las palabras del Evangelio.

Dar a cada uno lo que le es debido es una fórmula absoluta que no admite condición alguna que la limite.

El Evangelio dice que un hombre que sentía las flaquezas de la carne, juntamente con las grandezas infinitas de la divinidad, preguntando en una ocasión si era justo pagar tributo al César, reparando en las inscripciones de una moneda, respondió: Den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Los comentaristas teólogos, tanto católicos como protestantes, están conformes en afirmar que Jesús quiso con esto decir que a cada uno debe dársele lo que le es debido; es decir, con aquellas palabras quiso expresar la fórmula absoluta de justicia.

¿Qué es el César? un hombre de naturaleza igual a todos los hombres, constituido por la desigualdad y el privilegio en dueño y señor de sus semejantes.

¿Qué es Dios? un ser imaginario, puesto que los mismos creyentes dicen que es sobrenatural e incomprensible, que se halla fuera de todo contacto y relación con los hombres.

La moneda, como signo de cambio con el cual puede adquirirse todo, representa la riqueza universal, y como lleva el busto y el hombre del César, según la máxima evangélica al César corresponde.

La parte moral del hombre, lo que en nosotros produce el pensamiento, la imaginación, la voluntad y el sentimiento, considerado por los creyentes como un ser inmaterial dentro de nuestro ser material, a pesar de que la ciencia rechaza semejante dualismo, pertenece a Dios, si hemos de creer al Evangelio.

Luego cuanto el hombre ha descubierto por el estudio, ha modificado por el trabajo y ha reservado por la previsión, ha de entregarlo a un hombre igual a los demás hombres; y lo que constituye la esencia del ser, la parte más noble de la existencia, ha de anularlo para entregarlo a un ser imaginario cuya existencia no se manifiesta ni se hace perceptible a ninguno de nuestros medios de conocimiento, puesto que no se le ve, ni se le oye, ni se le huele, ni se le toca, ni se le gusta, ni siquiera se le concibe por la inducción racional.

Y si a Dios y al César hemos de dar cuanto poseemos y cuanto somos, ¿qué queda para nosotros?

Si a cada uno se le ha de dar lo que le es debido ¿quién nos dará lo que se nos debe?

Así hemos de dar siempre sin la esperanza de que nos toque la recíproca.

Y no dan todos, o a lo menos hay muchos que dan lo de los otros, reservándose una parte considerable. El privilegiado para al César, pero es con parte de la riqueza acumulada con la explotación, y con lo que se reserva todavía; existen fortunas dignas de compararse con las de los reyes más poderosos. El sacerdote, como vive exento de todas las cargas sociales, nada da al César, ni tampoco a Dios, que carece de manos para tomarlo, contentándose con predicar una moral cuya existencia se expresa por la conocida fórmula: haz lo que te digo y no lo que hago.

De modo que resulta evidente que con la máxima «den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», lejos de establecer una fórmula universal de justicia, sólo se ha cimentado la iniquidad.

«Es necesario un Dios para la canalla» ha dicho un filósofo; no sé si como un consejo a los tiranos y a los explotadores o como una excitación a la dignidad de los oprimidos y de los explotados.

«El pueblo reza y paga», ha dicho un pensador para expresar gráficamente nuestra abyección moral y material.

A eso ha venido a parar la justicia según el Evangelio.

No; a pasar del Evangelio, nada debemos al César. Nuestra, es decir, de todos es la tierra; nuestras son las fuerzas todas de la naturaleza en tanto que las conocemos y las supeditamos por la ciencia; nuestras son las riquezas con tales elementos producidas.

No; a pesar del Evangelio, no podemos abdicar en lo más mínimo de lo que constituye nuestro ser, y si un fanático que a sí propio se llamó Dios pudo decir «el que quiera venir, en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame», quédese solo en su temeraria pretensión, que nosotros nada debemos a Dios.

No existe, pues, la justicia en el Evangelio.

Nosotros, como seres humanos que aspiramos al desarrollo de nuestras facultades, y como trabajadores que no queremos compartir el fruto de nuestro trabajo con holgazanes y embaucadores, detestamos el Evangelio.

A la inicua fórmula evangélica podemos oponer otra no revelada por ningún poder sobrenatural, aunque absolutamente racional y justa.

«No hay deberes sin derechos: no hay derechos sin deberes».

Anselmo Lorenzo

## **LA MODA Y EL ESPIRITISMO**

### **VÍCTOR HUGO Y LAS MESAS GIRATORIAS. VICTORIANO SARDOU ESPIRITISTA. LA IRRITABILIDAD DE LOS ESPÍRITUS**

Una vez más el espiritismo vuelve a estar de moda. Un médico, el doctor Charpentier ha prometido dos mil francos al médium que, sin ninguna trampa, a distancia, por su sola fuerza en pleno día, haga levantar muebles.

Y al momento, los médiums han venido a proponerse, a ofrecer su ciencia. Llegará un tiempo en que se verán sus nombres en los pedidos de empleos y anuncios de la última página de los diarios.

Pero no es fácil encontrar un médium ideal; uno quiere operar en la oscuridad; otro en una semi-oscuridad de tal modo que sus experimentos bajo el punto de vista científico son muy difícilmente comprobados.

Lo propio del experimento científico es poder ser siempre repetido de modo idéntico, cuando las condiciones de experimentación son las mismas.

En el espiritismo no hay nada de eso; los resultados varían hasta el infinito, desde el experimento que no sale bien, porque hay un irónico o un burlón en la reunión, hasta la mesa que dando golpecitos, profetiza acontecimientos que no suceden jamás.

Confieso que he asistido a varias sesiones de espiritismo y no me he convencido. Entre un prestidigitador de profesión y un médium, me parece que la ventaja está a favor del prestidigitador, que es más divertido.

Los espíritus, si verdaderamente los espíritus de los muertos vuelven a esta tierra para conversar con los vivos, se guardan bien de traerles del más allá noticias que podrían aprovechar.

Cuando en la explanada de Elsenaur el príncipe Hamlet ve aparecer la sombra de su padre, el espectro quiere informarle sobre la extraña comarca donde está su alma. Está en el purgatorio y así lo dice a Hamlet:

– Estoy condenado por cierto tiempo a vagar día y noche, a ayunar en una prisión de llamas hasta que este fuego me haya purgado de los crímenes negros cometidos en los días de mi vida mortal. Si no me fuera prohibido decir los secretos de mi prisión, te haría un relato cuya menor palabra torturaría tu alma; pero estas descripciones del mundo eterno no son a propósito para orejas de carne y de sangre.

Al menos Hamlet está informado; el purgatorio existe y el viejo rey de Dinamarca expía allí sus faltas.

Pero si por casualidad un médium evoca a un espíritu en una mesa -la mesa es, en efecto, no se sabe por qué, el mueble que sirve de lazo entre la tierra y el más allá- ese espíritu, lejos de darnos detalles que serían a la vez curiosos y útiles sobre su vida cotidiana, se divierte, por el contrario, en decir cuchufletas que serían indignas de un vivo. Y todos los espíritus que evocan los médiums parecen tener la misma mentalidad. Una de sus bromas -o manifestaciones como dicen los espiritistas- consiste en hacer, caer flores del techo. Es, evidentemente, bastante elegante; no es desagradable, pero es absurdo. Me parece que en el otro mundo habría otra cosa mejor que hacer.

¡Cuán dolorosos en el fondo son esos experimentos! En la oscuridad, adeptos del espiritismo, creyentes en esta clase de experimentos, se reúnen. Ponen sus manos sobre una mesita. Nada más augusto, más grave que esa sesión. Están reunidos allí para evocar a muertos, para poder conversar un poco con los seres queridos desaparecidos, los seres a quienes han amado y que les han amado en esta tierra.

«Les morts, ce sont les coeurs qui t'aimaient autrefois». (Los muertos son los corazones que te amaban antes).

Esperan una palabra de ellos, algo que nos diga: «¡Soy yo! Yo te amaba. Estoy aquí. Pienso en ti y te amo siempre».

Y en el estremecimiento de nerviosidad que nos oprime, se espera ansiosamente. ¿Vendrá el ser amado? Y desde el fondo de su corazón, le ruegan, el suplican que venga. ¡Debe oír esta súplica sagrada!

Y hete aquí que la mesa se agita, se estremece, su pie se levanta; el médium se agita como una pitonisa antigua: el espíritu está allí. ¿Qué va a decir, el ser amado, el padre adorado, la amante estimada?

Y la mesa responde. En vez de ser esperado, el espíritu evocado es el de un portero, muerto en provincia hace veinte años. Y se maldice a ese portero que viene a turbar tal sesión.

Inmediatamente ese espíritu inesperado y con quien no hay nada que hacer, nos vuelve escépticos. ¿Dónde están, pues, los queridos muertos que se quisiera al menos oír y que no vienen?

¿Por qué nos olvidan en su última morada y se hacen reemplazar por ese inútil portero que nunca hemos conocido?

¡Cuántas escenas de espiritismo terminan de esta manera extravagante! ¡Lo cual no impide decir a los médiums o los creyentes sencillos que la sesión ha resultado perfectamente!

Hay otra cosa mejor a veces. Algunos días, la mesa se cambia en Napoleón o en Julio César.

Interroguen y verán que Napoleón se ha olvidado de que había ganado la batalla de Austerlitz y que había muerto en Santa Elena. Julio César no sabe ya el latín, pero habla perfectamente la jerga de Montmartre. En el mar allá más sus «Comentarios» sino el repertorio de Bruand.

No bromeo; cuando el Guernesey Víctor Hugo, con sus hijos, hacía girar mesas, invariablemente, cuando la pregunta clásica: «¿Espíritu, quién eres?», la mesa responde: «Soy el drama».

Eso era noble, augusto y Víctor Hugo se quedaba muy satisfecho.

Lo que hay de muy particular en los espiritistas, es que no admiten la discusión. Victoriano Sardau era así: era un ferviente adepto del espiritismo y creía en el más allá porque había visto caer flores del techo.

– Les digo que he visto -repetía a sus amigos-. ¿Cómo no creer en los espíritus?

Por la noche, a veces, el autor de «Teodora» se despertaba, lo cual sucede a casi todo el mundo. Se ponía a la mesa, tomaba una hoja de papel y dibujaba. Su mano iba un poco al azar, en ese estado de semi-vigilia o de semi-sueño que todos sentimos en las noches de fiebre.

Y sobre el papel, con el lápiz o la pluma, trazaba extraños dibujos, arquitecturas fantásticas, visiones de extraordinarias, monstruosas o poéticas pagodas, o visiones siniestras de los círculos del infierno de Dante. Después, cuando la mano fatigada se detenía, Sardau iba a acostarse.

Cuando se despertaba, después de un sueño reparador, olvidando lo que había hecho por la noche, se sorprendía al encontrar en su mesa un extraño dibujo; y firmemente creía, era para él artículo de fe, que ese croquis era lo que se llama un dibujo «medianítico». Decía que había sido trazado por un espíritu que guiaba así, inconscientemente, la mano del autor de «Madame Sans Géne».

Y no se podía discutir. Victoriano Sardou era un convencido. Sus amigos que conocían su maravilloso talento de dibujante, lo eran infinitamente menos. ¿Pero qué responder a un hombre convencido y que se enoja?

El espiritista es, en efecto, un ser particularmente irritable; no le gusta ni que le critiquen, ni aún que se intente penetrar su ciencia: quiere guardarla para sí, como un misterioso secreto. Hay, en efecto, algunas personas que no pueden tolerar que se burlen de ellas, son las señoras

ancianas que crían perritos o las que hacen girar mesas. Su irritación delante de la broma más insignificante se cambia en un adusto neurosismo.

El espiritismo que había tenido tal boga a mediados del siglo último, y parecía algo pasado de moda, renace en este momento. Se releen los libros de antaño, el de Eugenio Nus, por ejemplo, que se titula «Las cosas del otro mundo», y que dedicó «a los manes de los sabios que han negado y rechazado la rotación de la tierra, la circulación de la sangre, la vacuna, la ondulación de la luz, el daguerrotipo, el vapor, la hélice, los ferrocarriles y el alumbrado de gas».

Estas «cosas del otro mundo» tienen por objeto probar que el espiritismo es una ciencia como el galvanismo y que las mesas giratorias que han hecho trastornar tantas cabezas son un fenómeno innegable.

El señor Nus nos refiere con mucha fe las conversaciones que tuvo en otro tiempo con una mesita, un presencia del señor Anthony Meray, del señor Pottier, que fue, creo, miembro de la Comune, y del señor Víctor Hennequín, ex-representante del pueblo, el cuál murió loco.

El señor Nus nos cuenta después la historia de un espíritu viviente, actuante, que aparece de tal hora a tal hora, en una familia americana, y allí arregla la casa y sacude los muebles. ¡El ideal de los domésticos!

Ese espíritu es una muchacha muy linda y se llama, por su nombre de espíritu, Katie King.

«Yo no digo que es posible -repite el señor Nus-, digo que así es».

Y yo no digo que así es, pero tengo tentaciones de decir que es imposible. En tales materias, la credulidad se convierte en algo extraordinario. Los espiritistas se reunían antes -y creo que lo hacen siempre- alrededor de la tumba de Allán Kardec, su maestro, en el cementerio del Padre Lachaise y le deseaban mil prosperidades a través de la piedra de la tumba. Sería más práctico evocar sencillamente el espíritu de Allán Kardec y conversar con él lejos del fúnebre paisaje de un cementerio. Pero Allán Kardec no viene nunca a esas pequeñas reuniones.

Tienen el cráneo conformado de cierta manera, supongo, esos espiritistas y su librería especial. «La librería espiritista» publica un cierto número de elucubraciones que el público no conoce, desgraciadamente, bastante.

He tenido la buena suerte de encontrar estos días un volumen completamente particular, algo antiguo ya, pero muy curioso, firmado con el nombre de Alberic. Es original.

Se trata aquí de las crónicas de las sesiones espíritu-magnéticas, celebradas antes periódicamente en una callejuela de las Batignolles. Allí se entregaban, gracias a algún «médium», a algún sujeto magnético dormido, y hasta al medio de la «medianimidad» por el vaso de agua como Cagliostro, a comunicaciones orales, a conversaciones picantes con los espíritus.

Estos espíritus, que son variados, que se llaman Adela, Santiago, Bernardo, Gustavo, poco importa, y que a veces tienen nombres más célebres, se entregan a confidencias que deberían asombrar, singularmente, a los espíritus, si los espíritus se asombraran de algo. Hay de esos espíritus mal conformados que no entienden de bromas, que se encogen de hombros y que se enojan, por ejemplo ese espíritu alemán que llega para exclamar:

– Yo tenía dos años cuando vine a París. Soy hijo de alemanes; los franceses me han expulsado de París a causa de la guerra. ¡Pues, bien; yo me vengaré de todos los franceses!



A lo cual, el maestro espiritista que lo evoca, responde juiciosamente:

– Pero desgraciado, ¿no sabes, pues, que estás muerto?

Hay en ese libro espíritus que «se ponen a recoger margaritas» en el cuarto de las Batignolles. Otros que echan pestes y juran. Otros que cuentan «Piel de asno», un cuento de niños representado en el teatro de la Gaité; otros que, muertos en 1750, se asombran de que se les moleste al cabo de tantos años.

Hay espíritus juveniles -el espíritu de Estela, por ejemplo-. Esta Estela muerta de una fluxión de pecho atrapada en el baile de la Closerie des Lilas y que exclama herida en su pudor virginal:

– ¡La Closerie des Lilas! ¡Nosotras no conocemos eso!

Hay espíritus que vienen a quejarse de haber sido robados y que, dando vuelta a sus bolsillos (¡los bolsillos de un espíritu!), y no encontrando nada, vociferan con furor.

Después, de pronto, en medio de las quejas de un espíritu que habla solo, como en un monólogo de teatro:

«¿Esta soledad durará mucho tiempo? ¡Qué brutos son! Me entierran viva, los llamo a gritos y no me oyen».

– Dispense, señora -interrumpe el magnetizador-. Yo la he oído. Explíquese. ¿Quiere usted decirme quién es?

– Si me mira bien -responde el espíritu- verá quien soy, por que ¿quién no me conoce en París?

Aquí, creo que sería debilitar la «Causerie» referida por M. Alfred Duneau, no daría tal como está impresa en su libro.

«La señora M., presente esta noche en nuestra sesión, ha tenido la «inspiración» de que era el espíritu de madame Thierret. Ella me comunica su pensamiento y lo pregunté al espíritu».

– Una señora -le dijo él- me ruega preguntar a usted si es madame Thierret.

*El espíritu repite con énfasis y altivez:*

– ¡Del teatro del Palais Royal!

– No he sabido nada de su enfermedad.

– Es cierto: me atacó un resfriado.

– ¿Quiere usted decirme su edad, señora?

– Usted sería el primero a quien se lo diría.

*En ese momento varios espíritus la trajeron granos de trigo. Entonces ella exclamó:*

– ¿Qué significa esto?

– ¿Qué pasa, señora?

– *Acaban de traerme un ramo como nunca en vida lo he recibido*

– *¿Quiere usted decir una oración, juntos?*

– *¿Rezar? No creo en Dios.*

– *Pues bien: ¿cree usted que está muerta?*

– *Sí, porque he visto mi acompañamiento.*

¡Pobre madame Thierret que nos hizo reír tanto en vida! Es necesario todavía que evocadores espiritistas nos alegren involuntariamente con el recuerdo de esa actriz bulliciosa y de una comicidad tan fina.

Vuelvo a encontrarla en esas «Causeries» de M. Duneau con los espíritus, volviendo de pronto, en medio de una sesión para dar a los espiritistas de las Batignolles este informe de ultratumba:

«– Vengo a decirles, amigos míos, que soy muy dichosa. Siempre tengo ángeles a mi alrededor que me trazan mis ocupaciones y les obedezco como un niño a su maestro. He seguido sus consejos: he pensado en Dios, he rezado y por esto se ocupan de mí. Volveré dentro de ocho días. Esos grupos me agradan. Trabajen, amigos, yo trabajaré también».

Se ha hablado en otro tiempo a manera de burla de las conversaciones de Baudelaire con los ángeles. Pero los diálogos de madame Thierret con los serafines no carecen de cierta imaginación espiritual que desafía el ridículo.

Y el libro donde encuentro esas hermosas invenciones, está todo lleno de semejantes asombros.

Esas locuras son una religión para miles de personas. Esas charlas cambiadas con los fantasmas son escuchadas con la boca abierta y tragadas como en eucaristía por los adeptos.

Una señorita, médium, se sienta delante de un vaso de agua y permanece allí con los ojos acurrucados mirando no sé qué cuadro fluídico visto sólo por ella. De Pronto ve distintamente y dice:

– Una señora de negro me desciende al fondo del mar.

Este espectáculo es ya bastante sorprendente, pero aún hay más.

– Esa señora busca dos hijos; los encuentra y se los lleva consigo.

¿Dónde? ¿Cómo? Poco importa.

«El médium ve el fondo del mar; este cuadro es tan grandioso que no se halla al alcance de la vista y no puede darnos (cito el volumen) ninguna explicación».

¡Honrado médium! Al menos esa señora tiene conciencia; ve, pero no explica.

Lo mismo que Alejandro Dumas padre, a quien M. Duneau hace comparecer a la barra de la calle Gauthey en las Batignolles. Espíritu bonachón el de Dumas, que llega espontáneamente y dice redondamente:

– No teman nada. Es un amigo que les habla. Soy Alejandro Dumas. Soy de los suyos, amigos míos.

¿Y qué pregunta creen que dirigen al espíritu de Dumas? Sin duda le hablarán de Rabelais, cuya risa casi tuvo él, o de Shakespeare, cuyo genio admiraba, o del teatro de Dumas hijo. Nada de eso. Los espiritistas de Batignolles le preguntan sencillamente

– ¿Acaso ve usted a madame Thierret?

La señora Thierret parece decididamente representar un gran papel en la escuela de los médiums.

Y cuando Dumas ha declarado que madame Thierret es feliz:

– Gracias, amigo Dumas -le responde familiarmente el espiritista-. ¿Encuentra usted a veces a Pierre Dupont el cancionero? ¿Podría usted traérmelo? Pero según parece, Pierre Dupont no es muy feliz. Vive retirado. Ha continuado rústico, casi salvaje. No vendrá sino más tarde. Dumas nos lo dice, el espíritu de Dumas, un espíritu cordial que «estrecha la mano del magnetizador» diciéndole:

– Es para toda la reunión.

Y desaparece sin duda soltando una carcajada.

Se pasaría por cándido si nos indignáramos por esas imbecilidades, algún tanto sacrílegas. Con esos diablos de espiritistas, Lutero no hubiera podido decir al hablar de los muertos: «Invideo quia quiescunt». (Los envidio porque reposan).

No reposan. Los hacen viajar, los llaman, los molestan, les sirven como un personaje de moda, a todos los papanatas que acuden.

Hay en esos evocadores un candor tan completo que nadie puede enojarse por sus extravagancias.

El lado triste de esta religión del espiritismo, nacida del apetito del ministerio que constituye el fondo de la naturaleza humana, es que esos doctores en el arte de explotar la credulidad pública introducen con frecuencia más adentro que los verdaderos grandes hombres, su nombre ruidoso en la memoria de las muchedumbres. Hay médiums que han quedado ilustres.

El premio de 2.000 francos propuesto al médium que no haga trampas en sus experimentos, ¿hará avanzar un paso la ciencia espiritista? Lo dudo. Los misterios del más allá, ese conturbador problema de ultratumba, de donde nadie, por más que digan los médiums, ha vuelto jamás, continuará siendo la punzante cuestión que se planea la humanidad. Y no son los médiums con sus mesas que dan golpecitos en la oscuridad, los que la resolverán, Afortunadamente hay filosofías o religiones algo más consoladoras.

Jules Claretie

## ¡FUE CRUCIFICADO POR MÍ!

No hay protestante, sea de cualquiera de las cincuenta y tantas sectas en que están divididos, que al hablar de Jesús no diga: «El amó tanto que por mí se hizo crucificar».

No hay nada como la fe para hacer pronunciar disparates y encontrarlos los más razonables.

El hombre que muere para salvar a otra persona, puede ésta con razón recordarle conmovida que... ¡le debe la vida!

Pero ya cuando un hombre se sacrifica para salvar a un pueblo de diez mil habitantes, ya el hecho asume el aspecto de algo heroico que los beneficiados premiarán con una estatua, pero cada uno de éstos sentirá su agradecimiento en forma muy distinta que en el caso individual. Hubo el sacrificio a favor de la «masa», no del individuo.

De manera que admitiendo que Jesús hubiera muerto en la cruz para salvarnos, el «yo» desaparece. Habría muerto aunque ya no viviera, aunque bajo otra religión, y el nombre de Cristo nunca hubiera llegado a mis oídos

Al singularizarme haría como aquel que necesitando agua, creyó que la lluvia fue para él sólo cuando vino la tormenta.

Profundizando el punto vemos que admitiendo que si Jesús hubiera desempeñado la farsa de su crucifixión, no habría en el mundo fracaso más grande que el suyo.

El pecado existía antes que él. Hoy se ha duplicado. Antes que él, el pueblo por su ignorancia era más crédulo, hoy hasta los niños se ríen de ciertos absurdos religiosos.

Vino al mundo para redimir al hombre y no redimió a nadie.

Vino para convertir el mundo y más de mil millones de hombres creen en otras religiones.

Y los que se llaman cristianos, la mayoría o no le creen y se ríen de él, o no cumplen con sus preceptos.

Jesús en Jehová fue objeto de algunas rebeliones por parte de cinco o seis millones de hebreos; como morir ha ganado ser objeto de dudas y burlas entre trescientos millones de hombres.

Si fue crucificado porque él quiso, un culpa hay de parte de los que le crucificaron, ni lástima por lo que sufrió (siendo dios no sufría). El mal buscado es el mal merecido.

¿Lo azotaron? Es porque él quiso.

¿Se cayó? Es porque lo hacía adrede.

¿Lloró? Lágrimas fingidas, porque él todo lo había dispuesto.

¿Lo crucificaron? Así él lo había preparado.

Jesús fue, pues, autor de una comedia estudiada.

Y como fracasó en los resultados que se proponía, merece que lo silben.

Si como hombre la crucifixión de Jesús merece una palabra de lástima -hubo otros hombres que sufrieron más que él y en las mismas inquisiciones y en su nombre centenares de miles-como dios que vino a representar una comedia: es ridículo porque fracasó, porque no murió por mí sino porque a él se le dio la gana, porque simuló sufrir, y no alcanzó su omnipotencia, el fin propuesto.

Es menester silbarlo como autor y como actor. Mala farsa y peor la ejecución.

Hay que obsequiarlo como papas. Pero..., de las que ya no sirvan.

Francisco Gicca

-----  
**PÁGINAS OLVIDADAS**

**LA FIESTA DEL PROLETARIADO**

La canalla tiene sus días domingos. He aquí uno. Estamos ya en distantes de la religión vieja, que hemos debido crearnos nuevos días de fiesta. No tenemos campanas para inaugurar estos días, ni flores para adornarlos, ni músicas para festejarlos. No hay día más triste que el domingo de un pueblo esclavo. Sin embargo, hay algo inmensamente hermoso en este día de los oprimidos: la Esperanza. Harapientos, encallecidos, usados, extenuados, remendados, enfermos, parecemos un montón de jaulas desvencijadas, y que dentro de cada una hubiera un león. ¡Gran goce para el león es ver que está desvencijándose su jaula!

¡La Esperanza! He aquí nuestra Pascua de Resurrección. Cada uno de nosotros sabe que es depositado de una partícula de Aurora. Sabe que de su miseria emerge como un árbol amenazador la Reivindicación. Sabe que algo le duele, y quiere que no le duela. Sabe que la fuerza de una cadena se mide por el grado de resignación de la víctima que la aguanta.

Y bien: es por esto que va a haber Revolución. Nosotros que sufrimos del dolor de la servidumbre, hemos proclamado la Libertad. Queremos derribar nuestra cárcel. ¡Toda! Queremos que desaparezca el orden social que es nuestra cárcel. Y nuestra aspiración va desde el granero a la academia.

Nuestra protesta no es pura cuestión de panadería, no es sólo un grito de hambrientos. Es el clamor de protesta contra todas las esclavitudes; es una apertura de horizontes para todas las esperanzas. Estar desnudos no significa siempre estar desvestidos. ¡Nosotros lo que no queremos es estar desnudos!

Gran cuestión, sin duda, la economía, base de todo el movimiento social. Protestamos de la tiranía económica, protestamos, pero quedan otras tiranías. Y protestamos también contra esas tiranías. Por eso es hoy más que nunca grande la protesta contra los amos y los serviles, hecha solamente por los servidores: como quien dice el Porvenir llamando a juicio al Pasado.

Y esa es la verdadera significación del movimiento que en este día se hace a la faz de todos los pueblos; no tan sólo la jornada reivindicatoria del trabajo sino el grito de guerra de los oprimidos; no solamente la queja de los dolientes, sino la amenaza de los fuertes; ya no el razonamiento pacífico de los peticionantes, sino el reclamo imperioso de los enemigos; no ya la demostración de los elementos de labor, sino la ostentación de los regimientos de la Reivindicación; no ya la lírica expresión de una canción de justicia, sino el programa máximo de la Revolución.

Y por eso es como si la luz de una lámpara hubiera sido reemplazada por el Sol. Como si dentro del tubo de nuestra lámpara en vez de una mecha estuviera ardiendo ahora un astro. Hemos guardado la mecha. La mecha ha de servir para otras cosas.

Estamos, pues, en el día domingo de la Canalla. Y la demostración de que la Cosa se acerca, es que los otros no saben en qué día están. Creen estar en el día primero de Mayo de 1897.

*La Montaña, Mayo 1º de 1897.*

## EL DECÁLOGO DE LA ESPOSA

- I. Ama tu hogar sobre todas las cosas y a tu esposo como a ti misma.
- II. No le ocultes ninguno de tus pensamientos y trata de adivinar los suyos. El único tribunal de penitencia son los brazos de tu esposo a quien le confesarás tus culpas.
- III. Haz por ahuyentar las penas de tu esposo mostrándote bondadosa y risueña, y no le hagas partícipe de los chismes del vecindario.
- IV. Respeta y quiere a tus padres políticos como buena hija; procura que los tuyos propios quieran siempre a tu esposo como hijo predilecto.
- V. En los conflictos de la vida exterior defiéndele con valor y energía; en los domésticos, no le quites ni le des la razón cuando no la tenga; pero tampoco tú la abrogues aunque ella te asista.
- VI. Destruye los celos cuando aparezcan en tu mente y no le retires jamás ni tu amor ni tu confianza. Ten presente, que el lujo y la coquetería son ruina y perdición.
- VII. Vigílalo sin espiar, para correr en su ayuda; se activa sin estrépito; ámale sin zalamerías y en vez de reprocharle, discúlpale sus errores. Mira que tus gastos superfluos podrán obligar a tu esposo a cometer faltas que no ha tenido intención de cometer.
- VIII. Jamás, ni aún en broma permitas que se desconozca en tu hogar la autoridad conyugal.
- IX. Si tienes hijos, esfuérzate por que el padre sea tan querido y respetado como la madre; esmérate en reemplazar los gorjeos de los niños con inocentes y sanas alegrías; aparta a tus hijos de la escuela religiosa como del mayor peligro.
- X. Si quieres ser feliz con tu esposo, no vayas nunca a la iglesia y menos expongas a que el aliento del clérigo bata tu cara: apártate de las religiones positivas como de la peste; considera con tu esposo que el único santuario es tu hogar y piensa siempre, con tu esposo y con tus hijos, que fuera de tu hogar existe un dios: *La Humanidad*.

Así, tendrás, dentro de tu hogar, tu gloria, y en medio de la sociedad, tu cielo y por todos serás bendita.

De la «Estrella del Norte»

-----

Leopoldo Lugones

## LOS REBELDES

Nada existe sobre la tierra más noble y santo que la rebeldía. Ella ha hecho de nada el mundo y el bruto un hombre. Desde las misteriosas reacciones que crearon el Universo en el infinito hasta las presentes luchas políticas y sociales, todo es obra de la rebeldía.

Se rebelan los elementos, se rebelan los brutos y se rebelan los hombres. Y porque se rebelan existen, se transforman y se perfeccionan.

Lo contrario de la rebeldía es la resignación, es la quietud. La quietud es la muerte.

Todo es rebelde porque todo pugna por existir y mejorarse.

Pero dejando a un lado la ciega e inconsciente rebeldía de las cosas y los brutos, vemos al hombre rebelarse desde que surgió sobre la tierra. Se rebeló contra la Naturaleza, contra el ambiente ingrato, contra sus instintos bestiales, contra sí mismo. De sus rebeldías incesantes arranca su ciencia y su poder. El labriego que despedaza las entrañas de la tierra, el artista que crea belleza y el sabio que persigue la verdad, son rebeldes: el labriego se rebela contra la tierra que no le ofrece pródigamente frutos espontáneos; el artista se rebela contra la fealdad de la vida; el sabio se rebela contra el error y el sofisma, contra los viejos prejuicios.

La rebeldía es la vida. Negar esta verdad equivale a negar la luz del sol.

Sin embargo, para las sociedades constituidas, un rebelde es un malhechor.

Se odia, se teme y se persigue al rebelde. ¿Por qué?

La psicología humana es demasiado complicada para encontrar una explicación racional a sus manifestaciones. Anhela progresar y mejorarse y odia al innovador. Aspira a curar sus lacerías y miserias y aborrece al cirujano. Ansía la verdad y maldice a quien la dice. Odia el error y lo defiende y sustenta.

Cuando pienso en este extraño fenómeno de la psicología de las sociedades humanas se me figura que la humanidad es un paralítico que desea vivamente ir de un lugar a otro. Un amigo llega en su ayuda y cuando apenas ha dado unos pasos pretende matar a su guía y sostenedor. Así es la humanidad: quiere avanzar, quiere mejorar las condiciones de su vida, quiere poseer la verdad, quiere ser feliz y se revuelve contra quienes le ayudan, se condena a sí misma a la miseria, al dolor, a la ignorancia y a la esclavitud de que ansía verse libre. Un pueblo que asiste inerte al sacrificio de sus guías, una sociedad que no se agrupe y una fuerte y lealmente para defenderse de sus tiranos, no hace sino condenar la rebeldía. Pero las consecuencias no pueden ser más fuertes: ese pueblo y esa sociedad se condenan de paso a perecer mientras llega la hora de rebelarse.

Julio Gómez de Fabián

## MANSEDUMBRE CRISTIANA

Para confirmar por nuestra parte lo que diariamente nos repiten nuestros amables adversarios que quieran combatirnos apelando a la mansedumbre de que siempre han dado muestra, en que solicitamos de ellos que nos digan si para dar muestra de mansedumbre los Curas,

Obispos, Concilios y Uovaciones, en el año 251, encabezaron sangrientas luchas en Roma para disputarse la cátedra de San Pedro mientras otros tantos hacían en Cartago, Novato y Cipriano.

Si para mostrar mansedumbre los cristianos al apoderarse del poder persiguieron y destruyeron a los paganos que no quisieron convertirse.

Si para demostrar aquélla mataron en el año 313 al hijo del Emperador Glicerio y asesinaron al hijo del Emperador Maximino y a la hija de éste que tenía apenas 7 años. Como también a la Emperatriz, Galeria, mujer de Galerio.

En el año 336 asesinaron a Arrio, a 400 donatistas y a los Arrianos porque sostenían que Jesús no fue dios, sino hombre, como lo creyeron los primeros cristianos y no pensarlo así ele Concilio de Nicea.

Como demostración de su bondad mataron en el año 714 a la filosofía de Hipatia, y en el siglo V y durante cuatros siglos para saber si la trinidad y cada una de sus personas tiene la misma naturaleza y esencia fueron matados 400.000 cristianos que no aceptaban el dogma en vigor.

Para demostrar bondad, sin duda, en el siglo V fueron matados 40.000 judíos y en el siglo VIII, como los mandamientos prohíben las imágenes a la nueva religión le convenía tomar del paganismo el culto de las mismas, es que mataran unos 60.000 desgraciados.

Por esto la Santa Ex-prostituta Teodora por consejo de su confesor hizo matar más de 100 mil Maniqueos culpables de seguir las doctrinas de Maríes, que predicó en el siglo III en Persia y fue luego considerado como hereje.

La conquista del sepulcro de Jesús ha costado 6 millones de víctimas a los cristianos, sin contar los musulmanes que murieron asesinados por aquellos bandidos de la cruz que al pasar asolaban países y pueblos.

Para mostrar mansedumbre murieron 300 mil personas en la guerra de las investiduras (siglo once) promovida por la intransigencia de los papas que querían tener este derecho exclusivo; 100 mil personas murieron en las cruzadas de los religiosos caballeros de Porte Gaive; 100 mil perecieron víctimas en Languedoc; 50 mil en el Cisma del siglo XVI, entre los santos padres Urbano, Bonifacio y Juan; 150 mil husitas matados sin piedad; 12.000 judíos quemados y ahorcados en Alemania en el siglo XVI y 2.000 fueron quemados en Lisboa en el año 1506; 800.000 fueron expulsados y robados en España en el siglo XV; 100.000 hugonotes asesinados en el año 1572; 8.000 franceses en los *Vespri Siciliani* por los secretos manejos del papa Martín VI; dos millones por la guerra de religión del siglo XVI; 50.000 por el muy religioso Carlos V; 50.000 por Felipe II; 5 millones por la guerra de los 30 años; 300 mil en el Japón en el siglo XVII; 300 mil por la revocación del edicto de Nantes; 15 millones de indios en Méjico; la inquisición de España destruyó 2 millones de personas; en Francia 200 mil; en Italia 500 mil y en los Países Bajos 15 mil.

¡Dulce, piadoso resumen de la brevedad Cristiana, Apostólica, Romana!

¡¡¡Es por sí suficiente para comprobar cuán dignos son de tomarse en cuenta sus doctrinas!!! y continuaremos.



## CAÍN Y ABEL (CUENTO BÍBLICO)

### CAPÍTULO I

La llanura que rodeaba el huerto era triste y árida, a trechos pedregosa, a trechos como manchada de matas de cardos y abrojos.

En este páramo asolado, en invierno, por ráfagas heladas y calcinadas, en estío, por los rayos abrasadores del sol, se agrupaban, en la parte frontera a la puerta del Paraíso, unas cuantas cabañas formadas de pedruscos y ramas secas.

Aquello era la vivienda de nuestros primeros padres.

Desde los agujeros que daban entrada a las miserables chozas, se divisaban las copas de los árboles del Edén, cercado de altos tapiales y de cuya ferrada puerta era custodio un zaguanete de querubines armados con muchas espadas de fuego.

### CAPÍTULO II

Adán y Eva no conservaban ya ni la sombra de lo que habían sido.

Eva, aquel prodigio de perfección femenina, cuya gentileza envidiaron las palmas del Paraíso, cuyo cuerpo, en sus felices días de inocencia hecho de rosas y jazmines, estaba ya, a causa de los años, ajamonada y fondona: los partos le habían desfigurado las caderas; los senos, de tanto criar, no tenían ya la temblorosa turgencia de otro tiempo, y el cutis, maltratado por la intemperie, más que a los pétalos de las rosas, se semejaba a la corteza de las nueces.

Tampoco Adán era el guapo mozo de antaño: aquellas barbas hirsutas, aquellas melenas canosas, aquellas espaldas abovedadas y aquellos miembros deformados por el trabajo le daban un aspecto deplorable.

### CAPÍTULO III

Marido y mujer andaban siempre a la zarpa la greña.

– Por tu culpa -solía decir Adán, encarándose furioso con Eva- nos vemos como nos vemos. Allí -continuaba señalando el Edén- vivía yo como el pez en el agua; allí me hartaba de frutas exquisitas; allí me pasaba las horas muertas tumbado a la bartola... En cambio, ahora, si quiero comer he de echar los hígados, para encontrar de qué, y esto sin contar las enfermedades, los dolores y luego... el morir... ¡Maldita sea mi suerte!

– ¿Te quejas de la tuya? -replicaba Eva-. ¡Pues a fe que la mía es envidiable! Yo parir, yo criar, yo tener que aguantarte...

– Que tú padezcas todo eso justo es. Di ¿deseaba yo ni poco ni mucho, gustar aquella malvada fruta que tú me ofreciste?

– Yo era entonces -contestaba Eva lloriqueando- una pobre muchacha ignorante. Me engañó la serpiente.

– ¡Lagarto! ¡Lagarto! -interrumpía alarmado Adán.

- Tú debiste aconsejarme -seguía su costilla.
- Eso es, échame a mí la culpa.
- ¿Y a quién he de echársela?
- Cállate, Eva.
- No me da la gana. ¿Quién eres tú para hacerme callar?

Y seguían los dimes y diretes y las palabras gordas y los insultos... y hasta los golpes.

Aquello daba ya una ligera idea de lo que había de ser andado el tiempo la institución del matrimonio.

#### CAPÍTULO IV

A todo esto Caín y Abel eran ya dos hombres hechos y derechos. A Caín le dio -como sabe todo el mundo- por el trabajo agrícola, y aún antes de salir el sol ya andaba por aquellos andurriales, arrancando yerbales, removiéndole la tierra con un canto puntiagudo y ensayando simientes para ver cuál de ellas podía dar frutos que sirvieran de sustento a él y a su familia.

Gracias a Caín -según datos que tengo por verídicos- disfrutamos los humanos del trigo, el maíz, los garbanzos, el arroz...

En lo tocante al origen y desarrollo de la agricultura, la humanidad debe al primogénito de Adán mucho agradecimiento.

Abel se hizo pastor y se pasaba el día tumbado a la larga mientras en derredor suyo pacían o triscaban los ganados.

Pasaron años. Eva, a pesar de sus reyertas matrimoniales seguía echando chiquillos al mundo en cumplimiento de la recomendación de Jehová: *crescite et multiplicamini*, y Adán inventaba lazos y trampas para cazar las alimañas que infestaban aquellos campos.

#### CAPÍTULO V

En todo tiempo el modo de congraciarse con Dios -así lo aseguran autoridades respetables- es ofrecerle cuantiosos donativos. Para tener propicio al Ser Supremo hay que mandar el regalo por delante. Penetradas de esta verdad las personas piadosas de algunos afortunados países, en vez de emplear su dinero en menesteres tan bajamente terrenales, como son la enseñanza, la industria y otras semejantes bagatelas, amontonan tesoros en la casa de Dios y de sus ministros, y allí vengán vasos de plata y oro y túnicas de brocado y piedras preciosas y cirios encendidos y nubes de incienso y la mar de ostentación y lujo.

A Dios se le cae la baba de gusto con tales obsequios, y recompensa, a los que así le agasajan, con buenas prebendas en la otra vida.

Por esto Caín, que sabía de qué pie cojeaba el Señor, en cuanto recogía su cosecha, iba a ofrecer a Jehová parte de los frutos de sus campos. Abel, sabiendo también que dádivas quebranta peñas, regalaba a Dios las mejores cabezas de ganado. Pero el Ser Supremo tiene sus caprichos, y para Él, como para muchos mortales, más vale caer en gracia que ser

gracioso, antojo divino que han explicado admirablemente los teólogos, desde San Agustín hasta Jansenio, pasando por Malebranche.

Dios, digo, ni miraba siquiera las ofrendas de Caín, y en cambio, consumía, muy complacido, los holocaustos de Abel. El motivo de esta predilección, según San Pablo, estribaba en que las ofrendas de Abel eran mucho más cuantiosas que las de su hermano. De donde se sigue que, tejas arriba como tejas abajo, es más atendido el que hace mayores desembolsos. Piensen sobre esto los que solicitan algo, ya sea de un juez de poco pelo, ya del propio Sumo Pontífice.

## CAPÍTULO VI

Caín, viéndose despreciado por Jehová, andaba cabizbajo y mohíno. La injusticia engendra mala sangre en el que se cree víctima de ella, y Caín creía que Dios era injusto con él. «Yo -pensaba- me mato a trabajar, a fuerza de sudor y logro que la tierra me rinda exiguos frutos, voy con los mejores a Dios, y Dios no hace caso de ellos. Mi hermano, en cambio, que se pasa los días canturreando a la sombra de un árbol, sin más quebraderos de cabeza que el de ver cómo pastan sus ganados, cada vez que ofrece, aunque no sea más que un corderillo a Jehová, el Señor lo acepta, todo gozoso y regocijado. ¿No es esto una tremenda iniquidad?»

– A ti te pasa algo -le decía Eva que sentía predilección por Caín, a causa de ser éste su primogénito-. Cuéntame tus penas y yo trataré de remediarlas.

Caín no contestaba a su madre, ni se complacía con las caricias de su hermana y esposa, ni trabajaba ya con el ardor infatigable de otro tiempo. Cuando se encontraba con Abel, dirigía a su hermano miradas rencorosas, reveladoras de un odio mortal.

## CAPÍTULO VII

Estando los dos hermanos cierto día en la choza de sus padres, dijo Caín a Abel:

– Ven conmigo; tenemos que hablar.

– ¿No podemos hablar aquí?

– No; salgamos fuera.

Los dos hermanos sin cambiar más palabra, anduvieron uno tras de otro largo rato.

Cuando llegaron a un paraje solamente hollado hasta entonces por las fieras, Caín se detuvo.

– No pasemos de este sitio -dijo.

– Habla -replicó Abel.

– Te he sacado al campo para decirte que eres un adulador despreciable y que con tus rastreras lagoterías has sorbido el seso a Jehová.

– Cada uno se entiende con Dios a su manera.

– Yo tengo vergüenza. Cumplo como debo, pero no me arrastro.

– ¿Y para decirme eso me has hecho venir hasta aquí?

- Para decirte también que te aborrezco, que tú y yo no podemos vivir juntos.
- Pues ancho es el mundo -dijo Abel.
- Menos de lo que tú te lo figuras, puesto que en él no cabemos los dos.
- ¡Bah! Déjame en paz.

Y Abel volvió la espalda y echó a andar camino del poblado.

– No te irás -gritó furioso Caín, poniéndose delante de su hermano-. No te irás, sin que te llame mil veces hipócrita, sin que te repita que te detesto, sin que te escupa a la cara todo el veneno en que rebosa mi corazón.

Y al decir esto, que le salía de los labios entre espumarajos de rabia, tenía cogido a Abel por un brazo.

- Suelta -dijo el pastor.
- ¡Soltarte! Si siento que mis manos se me van ellas solas a tu cuello.

Abel trató de desasirse y ambos forcejearon. A este forcejo siguió una breve lucha, hasta que Caín, enardecido por la pelea, aun más que lo estaba antes de empezarla, cogió una piedra, y manejándola a guisa de martillo, dio con ella a Abel un tremendo golpe en la frente.

Cayó el infeliz hermano tan largo como era, y Caín, ciego de cólera, se arrojó sobre él furioso y le machacó el cráneo.

Saciada su furia, contempló espantado el cadáver, se miró con horror las manos tintas en sangre y se alejó despavorido sin volver la vista atrás.

## CAPÍTULO VIII

Se paseaba Dios aquella tarde, como de costumbre por el Paraíso, cuando de pronto al revolver de una alameda, se le presentó un ángel todo alborotado.

- ¡Señor! ¡Señor! -dijo prosternándose delante de Jehová.
- ¿Qué sucede? -preguntó el Padre Eterno frunciendo el entrecejo-. ¿Ha intentado Luzbel un nuevo asalto? ¿Se ha sublevado algún regimiento de querubines?... Habla, que me tienes en brasas.
- Luzbel -respondió el ángel- sigue en el abismo sin decir esta boca es mía; en el cielo no se mueve una mosca. Es en la tierra donde...
- ¡En la tierra! ¿De modo que se trata de ser pocos están mal avenidos?... ¡Voto va! -y lo soltó redondo-. ¡Ganas me entran de reducir a polvo a esa genticilla vil!
- Caín ha sacado al campo en desafío a su hermano Abel y le ha deshecho los sesos con una piedra.

Oír esto Jehová y echar a correr remangándose la túnica, fue todo uno. De cuatro zancadas llegó a la puerta del Edén. El zaguanete de querubines se formó en dos filas y por en medio de ellos salió Jehová echando venablos, esto es, rayos y centellas.

## CAPÍTULO IX

El asesino, pasado ya su furor, sintió sobre su conciencia todo el peso de su crimen. Recordó su infancia, sus juegos con Abel, sus sueños inocentes cuando él y su hermano, cansados de corretear, se dormían, abrazados, en el regazo de Eva. Pensaba en el dolor de la madre al ver muerto a su hijo, en la indignación de Adán, en el horror con que a él, al fratricida, le mirarían sus hermanos.

La tempestad producida por la cólera de Dios acababa de estallar. Una nube tan negra como jamás se había visto semejante, se extendió por toda la anchura del cielo. Los relámpagos, acompañados de truenos espantosos, se sucedían con vertiginosa rapidez. Bramaban los torrentes formados por la lluvia, y los árboles agitaban sus ramas como brazos amenazadores... Y Caín caminaba, caminaba sin saber adónde, en medio de la tempestad, pálido el rostro, erizado el cabello y ensangrentadas las manos.

De cuando en cuando se detenía para meterlas en los grandes charcos formados por la lluvia. Los charcos quedaban rojos, pero las manos del fratricida seguían tintas de sangre.

De repente una voz que dominaba el estruendo formidable de la tormenta dijo:

– ¡Caín, Caín! ¿Qué has hecho de tu hermano?

## CAPÍTULO X

Se paró el asesino y vio frente a sí nada menos que al propio Jehová, encendido en cólera, en esa cólera que inflama al Señor cuando, «como varón guerrero», acaudilla los ejércitos o sacude el azote de la peste sobre los míseros mortales.

– ¿Qué has hecho de tu hermano? -volvió a preguntar Dios con voz atronadora y severa.

El fratricida, esquivando la mirada de Jehová, contestó con mal modo:

– ¿Acaso soy yo guarda de mi hermano?

– La sangre de Abel clama a mí desde la tierra. Maldito serás sobre ella y cuando la labres no te dará sus frutos y andarás siempre errante y fugitivo...

Se quedó Caín, al pronto, anonadado bajo el peso de tan tremenda maldición, mas no tardó mucho en recobrar su soberbia energía.

– Mi iniquidad es muy grande -murmuró roncamente... pero no es sólo mía.

Dios que lee como en un libro de clara escritura, en el pensamiento de los hombres, le gritó iracundo:

– ¿Te atreverás a acusarme?

– Sí, te acuso -afirmó Caín, levantando arrogantemente la cabeza.

Y en verdad les digo que estaba hermoso el hijo de Adán al desafiar la cólera de Dios.

– Te acuso -siguió diciendo el fratricida con voz, no de temor, sino de rebeldía- de haber sido tú el instigador de mi crimen, el sembrador del odio en mi corazón. Tan sólo desdichas y miserias te debemos los humanos. Tú sacaste a mis padres de la nada, no para hacerlos felices, sino para someterlos a todo género de desdichas. Puesto que eres infinitamente sabio, de antemano sabías que no estaba en su poder resistir la tentación.

– En cambio de esa resistencia les ofrecía los goces celestiales. Al que algo quiere algo le cuesta.

– No es generoso dar con condición. No es justo exigir lo que se sabe que no puede ser cumplido.

– ¡Calla! -dijo Dios.

– Aunque callara -replicó Caín- tú verías lo que hay en mi pensamiento.

– Yo te he dado la vida.

– ¡Valiente regalo! Dolores, llantos, rudo trabajo, vejez, enfermedades, muerte... ¡Cierto que debo estarte agradecido!

– Si tus padres no hubieran pecado...

– ¿Y qué culpa tengo yo de que pecaran mis padres? ¿Por qué me ha de alcanzar el castigo de culpas que no cometí?

– ¡Qué sabes tú de las leyes que a mí me ha placido imponer al mundo!

– ¿Cómo las he de cumplir si las ignoro? Tiempo vendrá en que, a tu ejemplo, malos legisladores con la intención de tener pretexto para castigar, promulgarán las leyes en caracteres tan confusos que nadie acertará a descifrarlos.

– ¡Blasfemas!

– ¡Qué importa si es verdad lo que digo! ¡Que la sangre de mi hermano clama a ti desde la tierra! ¿No ha de clamar? Con tus preferencias injustas pusiste orgullo en su corazón y odio en el mío. Tiernamente nos amábamos Abel y yo cuando niños; gozosos partíamos después los frutos de nuestro trabajo. Con pieles de sus ganados cubría yo mi desnudez y de los frutos que mis manos arrancaban a la tierra comía él. Empezó nuestro rencor cuando por cobardía o debilidad te rendimos culto. La religión trocó nuestro amor de hermanos en rencor de enemigos... ¡Oh! -añadió Caín con exaltación profética. Esta sangre que mancha mis manos malditas no será la última que se derrame por tu causa. El pecado de Caín será el pecado de la religión. El fratricidio ha nacido al pie del altar.

– Anda, anda -gritó Dios- fugitivo serás sobre la tierra...

– Grande ha sido mi iniquidad; sé que no merezco perdón; pero sé también que a ti te alcanzan salpicaduras de la sangre que he vertido.

Y Caín, luego que hubo acabado de lanzar tan horribles blasfemias, acometido de un temblor que agitaba todos sus miembros, atrozmente ceñudo, desapareció entre las sombras de la noche, en tanto que Jehová se dirigió a lentos pasos hacia el Edén acariciándose suavemente

la venerable barba; lo que en Él es, como en muchos mortales, señal evidente de honda preocupación.

Zeda

## CARTA ABIERTA

*Señor José María Piedrabuena*

Santa Fe (República Argentina)

*Muy ilustre amigo y q.' h.'*

En la página 124 del almanaque ilustrado del importante periódico *El Paladín*, órgano del libre pensamiento, de Buenos Aires, correspondiente al presente año, he leído su filosófica «Carta abierta», dirigida al suscrito.

Dejando a un lado, por no creerme merecedor de ello, sus delicadas frases de elogio hacia mi humilde personalidad, me concretaré a responder, con la sinceridad de mis convicciones, a sus preguntas.

Una de las causas principales por la que el hombre, animal superior de la creación, no ha llegado todavía a mayor perfeccionamiento, a pesar de haber transcurrido un millón de años desde que articula palabras, es, indudablemente, por la debilidad de su naturaleza, por los placeres sensuales.

La historia en sus varias páginas nos enseña que cuando empezó el hombre a tener noción de su papel en el mundo y crearon esa infernal invención de un Dios omnipotente, omnisciente y Todopoderoso, dispensador de mercedes como castigador de faltas, trayendo como corolario esa recua de zánganos llamados sacerdotes, que se multiplicaron como los microbios, hasta llegar al refinado fraile católico y empezó para su mal la más horrible y desenfrenada escuela de la lujuria y abuso de la potencia engendradora.

La ociosidad, el culto primitivo al Falo, o sea Priapo, etc., acompañada de las ceremonias pornográficas que se celebraban a esas supuestas divinidades, despertaron en el hombre las inclinaciones brutales de sus antepasados.

En efecto, no hay animal más lujurioso que el mono y siendo éste nuestro último eslabón, fácil es comprender por qué la sensualidad aún ejerce poder sobre nuestra naturaleza.

Recorran la Biblia, las sagradas escrituras, la historia de Sodoma y de Gomorra, en que Loth envilece maritalmente a sus propias hijas, más las vergonzosas páginas de Roma y Grecia sobre el amor.

Petronio, cantando una victoria sobre un joven efebo; Virgilio, con sus lamentaciones amorosas por el bello Alexis; los poetas Ovidio y Horacio cantando en pomposos versos el incesto y el adulterio y comprenderán por qué hoy día «*los poetas plañideros de amores imposibles; que los mendigos de sonrisas frívolas de mujeres excitadas; que los imitadores de sentimentalismos decantados y estúpidos, que los que se inclinan ante los ídolos de barro y se prosternan de rodillas ante los altares de la iglesia cristiana, adorando al Dios de la fábula, no son hombres, sino niños o mucho menos*».

El hombre, por ley atávica, es un gran imitador, y como ve, desde que despierta su razón, los ejemplos de los curas, frailes, papas, cardenales y hasta chupacirios respecto a la concupiscencia más refinada; y educado en escuelas religiosas donde aprende el catecismo de la lujuria e hipocresía, crece bajo la influencia de esas doctrinas y aumentado por su nerviosa fantasía.

Atrofiado su cerebro en las escuelas religiosas, cualquiera que sea la Divinidad que representen, sale de allí sólo pensando en sí mismo y en obedecer al fraile.

Es poeta; canta a la cabellera de la virgen María, o a los cuernos de San José, para descender después a recoger los suspiros de alguna Mesalina.

En la marcha del mundo, para desterrar a «Dionisias», «Bacanales», «Lupercales», «Brauromias», «Homofagias», «Orgías», «Thyes», «Pirodulia», «Orficas», «Priapeas» y... cristianos, es menester una verdadera revolución social sobre la superficie de la tierra.

Nuestro primer paso es arrancar de las garras de las religiones reveladas a los tiernos niños de ambos sexos que aprisionan en sus escuelas, donde entran con la masa encefálica virgen, como el capullo de una hermosa rosa que debe dar agradable fragancia, pero de donde salen como la calabaza truncada de su tallo y abandonada en el camino; dura la corteza exterior, pero podridas las semillas que contiene.

Todo lo contrario sucede en las escuelas laicas, donde se educa al hombre y a la mujer bajo la moral sin Dios, inculcando en sus cerebros el amor recíproco de respetos y afectos, donde se enseña que los **derechos de la vida** son sagrados para todos: donde no debe haber ninguno más rico que el otro en aquello que se titula *propiedad*; donde el amor nace al calor racional del deseo de propagar la especie y satisfacer la aspiración imperiosa del grito de la naturaleza hacia la compañera especial, cuya existencia es el complemento de la vida; donde sólo como una aberración, sabrían las generaciones que hubo seres degenerados en el asqueroso vicio de la *pederastía*, tan en boga hoy entre los frailes y sus discípulos; donde el que tenga el don de la poesía, salga a cantar himnos viriles a la libertad, a la justicia y a la fraternidad, condenando en hermosas y sonoras frases las tiranías de todas clases; donde el ser humano, por fin, llega a su redención social y aprende a vivir hermanablemente en la tierra, que da sus frutos por igual para todos.

Educadas así las masas de la humanidad, entonces habrá mayoría de *hombres* y de *mujeres* y no como hoy, amos, esclavos y esclavas, incapaces, por su ignorancia y empobrecimiento cerebra, de sacudir el yugo de su ignominia.

Ahora los pocos seres que han tenido la osadía de dedicar su inteligencia, sus energías y cuanto poseen para combatir las aberraciones sociales, las tiranías despóticas de unos cuantos verdugos de la humanidad, ponen su alma y su corazón *«al servicio de la clase desheredada, al servicio de la sana razón y de la verdad, sin más arma que el mucho o escaso talento que pueden disponer»*, son aquellos cuyos cerebros han recibido el rocío de las ciencias matemáticas, haciendo brotar ante sus ojos la verdad desnuda de los hechos; son aquellos que se han emancipado del tutelaje estúpido y cruel de las supersticiones y dogmas religiosos; son aquellos que, enseñados por la historia del mundo, se aprestan al sacrificio, saliendo en defensa de sus semejantes, para arrancarlos de las garras de sus implacables enemigos.

El oscurantismo religioso y el oscurantismo político son los inventores del Dios **dinero**, que forma la más horrorosa **trinidad** idólatra que atrasa el período del perfeccionamiento humano.



Desaparecida esta trinidad y colocada en su lugar la otra compuesta de «Libertad», «Justicia» y «Fraternidad», entonces seguirá la marcha progresista de nuestra especie, sin las trabas que hoy la detienen y así tendremos **hombres** y mucho más que hombres.

Hacen bien, perfectamente bien, en protestar contra los claudicadores, los imbéciles cretinos y *pancistas*, que con su imperdonable conducta hacen el papel de payasos en el gran circo de la lucha por la vida.

Me participarán que marchan conmigo y con los que, como yo, sacrifican todo interés, vida, comodidades y vínculos de familia para combatir «por reconquistar la individualidad» y han visto que marchó hacia delante en pos de nuestros ideales libertarios, «*sin claudicar, sin humillarme, rebelde a todas las imposiciones, a todo lo dogmático, en fin*».

Les doy las gracias por la justicia de su juicio; y como prueba de que jamás podrá anidar en mi pecho ni tener cabida en mi cerebro la claudicación de nuestros principios racionales, les expondré lo siguiente:

Saben que, desde mi última conferencia antijesuíta, dada el 14 de Julio de 1907, quedó resentida mi naturaleza por el exceso de la incesante labor intelectual, durante 23 años consecutivos.

En Febrero del presenta año hizo crisis mi mal y me vi precisado a acogerme a la cama.

Llegó mi enfermedad a grado tal que las apariencias eran que mi fin estaba próximo.

Al sentir mis fuerzas perdidas y contemplar serenamente mi situación, quise prevenir que después de muerto la mistificación o calumnia frailuna, como ha sucedido en muchos casos, siempre que han pregonado la *retractación de los réprobos* en artículo de muerte, pudiera lanzar la especie, para acarrear a su credo de embuste un falso prestigio, que yo me había convertido al catolicismo, llamando para que me auxiliara a un monigote, e hice venir el 11 de Mayo último a un escribano público con tres testigos amigos míos, y entre otras cosas, dicté tranquilamente las siguientes cláusulas testamentarias, referentes a nuestras doctrinas:

Helas aquí:

«Segunda. – Declaro no profesar religión alguna ni reconocer más Dios que la exuberante naturaleza, autora de todo lo creado, ya en el espacio, ya en la tierra, por cuanto he llegado al más firme convencimiento de que todas ellas, sin excepción alguna, desde la adoración del Falo a la cruz, han sido la rémora más grande para el progreso moral y perfeccionamiento del género humano».

«Tercera. – Declaro que, bajo este concepto, he educado a mis hijos, y en este solemne acto recomiendo a ellos se vean libres de ser instrumentos de seres degenerados por supersticiones y falsas doctrinas, y recuerden las célebres frases del filósofo chino Khoung-Fou-Tseu (Confucio) que vivió quinientos años antes de Cristo, que dice: “No hagas a otro lo que no quieras otros hagan contigo”».

«Duodécima. – Declaro ser de mi voluntad bajo ningún concepto, ni bajo ningún pretexto, ni influencia alguna, en el sepelio de mi cadáver haya signos de ninguna especie de religión existente ni mucho menos profanen mi cadáver los responsos o *latinajos* de un sacerdote católico, Pastor protestante, Rabbí, etc., etc.».

«Décima tercia. – Declaro que para el cumplimiento de esta mi última voluntad, quedan especialmente encargados mi albacea y mis hijos y en particular mis amigos correligionarios en ideas».

«Décima cuarta. – Declaro ser de mi voluntad, de que si a mi fallecimiento existiera en el lugar que se efectúe, un aparato de cremación de cadáveres, ya oficial o extra-oficial, fueran entregados mis restos para ser cremados, sin que nadie pudiera recoger las cenizas, las que serán esparcidas en la tierra».

«Décima quinta. – Declaro que siendo un hecho comprobado que un veinte por ciento de la humanidad es enterrada viva por efecto de fenómenos patológicos inherentes a la naturaleza humana, sin apercibirse de ello ni los médicos ni los parientes, ordeno que un facultativo al terminar las 24 horas señaladas por la ley de espera para la inhumación, proceda con un bisturí a hacerme la incisión de la vena mediana cefélica en ambos antebrazos».

Recuperadas hoy, casi en su totalidad, mis perdidas fuerzas y vuelto otra vez a empuñar mi arma de combate al lado de valientes defensores como ustedes, y habiendo hablado como acaban de leer, cuando el soplo de la muerte jugueteaba sobre mi frente, paralizando en algo la circulación de mi sangre; rodeado de mi desconsolada esposa e hijos queridos, que creían asistir a los últimos instantes de mi vida, ¿no es verdad que en mí no cabe claudicación alguna? ¿No es verdad que así debe morir un convencido, para dar ejemplo de la pureza y verdad de las doctrinas que sostiene el libre pensador?

Reiterándoles mi profunda gratitud y haciendo votos sinceros por el completo restablecimiento de su importante salud, tengo a honra el suscribirme su afectísimo correligionario, amigo y h.´.

Christian Dam  
Jefe fundador de la «Liga de libre pensadores del Perú», etc.

## LA RELIGIÓN Y LA NATURALEZA

El daño mayor que ha ocasionado a los pueblos católicos la religión ha sido el apartarlos de la contemplación y estudio de la Naturaleza. Al dividir el mundo en «sagrado» y «profano», atribuyendo al primero toda la importancia, todos los títulos de respetabilidad en perjuicio del segundo, ha condenado los pueblos que dirige a la miseria, a la ignorancia, a la más bruta superstición.

Podría tolerarse ese fatal desplazamiento si fuera inherente al mismo concepto religioso y formara parte de su esencia; pero resulta que, al arrancar los hombres de su natural atmósfera y de las fuentes de la vida, así intelectual como física, ha hecho traición a sí misma y a los fundamentos racionales que le dan su razón de existir.

En efecto, si la humanidad desde el principio ha tenido en su seno instituciones religiosas, ha sido para encontrar alguna explicación de las maravillas inagotables que le ofrece el Universo. Quitada esta base, se hubiera hundido con ella todo asomo de religiosidad en el hombre.

Esto es tan cierto que de la contemplación de los fenómenos naturales han arrancado todas las grandes religiones positivas. Moisés empieza describiendo a su manera la creación del portentoso mundo y en sus magnificencias se extasían los poetas de Israel, particularmente el mayor de ellos, el autor de los Salmos. En la contemplación de la Naturaleza se fundan sin cesar los Vedas y la interminable cohorte de los videntes índicos. Del contraste entre los

fenómenos, buenos y malos, bellos y feos, nocivos y útiles que nos ofrece la misma parte el dualismo persa, la religión de Zoroastro. El mismo paganismo greco-romano no hace más que dar nombre de dioses a los objetos naturales, el sol, las aguas, el fuego, el amor, etc., adscribiendo a cada uno de ellos el nombre de una divinidad. Todas las religiones han tomado por base y fundamento la Naturaleza, excepto la católica.

Esta la ha odiado, o cuando menos ha apartado de ella todas las miradas, llamándola «profana». De ahí que en los pueblos donde ella ha dominado no se han cultivado las ciencias naturales, ni ha prosperado la industria, ni las artes que se fundan en su aplicación. No tenemos los españoles un solo inventor de los muchos que honran la Edad Moderna en Física, Química, Astronomía, Botánica, Cosmogonía y Antropología. La única huella que hemos dejado en la tierra han sido catedrales y monasterios con sus adminículos «sagrados». Es la consecuencia de nuestro concepto de la Naturaleza, sugerido por la religión.

Esta circunstancia ha influido y saturado nuestra vida. El inglés, el alemán, y aun el francés independiente son cosmopolitas, abiertos a todas las impresiones que puedan venirles del exterior, pudiendo llamarse con razón «ciudadanos del Universo», del cual se han hecho dueños. El español vive adscrito a la gleba del templo, que ve en todas partes, en la montaña y en el valle, en la ciudad y en el campo. Si las circunstancias le llevan a recorrer extraños países, se encuentra fuera de su centro. Ni su mente, ni sus sentidos se adaptan a la Naturaleza, que ha sido excluida de su educación.

No acontece lo mismo al protestante, acostumbrado a leer que Jesús vivió siempre fuera del templo, vagando por las montañas y lagos de Palestina, que fueron tema y teatro de sus enseñanzas, ni mucho menos al simple deísta, que deriva su religión del espectáculo de la creación natural, como les sucede a los grandes escritores modernos desde Voltaire y Rousseau hasta Emerson y Víctor Hugo, Tolstoi y Carlyle. Estos genios superiores no se han asfixiado en la atmósfera enervante del templo, ni han creído que fuera «profano» lo que transmitía a su alma las más sublimes inspiraciones.

No es nuestro ánimo dirimir la añeja polémica entre el deísmo y el ateísmo, tan antigua como el mundo y que probablemente durará tanto como él. Lo único que pretendemos consignar es que el primero se ha salido de su centro y abandonado su base al divorciarse de la Naturaleza, que es, en todo caso, su única justificación. Con esto se ha dañado a sí mismo, degenerando en vil superstición, y ha dañado todavía más a los pueblos por el hecho de alejarles de la fuente de toda belleza, verdad y progreso, que está en ese gran mundo que la Iglesia llama profano y aborrecible, o por lo menos inferior al artificial que ella ha creado.

La vuelta a la Naturaleza se impone, sea en nombre de la religión o en nombre del ateísmo.

Pedro Sala  
(De la hermosa obra «La Revolución Intelectual»)